

Tray Mocha

REVISTA

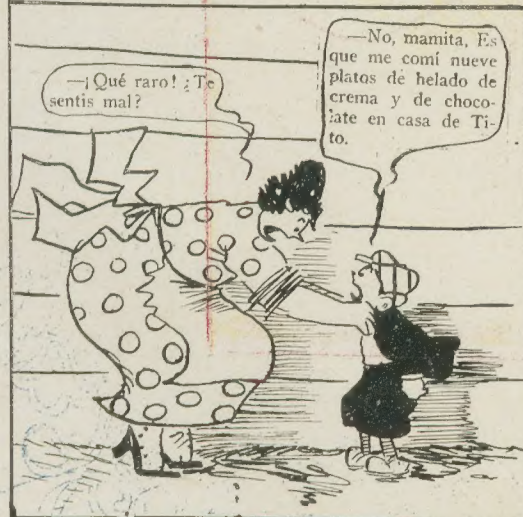
SEMANAL



"DEL NATURAL"

N.º 833

10.4.1928



FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912

Redaccion y Administración. BOLIVAR 879

Año XVII

Buenos Aires, abril 10 de 1928

N.º 833

IRIGOYENITIS AGUDA, por Rojas



—Doctor, le he llamado a usted porque es el caso que a mi marido se le hincha el vientre por momentos...
—¿Es "peludista"?
—No, señor; es "melista".
—Entonces es que se le ha indigestado don Hipólito.

ELLA Y LA OTRA

Por W. Fernández Florez

¿Haces guardia esta noche?

—Sí...; esta noche.

Mi mujer suspiró, entristecida. Yo moví melancólicamente la cabeza. No tenía muchos atractivos salir a ser zarandeado por el viento furioso y herido por los mil alfileres de la fría lluvia. La tibieza y la calma de nuestro comedor hacían más temible el temporal que sentíamos correr enloquecido por las calles de la ciudad. Nuestro comedor está amueblado a la española; es oscuro y quizá un poco solemne. Durante todo el invierno arden en la gran chimenea las gruesas ramas que nos traen nuestros colonos de San Rafael, en lentos y enormes carros que hunden bajo sus llantas de hierro la grava de los caminos. Mi mujer y yo amamos la alegría burguesa de las llamas, el crepitar de los leños, el humo oloroso y los rojos reflejos que bailan por el alto zócalo de nogal.

Parecía que nuestra habitación era como una pequeña y segura fortaleza sitiada vanamente por el horror de la noche. La felicidad tenía entonces ese tanto por ciento de egoísmo que acentúa su buen sabor, y cuando sentíamos en la acera los pasos presurosos de alguien que huía del huracán, o el correr de un coche nos hacía imaginar al auriga encorvado en el pescante, vertiendo agua por las alas del sombrero y excitando al caballo con sorda cólera, dentro del comedor todo lo amable se acrecia, y eran más vivas las llamas, más dulce la luz, más nítido el mantel, más sutil y brillante el rico cristal que destellaba en la mesa, más enternecido y sincero el propósito de rezar aquella noche a Dios. Nuestro Señor, dándole gracias por el tranquilo regalo de nuestra existencia y por dejarnos comprender nuestro bienestar haciendo que pasasen bajo nuestro balcón, chorreantes y ateridos, los cocheros de punto.

—Miguel — exclamó mi mujer, con esa voz penetrada de sonrisas con que se ofrece una golosina a un niño—; Miguel, ¿esperabas esto?

Me mostraba la fuente que acababa de recoger de manos de la criada. Antes de que mis ojos vieran, adiviné, y mi corazón dió un pequeño brinco de alegría. ¡Qué grato aroma! Dilatóse mi boca en una risa feliz y envolví en una mirada de gratitud el bello rostro de mi esposa.

—¡Adela! ¡Son riñones al Jerez, Adela querida! ¡Y los han cocinado esas manitas blancas!... ¡Oh, qué buena eres!

Casi todos los días tengo un motivo para dar gracias al Cielo por permitirme disfrutar del amor de una mujer como la mía; pero pocas veces es mi reconocimiento tan profundo y tan conmovido como al ofrecerme con sus manos suaves el bien colmado plato de riñones al Jerez. Siempre reverencé esta conquista de la ciencia gastronómica, aunque ignoré todo su indecible deleite hasta paladear la "interpretación" que Adela da a la divulgada receta. Porque una receta es como una composición musical. Ahí están las notas en el papel, iguales para todos, y, sin embargo, ¡qué incontable número de matices existe entre la interpreta-

ción de Satier y la de mi pianola! Mi mujer es una "virtuosa" del fogón. ¡Bendita y alabada sea! Me pregunto muchas veces si yo la amaría tanto si, entre sus excelencias, no figurase ésta tan apreciable, y... no sé qué responder. En más de una ocasión he llegado a mi casa con el alma turbia y el

mos frente a frente en nuestra mesa blanca, donde la cristalería delicada y bella pone esa nota de distinción y de agrado que con ningún otro medio puede lograrse tan completamente. Mi mujer parece abstraída, pero me observa con disimulo para no molestarme. Una buena sopa acaricia con su vaho

LA ROSA DEL PERDON

Sobre el pecado de su juventud, vertía la mujer, llanto copioso y ajena a todo amor, la multitud clamaba oprobio y muerte... doloroso

Intervino el Señor: "¡Atrás villanos! ¡Dadme la piedra de la maldición!" Y el guijarro del odio entre sus manos se transformó en la rosa del perdón.

Desde entonces no hay piedra que no vuele y en la herida que cause, no dé flor, ni perversa actitud que no revele a pesar suyo: un escondido amor.

Cuando el vocablo de Serenidad, hallé en el viejo libro de la vida, para marcar su fresca claridad, puse esta flor, en la hoja desteñida.

Fué mi mejor momento, el sortilegio de un perfume de cándidos consuelos me dió, por fin, el suave privilegio de subir como alondra hasta los cielos!

¡Alas del alma para el sueño listas! ¡Virtud azul de todo lo que sube! ¡Oh, las sublimes rosas imprevistas que hay para el jardinero de la Nube!

Magnánima es la flor de los caminos, cuyo contacto engendra la quietud, coséchenla los tristes peregrinos que libra de la muerte su virtud.

¡Señor! ¡Al terminar el cautiverio de esta vida mortal, supremo don, junto a la puerta obscura del misterio, que halle la blanca rosa del perdón!

Fernán FELIX DE AMADOR

corazón amargado por las rudezas de la vida: un negocio que fracasó y que nos hace desconfiar de la justicia del destino; un camarada que nos pide dinero, dejándonos con la melancólica obsesión de que no hay amistad desinteresada y con la lacerante sospecha de que no ha de pagarnos jamás...; cualquiera, en fin, de esos tristes percances que todos sufrimos me ha hecho refugiarme, abatido y ceñudo, en el hogar. Adela conoce en seguida mi malhumor y calla, con instintivo respeto a las preocupaciones varoniles. Nos senta-

mi rostro... Yo no voy a decir que el vaho de una buena sopa calma las tormentas del alma, no; temo que me confundan ustedes con un glotón; pero afirmo, más sencillamente, que ejerce un innegable influjo sobre las arrugas: no es posible conservar el entrecejo fruncido cuando llega hasta él, durante más de diez segundos, el sutil vaporcillo que huye del hondo plato de excelente cerámica. Comienzo a comer. La primera cucharada me revela que allí, indudable, aunque invisible, ha dejado su preciosa sustancia una gallina que es-

taba en lo mejor de su vida. El negocio fracasado o el amigo pedigrifeño pasa a un segundo plano en mi atención. Pienso: "Señor, cuánto bien le debemos a la gallina!" Y he aquí que descubro un trocito de molleja. Bien. Se han descuidado en la cocina y lo han dejado pasar a la sopa. Es un hallazgo casual. Pero otro aparece cuando sumerjo por quinta vez la cuchara. Veamos... No se trata de una casualidad; hay algunos trocitos más, cortados todos ellos en forma de cubo... ¡Oh, qué amable idea! El espíritu comienza a recuperar su tersura. No obstante, aún no me siento capaz de elogiar la frescura del pescado ni la exquisitez de una carne con setas. Sólo cuando un dorado flan queda sobre la mesa, temblando como si me conociese de antiguo y supiese que no podía esperar clemencia de mí, me decido a interrogar a Adela.

—¿De qué es? — pregunto.

—De naranja — responde con tranquila naturalidad, como si el ser de naranja no fuese lo mejor que pudiera ocurrirle a un flan.

Entonces miro a mi mujer y sonrío, francamente feliz. Mi mujer también sonríe. Entiendo lo que quiere darme a entender. Quiere darme a entender:

—Tú luchas en el mundo; es tu obligación. Yo estoy aquí preparando los bálsamos que han de aliviar tus heridas. No olvides que ese punto de contacto entre el espíritu y la materia, que tan ahíncadamente buscan los sabios, está en el estómago.

Y es verdad. Yo no sé cómo pudieron llegar a mi mujer estas maravillosas revelaciones

Ahora tomamos una taza de pálida manzanilla junto a los leños crepitantes. He acercado a mí la cabeza querida y la he besado suavemente. Dos años hace que está bendita nuestra unión, y aún aparece un leve rubor en estas mejillas de seda cada vez que las rozan mis labios. Ha quedado apoyada en mi hombro, con las manos unidas sobre la falda oscura, y, después de un silencio, digo, a media voz:

—Cuando Dios nos dé un hijo...

Vuelvo a callar, porque sé que estas palabras bastan para suscitar en nuestras almas anhelos e imágenes iguales. El viento da un bramido en la chimenea.

—¿Sabes cómo quisiera que fuese nuestro hijo? — continúa—. Como tú: bueno y sencillo y honrado... Que en su corazón hubiese siempre dulzura, que nunca tuviese enemigos ni nadie pudiera decir de él: "por su culpa, he llorado". Que no conociese las pasiones dañinas, ni la violencia del héroe, ni la fiebre del codicioso, ni la inquietud del donjuán. Que, con los años, la costumbre de sonreír pusiera alrededor de sus ojos una redicilla de arrugas en la que quedase presa la simpatía de la gente. Que tuviese para sosiego de su vida una compañera como tú y muchos hijos; y que, cuando acariciase contra su pecho alguna de aquellas cabecitas amadas, pudiese decir, disimulando un suspiro: "tu rostro es el mismo rostro bello y dulce de mi madre; ¡si ella pudiese verte!..."

Adela confiesa, después de un silencio en el que se hunde fuertemente el filo de una ráfaga:

—Yo le he pedido a San Antonio que sea una niña...

El reloj de porcelana dispara entonces once sonidos breves, rotundos y taladrantes, como once balines, contra una hora que cae muerta en el pasado.

—Es tarde — digo.

Nos abrazamos, aparte el tapiz de apagados tonos, y mi mujer se apoya en mí, perezosa de sueño. Delante de nosotros, el pasillo encerrado brilla suavemente, y la antigua lámpara de hierro, de amarillenta luz, tiene algo de centinela o de servidor que se hubiese amorrado en la espera y en la inmovilidad. Mientras recojo mi gabán y mis guantes, oigo a mi mujer que va y viene por el tocador y hace tintinear un frasco o algún leve instrumento niquelado sobre el soporte de cristal. De pronto aparece, un poco pálida, con los grandes ojos cargados de espanto.

—Miguel: he oído un rumor en la alcoba!

Sonrí, pero el miedo que vierte aquella mirada entra en mí por no sé qué rendija de mi espíritu, como el viento por las junturas de un balcón. El miedo entenebrecido, como el de la gacela o el del pájaro o el del niño que despierta en la oscuridad. Sale el terror por su voz y por sus pupilas, y todo parece quedar contaminado de ese sentimiento. Se hace más temerosa la quietud, más grande y sospechosa la mudez de la casa, hay súbitamente una extraña hostilidad imprecisa en todos los rincones sombríos, y el respaldo de cada butaca, los pliegues de cada cortina, parecen esconder a un asesino. Adela se asusta siempre que ha de quedar sola en su habitación. La reprendo:

—¿Cuándo te curarás de esa manía?

Pero ella existe:

—¡He oído algo!...

Sin darme cuenta, he hablado en voz baja, como si admitiese la posibilidad de que hubiese una persona oculta. Y acaso es verdad que en aquel instante lo tema yo también, un poco inconscientemente. Cuando avanzo, mi mujer me aconseja:

—Sera mejor llamar a los criados...

—¡Por Dios!—deniego.

Doy unos rápidos pasos, hago girar el conmutador y me detengo, con un leve escalofrío, arrugado el ceño a mi pesar, para recibir aquella revelación repentina que va a hacerme la luz al inundar la alcoba. Todo está en orden. Escrutado en la sombra vacía que proyecta el armario, separo las pesadas cortinas, me inclino para mirar bajo el amplio lecho de plata y cristal. Nadie. Entonces respiro como si el volverme a enderezar me hubiese costado un esfuerzo, pero, en realidad, ha desplazado aquel aliento la tranquilidad que recobra su sitio en mi corazón. Junto a Adela no soy más que un hombre pusilánime y blando.

—¿Ves?—le digo, al terminar mis pesquisas—. ¿Ves cómo eres una medrosa incorregible?

Aún tiembla, y la atraigo hacia mí para besarla. Después espero a que se cobje entre las sábanas, subo el embozo hasta el hoyuelo de su barbilla; saca ella un brazo para rodear mi cuello; vuelvo a taparla bien; me pongo el gabán, y ella murmura, encogiéndose en el lecho, con el presentimiento de la inclemencia de las calles:

—¡Da frío verte así!

Cuando me marchó, me sigue su voz:

—¡Abrigate! ¡Ten cuidado! ¡Procura volver pronto, querido! La noche es terrible...

Mujercita buena: tu alma es de terciopelo y en tu corazón siempre es primavera para la ternura... A nadie podría querer como a ti.

II

Al doblar cada esquina me asaltaba el viento, como un ladrón emboscado en las tinieblas; mi aliento era una breve nube; cuando los focos de algún automóvil alumbraban la calle, se revelaba súbitamente en ella la múltiple violencia de la lluvia.

En el barrio remoto, la casita que yo buscaba, retirada y pequeña, separada de la vía por un diminuto jardín, parecía ampararse del horror de la noche entre las altas casas vecinas y dormir, acogida, bajo su resguardo. Hice girar la llave con lentitud y entré. Tumbada entre almohadones, bañada en la luz de una lámpara de pie, Sara leía. Cuando aparecí, me ofreció sonriendo sus brazos.

—Temía que no vinieses hoy, Miguel—habló, después que mis labios dejaron libres los de ella— Pensaba esperarte hasta las doce y avisar a esa hora a...

La reprendí:

—No me gusta que venga.

—Es un camarada animoso, y nada más. Bien lo sabes. Pero ya estás aquí... Escucha...

Elevó un índice. La habitación había sido en otro tiempo estudio de pintor o de fotógrafo, y una amplia claraboya ocupaba parte del techo. En los cristales atronaba la lluvia y se la veía correr en pequeñas ondas luminosas e incesantemente sucesivas.

Callamos, paladeando el extraño placer de aquella furia.

—¡Qué buena noche para una de nuestras correrías, Miguel!

Yo sentía también la avidez de las encharcadas tinieblas y de la lucha con el huracán. Sonreí.

—¿Vamos?—propuso ella.

—Vamos.



UVALINA "BIOL"

(MERMELEDA COMP DE UVAS)

PARA ESTREÑIMIENTO
LOS NIÑOS LA COMEN CON EL PAN. LA TOMAN
COMO POSTRE



EXCELENTE REGULADOR INTESTINAL
DE ACCION SEGURA TOTALMENTE
INOCUA Y DE SABOR AGRADABLE.

PREPARADA POR EL

INSTITUTO BIOLOGICO ARGENTINO

De venta en todas las farmacias

Pidan prospectos e informes RIVADAVIA 1745 - Buenos Aires

agua por nuestros rostros y teníamos en los labios el sabor fresco y terrible de la noche. ¿Qué extraño placer paladeábamos? No lo sé. Yo creo que era la alegría de llevar nuestros corazones encendidos y calidos al traves de la ira arrasadora de la tormenta, y sentirnos triunfantes. Eramos los dos como un solo ser, y nos parecía decir a las fuerzas naturales "destruido todo; nosotros perseveraremos sobre las ruinas del mundo".

Pisábamos ya los callejones en cuesta de la ciudad baja: piedras desiguales y gastadas, por entre las que corría un agua arcillosa; paredes con desconchados leprosos; casuchas torcidas con desgredadas enredaderas, cayendo desde sus canalones; cubiles de miseria, en cuyos muros, de largo en largo trecho, el brazo horizontal de un farol—en el que los vidrios castañeteaban de miedo—señalaba a los vecinos, con sugestión de brazo de horca, el único medio que le quedaba de encontrar la felicidad.

—Acerquémonos al río—propuso Sara.

Nos dirigimos al puente y, apoyados en el pretil, contemplamos aquel rumoroso pasar de sombras por el cauce de sombras. El reflejo dorado de una luz brillaba cerca de la ribera, y cada onda lo rompía en pedazos, como si quisiera llevarse uno; pero el irreal trocito de oro volvía a aparecer detrás de ella y en la boca de la siguiente; parecían jugar con ellos las vivas arrugas del río a la manera de los peces con una miga de pan. Ningún otro detalle visible en la masa de agua que se dejaba peinar por las columnas del puente, gruñendo como un monstruo aplacado.

Descendimos hasta la orilla fangosa, donde nuestros pies se enterraban. Alguien tosía bajo los arcos que asentaban sus pilastras fuera del río. Nuestras pisadas eran imperceptibles sobre la blandura del lodo. A veces nos asíamos a los arbustos que crecían en la orilla y que nos rociaban con gruesos gaterones. En un recodo, donde batía la corriente con más fuerza, Sara, que se había adelantado unos metros, gritó:

—¡Aquí, Miguel!

Me apresuré, con riesgo de resbalar hasta el agua. Frente a mi novia, al borde de la escarpadura, vi una sombra inmóvil.

—¿Quién va?—pregunté.

Y una voz varonil, entre irritada y temerosa, glosó:

—Y ahí, ¿quién va?

Apreté el resorte de mi linterna de bolsillo, y la blanca luz eléctrica recortó sobre la noche el rostro del desconocido: unas cejas frías, bajo las que parpadeaban los ojos oscuros; unos labios unidos en gesto de cólera; unas flacas mejillas. El pelo negro, brillante de agua, caía, desde la desnuda cabeza, sobre la frente rugosa. La tela de su tosca camisa estaba ceñida a los brazos por la lluvia, y entre los brazos se amparaba el susto de una mujer, que apretaba sus mejillas contra el pecho casi desnudo del sorprendido.

—¡Hola!—dije, después de contemplar el extraño grupo—. ¿Qué se hace a tal hora en estos lugares?

—Ustedes no son policías. Déjenlos, entonces.

—¿Teméis a la policía?

—No. Sigán su camino.

Sara tomó de mis manos la luz e iluminó la chaqueta del hombre,

tendida en el ribazo y asegurada con una piedra.

—Miguel — habló —, apuesto cualquier cosa a que estos tórtolos proyectaban irse del mundo, río abajo.

Inclinóse y recogió la carta que asomaba un extremo bajo la piedra. Resaltaron, al ser enfocadas, las letras del sobre:

"Para el señor juez."

—¡Traiga usted eso!—ordenó el desconocido, arrebatando el papel y lanzándolo, hecho trozos, al agua.

Súbitamente, apareció un pequeño revólver nacarado en manos de mi amante.

—¡Camíne delante de mí!—ordenó—. ¡Y usted también!—agregó, dirigiéndose a la mujer que sollozaba.

No puede contener una sonrisa, porque comprendí cuanta era la felicidad de Sara en aquel momento. Enamorada de todo lo extraordinario, esperando a cada instante una aventura que no acaecía jamás, había adquirido el arma dos o tres meses antes, sin que en ninguna de nuestras excursiones nocturnas hubiese hallado un pretexto legítimo para extraerla del bolsillo de su impermeable. Bien. Ya estábamos en plena película; y confieso que no dejaba de divertirme a mí también. La triste pareja subía el ribazo y, detrás, Sara alumbraba el sendero con una mano y les encañonaba con la otra. Tenía un leve fruncimiento en las cejas y un punto diabólicamente brillador en cada pupila. La hubiera besado con mucho gusto, si no supiese que había de encontrar mis caricias inoportunas.

Recorrimos otra vez el puente, y al embocar las callejuelas de la ciudad baja, Sara rompió el silencio:

—Coge a ese hombre por un brazo, Miguel. Si intenta escaparse, que cuente con una bala.

Asió ella a la mujer, y así recorrimos parte del infecto laberinto de los barrios pobres. Adiviné, por la dirección que nos imponía, que íbamos a parar a la taberna de *El gato muerto*, donde algunas veces nos agradaba pasar una hora. El lugar era tan pintoresco como otro cualquiera de su misma categoría, pero a Sara le había atraído preferentemente el título del establecimiento, lleno, para ella, de sugerencias extravagantes. Sin embargo, sabíamos que tal denominación —que no figuraba en ningún rótulo, aunque nadie conociese la taberna por otro nombre— obedecía sencillamente al sacrificio de un gato de Angora, propiedad del tendero, y que éste no había vacilado en servir con arroz a unos parroquianos que pagaron con esplendor aquel estúpido capricho.

Llamamos, en efecto, al figón, y nos franquearon la entrada. Elegimos una mesa distante de las ocupadas por algunos hombres abstraídos en no sé qué juego de naipes. Y entonces pudimos examinar perfectamente nuestras presas.

El era un hombre joven; quizá no contase más de veinticinco años; su ropa, manchada de barro y oscurecida por la lluvia, revelaba todo el abominable mal gusto de un sastre barato, la camisa tenía dos zurcidos, poco disimulados, en la parte en que la rozaban las puntas del cuello; un chaleco de lana con dibujos chillones, imperdonable en quien probables-

te no tenía otro para que la vista descansase en la alternativa, daba el último detalle preciso acerca del sujeto. "Un romántico en la miseria—pensé en seguida—. El traje nos permite conocer rápidamente a un hombre." Y, en verdad, su cara no me hubiese dado indicios tan seguros. Sólo las cejas, algo inclinadas hacia fuera, denunciaban tristeza y debilidad; la boca, grande y ávida, tenía entonces un gesto de cansancio. En todo aquel ser, delgado y pálido, había un notorio renunciamento;

—No—gruñó él, con igual sequedad.

Había hundido las manos en los bolsillos y apoyaba sus espaldas en la pared. Creo que sufría aún ese estupor del hombre que ha sido arrancado de una muerte que estimó inevitable.

—¿No os suicidabais por hambre?

—No.

Intentó protestar, no muy seguro aún:

—¿Quién es usted para interrogarme?

LAMENTACION TARDIA

Yo soñaba con la gloria,
cuando tenía tu amor...
¡Por una sombra ilusoria,
dejé tus labios en flor...!

Tu alegre voz cantarina
sonaba en mi corazón,
y volaba la divina
alondra de la ilusión...

Desde aquella hora florida,
pasó ya más de una vida...
¡Dulces memorias saudosas,
que hoy aumentáis mi sufrir...!
¡Por qué no poder vivir,
dos veces, las mismas cosas...?

Emilio CARRERE

quizá, sólo la presencia de la mujer que le acompañaba, le impedía echarse a llorar.

Y quizá, también, fuese la mujer que le acompañaba la que nos lo hacía aparecer tan insignificante; porque ella poseía una de esas bellezas que la palabra no puede más que inventariar, pero no describir, aunque se ahinque en el empeño. Diez y ocho años, ojos del color de la ingenuidad, cabellera de miel hilada, y en la carne, apetezible, ese delicioso tono de hoja de magnolia que sólo una alimentación deficiente puede procurar. Vestía con humildad; no había en su tecedor ni en su ropa un asomo de coquetería. Su gabancito marrón estaba hecho como para anular toda hermosura y toda esbeltez; pero fracasaba en su atentado contra las de la joven.

Sara preguntó secamente, después de haber contemplado a la pareja:

—¿Tenéis hambre?

—¿Y quién eres tú para llevar a la muerte a esta joven? Contesta. ¿Es tu mujer? ¿Deseas que te interroguen la policía? Dí tú, muchacha, ¿qué os sucede? ¿Es tu marido este prójimo?

La joven dijo, sin cesar su llanto:

—Es mi novio.

Temblaba dolorosamente, de angustia y de frío. Sara llamó al tabernero.

—Trae agua caliente y ron.

Ella misma compuso un *groog* confortable, bajo cuya acción térmica tuve que desabrochar mi gabán. Nuestros prisioneros no se hicieron rogar para tonificarse con el grato menaje. En el grueso cristal del vaso castañeteaban los dientes blanquíssimos de la muchacha. Porque ya hubiesen recobrado tranquilidad los enamorados o por la vulgar necesidad de arrojarse su alma el peso de sus trágicas ideas, no se rehuyeron a las inquisiciones de Sara. Así conocimos

aquella historia, sin importancia, a la que ningún periódico dedicaría más de seis líneas.

El se llamaba Anselmo, y ganaba ciento veinte pesos al mes en una oficina de transportes; ella tenía el dulce nombre de Tula, y vivía con su madre—una pensionista extenuada—y cuatro hermanitos anémicos, en un pisito que no podían pagar. El relato del conocimiento y del amor de ambos jóvenes no merece fatigar la pluma. Soñaban en casarse con ese tesón que todo desgraciado pone en tener junto a sí otro, desgraciado que le procure el consuelo de ver que hay alguien más que él sufriendo en la tierra; pero sus planes no alcanzaban realización. Se amaban desde hacía dos años. El día primero del mes, la oficina de transportes cesó de funcionar. La madre de Tula dijo entonces a Anselmo:

—Si usted quiere verdaderamente a mi hija, márchese donde no la vuelva a ver. Usted no podrá ofrecerle nunca más que una miseria, prolongación de esta miseria en que vive. Tula es hermosa; encontrará, sin duda, un amor más nutritivo y menos azaroso que el de usted. Espero que usted tenga cordura, pero si insiste en aparecer bajo mis ventanas, le arrojaré un tiesto.

El infeliz inclinó la cabeza y se fué. Tula lloró quince días y quince noches. El diez y seis vió desde la ventana a Anselmo, que la llamaba, y escapó a reunirse con él. Anselmo quería decirle:

—Todo es hostil para mí. Si sólo me faltase dinero, aún esperaría; pero he perdido hasta la más leve esperanza en mi destino. Tengo hambre. No quiero esperar a morir de inanición en un banco de un paseo. Esta noche me mataré, y he venido a decirte, sencillamente, adiós.

Y ella ofreció, exaltada:

—Moriremos juntos.

Una historia vulgar. Pero no es lo mismo leerla que oírsela contar a quienes la han sufrido. Aunque repetí el trasiego del *groog*, bien cargado, no pude impedir que el relato de aquella aflicción me conmoviese.

Sara escuchó, sin que a su rostro asomase otro gesto que el de la atención. A veces, sin embargo, chispeaban sus ojos. Cuando Tula calló, después de narrar la triste escena entre sombras a la orilla del río, Sara preguntó:

—Desde que saliste de tu casa hasta que os encontramos, ¿qué habéis hecho?

—Pasear por las calles.

—¿Nada más?

—Nada más.

—¿No se os ocurrió despediros de otro modo de la vida?

—¿Cómo?

—Besándonos.

Tula inclinó la cabeza.

—Si; nos besamos después que Anselmo puso la piedra sobre la carta; cuando ya creímos que todo estaba terminado.

Sara se volvió bruscamente hacia el joven:

—¿No fué tuya esta muchacha?

Rechazando la cruda interrogación con un altivo gesto, respondió:

—Eso no... Soy un hombre de bien.

Mi amante se dobló hacia él:

—¡Eres un imbécil y un cobarde! Eso es lo que eres. ¡Un hombre de bien que pretendía asesinar a una pobre niña...! Por desgra-

ANECDOTA

Enrique VIII, de Inglaterra, se disponía a enviar un embajador cerca de Francisco I, y el embajador hizo observar al monarca inglés que si se permitía decir al rey de Francia el mensaje que se le confiaba, lo más probable sería que le hiciese decapitar.

Enrique VIII contestó:

—Id y no temáis; si el rey de Francia se permite hacer morir por esas palabras, yo haré caer muchas cabezas de franceses que tengo en mi poder.

—Señor — replicó el embajador, — tengo el honor de hacer observar a V. M. que, de todas las cabezas que haga caer, ninguna me sentará tan bien sobre los hombros como la mía.

cia, ella es tan estúpida como tú. Dos cobardes llorones: no valéis más... Dime: antes de suicidarte, ¿no se te ocurrió robar?

—Nunca.

—¡Majadero! Y antes de destruir la belleza de esta chiquilla, ¿no se te ocurrió poseerla? ¿No?... ¡Merecías que os hubiese dejado a los dos entre el fango! Pero ya arreglaré contigo eso cuenta. Ahora vais a comer.

Encargó una comida abundante y fuerte, una de esas comidas de taberna, olorosas y encendidas en color y en sabor de especias. Anselmo declaró, sombríamente, que no tomaría ni un bocado. Entendí que le estorbaba mi presencia más que las diatribas de Sara y me levanté, adoptando el aire de un hombre aburrido, para acercarme al mostrador. Desde allí pude ver, con disimulo, cómo el joven engullía, fingiendo indiferencia, al principio, y con triste avidez, más tarde. Tula no se había hecho rogar. Sara escanciaba frecuentemente vino en sus copas.

Los jóvenes habían terminado de comer. Anselmo permanecía taciturno; el alcohol y el cansancio rayaban de sangre sus ojos. Tula, arrebolada, con una sutil sonrisa en la brasa de sus labios, parecía haber recuperado la felicidad. De vez en vez dirigía una rápida mirada al dulce licor que aún quedaba en la copa que Sara les había hecho servir después del café. Al fin, con un movimiento rápido, la acercó a la boca y la vació entre los dientes blanquitos. Como Sara la mirase entonces, sonrió más ampliamente, con delicioso mohín, como si diese gracias y pidiese perdón a un tiempo. Sara la interrogó:

—¿Estás satisfecha?

Movió la cabeza afirmativamente, después de comprobar, con una mirada rápida, que Anselmo no la veía. Pensé que quizá en aquella mujercita animada por el vino y por la comida copiosa, se habían modificado, aunque fuese momentáneamente, los sentimientos que le inspiraba el hombre con quien iba a morir dos horas antes.

—¿Tienes confianza en mí?—Inquirió Sara.

—Sí, señora.

—Entonces voy a encargarme de resolver vuestro asunto. Vámonos.

Cogió de un brazo a la joven, y salimos. Ya en la calle, apenas se hubo cerrado tras de nosotros la puerta de *El gato muerto*, se volvió hacia Anselmo, que caminaba junto a mí.

—Tú puedes marcharte.

Se detuvo, estupefacto.

—¿Adónde?

—No me importa.

—Yo voy con Tula.

—Tula viene conmigo, y yo no quiero verte ni un minuto más delante de mí.

—Pero...

—Tengo poca paciencia. Si insistes, haremos que te conozca la policía. Puedes continuar paseando, o volverte al río; lo que prefieras. Con nosotros, no.

Se alejó bruscamente. Tula seguía a su lado, callada y sumisa, sin dar muestra alguna de disgusto. Anselmo permaneció inmóvil en medio de la calleja, desconcertado y hosco. Había cesado de llover, pero el huracán revolaba aún sobre los tejados.

—¿Tomamos un coche?—propuso.

—No; no conviene—advirtió Sara.

E hicimos a pie la larga caminata hasta su hotelito. Durante todo el trayecto, apenas cambiamos otras palabras. Yo desconocía sus intenciones, aunque esperaba de su novelera imaginación cualquier ocurrencia estrafalaria. En verdad, fué más lejos de lo que yo pudiese presumir, si me impusiese el trabajo de adivinarlo.

Cuando entramos en la casita, bien caldeada, Sara nos hizo pasar a su gabinete, y mientras se cambiaba la ropa con que había afrontado la tormenta, me tendí entre los innumerables almohadones del diván, cogí un cigarrillo de la caja que estaba al alcance de la mano y esperé con curiosidad perezosa el desenlace de aquella aventura. La joven había desatendido la indicación de sentarse y examinaba la estancia con mirar complacido. El gabinete de Sara es, en verdad, un poco extraño. La espesa alfombra, la gruesa tapicería que lo recubre por completo, parecen producir en uno la sensación de estar encerrado en un bolso de mujer. Quizá el perfume y el calor sean allí excesivos. Y, sin embargo, hay no sé qué cosa grata en aquel rincón, guateado y blando, como el interior de un estuche. Alguna vez le he dicho a Sara:

—Si una fuerza titánica agitase esta habitación, como una catedral, y estuviésemos dentro, no nos haríamos más daño que si saltásemos sobre un lecho.

Y nuestro lecho era, realmente. Pero acerca de esto no es delicado insistir.

Cuando Sara reapareció, trafa en sus manos un puñadito de telas sutiles de amable color. Los dejó sobre un mueble y se acercó a Tula.

—Quitale ese gabán—ordenó—; en mi vida he visto otro más horrible.

Obedeció la joven con humilde sonrisa. Exhibió entonces una blusa verde y una saya de paño negro que pendía sobre los zapatos sucios y viejos. Sara la contempló con disgusto.

—La principal obligación de una

mujer—le dijo—es ser hermosa y vestir bien. Si tú llevases esta noche un buen traje, es seguro que no querrías ir a mancharlo al cenagal del río. Un buen traje aleja malas ideas.

La aproximó con un ademán imperioso y comenzó a desnudarla. Fué arrojando a un rincón la blusa, la saya, las toscas prendas interiores de la joven; la despojo de los zapatos y de las medias corcudas. Apartóse, y Tula quedó en pie sobre la alfombra, bañada por la rosada luz de la lámpara, deliciosamente bella. En mi mano temblaba un poco el cigarrillo, pero no me moví ni pronuncié una sola palabra que pudiese romper el encanto. Saboreé la visión de aquella viva estatua, suavemente labrada en el mármol rosa de la juventud. Levemente flexionada una pierna sobre la punta de un breve pie hundido en la alfombra, caídos los brazos—asas de un ánfora perfecta—, no había en la total desnudez de la muchacha pudor, sino grata obediencia. Únicamente, al deshacerse el grupo que formaba con Sara, dobló la cabeza y veló con las largas pestañas los ojos, cuya expresión me hubiese gustado sorprender en aquel instante. Pero la turbada sonrisa que el licor había puesto en sus labios, no se borró. Y, entonces, era dedicada a mí, que la miraba.

Una única corriente de voluptuosidad iba y venía entre los dos, uniéndolos débilmente, sutil como el fluido que puede escaparse de unos ojos que miran o como el perfume de carne bella y joven que yo creía percibir triunfando entre los demás perfumes del gabinete.

Sara acudió con las ropitas de tela de araña que había traído de su tocador, y cubrió con ellas el cuerpo de Tula. La envolvió en un kimono de seda azul, que hizo súbitamente más rubia la melosa cabellera cortada de la hermosa.

—Ven a mirarte—dijo, llevándola ante el triple espejo del *boudoir*.

Después la condujo hasta la al-

coba del piso bajo, donde, en sus escasos viajes a la capital dormía Irene, su compañera de colegio.

—Este es tu cuarto—ofreció—, y aquí tiene un traje con que vestirté mañana.

Luego nos dirigimos al vestíbulo.

—Abre la puerta—me dijo, en voz baja—. ¿Que ves?

—Hay un hombre en el jardín—Sondeé en la penumbra.

—Hay un hombre en el jardín—contesté.

—Ya lo sabía. He dejado la verja sin cerrar.

Se asomó.

—¡Anselmo!

—El hombre se acercó lentamente.

—¡Pase usted!

Le guió por el pasillo que conducía a la alcoba de Tula.

—Por esta noche, he resuelto concederos albergue. Ahí está tu novia. Al dar las nueve de la mañana debéis estar los dos lejos de aquí. La habitación tiene una ventana baja que da al jardín. Salid por ella, sin molestar a nadie de la casa. No tengo interés en saber nunca más de vosotros.

Anselmo la miró como para decir algo. espues con ademán lento, abrió la puerta de la alcoba y entró.

Sara pasó su brazo alrededor de mi cuello.

—¿Qué piensas tú?—susurró, en mimosa busca de una alabanza.

—Querida Sara—respondí—; acabo de adoptar una resolución terrible: jamás volveré a comprar novelas de Lorrain.

—Por lo menos, he ahí dos personas que morirán de muerte natural—añadió, sonriendo, a mi oído, mientras yo aprovechaba la proximidad para besar su mejilla.

Mujercita novelera: tu alma es como un mágico escenario, y en tu corazón está siempre despierta el ansia de lo excepcional... A nadie podría querer como a ti, mujercita.

(Concluirá en el próximo número)



La frescura, suavidad y transparencia del cutis, hacen admirable un rostro femenino.

Jabón REUTER

es el preferido por las damas por su pureza, cremosa espuma y delicado perfume.

0.70 centavos cada jabón

EL ENCONTRON

Por Fausto Burgos

La María Dolores se había decidido a vivir con José Angel. El mocetón la encontró en la quinta juntando naranjas. La tarde era plácida. Un vientecillo trafa el olor de las cañas maduras. En los naranjos parlotaba la bandada de loros.

El José Angel se le acercó y le dijo:

—¿Y qué no quiere que le ayude?

—Cómo no!—respondió la moza.

—Pero a comer...—insinuó el gafián.

—Nai como guste — agregó María.

El José Angel eligió una naranja que tenía el color encendido, la superficie lisa, la cáscara lustrosa y fina, el aroma incitante.

—¿Te gusta rubita?

—Linda parece.

Y la comieron, tajada por tajada, sentados en una carreta vieja.

—¿Sabís que ya tengo todo? Te compré un baúl. Vieras que es lindo! El catre de tientos ya está; la olla de fierro también. Na Ramona me ofreció un mortero y una tipa por la nada: me pide tres pesos...

—¿Y el rancho?

—Ya lo acabé de techar.

—¿Y queda lejos?

—Nai a la banda del río, en un terreno de don Pepe. A don Ramón lo vamos a dejar...

—¿Hum!...

—No se desanime mi rubia. ¿O querís estar de sirviente toda la vida? Aquí te tienen de cebadora de mate y pa tender las camas... ¡Que busquen otra! Ya veremos lo que le tienen que pagar. ¿Te dan algo a fin de mes?

—Yo no les quiero cobrar. La señora Margarita es muy buena; yo no tenga nada qué decir. El viejo, el viejo ¡hum!... El viejo sí que no me gusta, no lo puedo pasar ni con agua tibia, me repugna. Y no me deja un minuto tranquila: al amanecer, a la siesta, a la oración cerrada, tarde la noche, anda siguiéndome como vibora que perdió la ponzoña. Y es atrevido el viejo; ya vis que es viejo y todavía hace dar miedo. Nai, la otra noche grité cuando lo sentí que se venía gateando; la señora se despertó; pero el viejo se hizo humo.

—Alboroto de viejo... Y con todo eso, ¿todavía querís quedarte?

—Nai bueno. Vení esta noche y llevame, al fin y al cabo yo soy dueña.

El Juan José la besó en la boca y se fué. A media noche salieron juntos.

—Ché José, el viejo se va a dar cuenta, y como tiene más narices que un perro, mañana me va a ir a buscar... ¿Y si me encuentra?

—Que vaya a buscarte. Yo no le tengo nadita de miedo. Eso sí, que no se quiera meter con vos, porque soy capaz de sacarle el cuero.

—¿Y si me dice algo cuando vos no estís en el rancho? El viejo es muy atrevido y de no dejarlo acer-

car ni un chiquito; tiene los ojos como el rey de los pájaros...

—Y que te diga; con hablar no ganará nada: también hablan los loros... Pero es un viejo tonto ¿no? ¡querer caña dulce cuando no tiene dientes!

—¿Hum! ¡Quién sabe por qué se inquietará tanto! Algunas veces la señora Margarita lo corría de la cama...

El José Angel había construido su rancho a la orilla del río; era

—Que no se meta a churo el viejo, porque aquí va a dejar el cuero. ¡Cuero colorao, pa qué sirve!...

El José Angel trabajaba a jornal en los cañaverales de don Pepe Jiménez. Salía temprano y volvía tarde, cansado, bañado en sudor. La María pasaba largas horas solita, sentada cerca del fogón cosiendo y cuidando de la olla de loco. Los muchachos que iban al río a pescar dentados, dorados, palometas y anguillas, a veces se paraban a mirarla. De mañana, la María Dolores majaba maíz en el mortero y se holgaba mirando los pajaritos que se juntaban en el patio.

Y nació Pepito; le decían el Chango. Pepito tenía los ojos verdes, el cabello negro y lacio, el cutis trigueño. La María Dolores y el José Angel, estaban chochos. De

La belleza del rostro

Del mismo modo que a un enfermo sólo puede curársele con alimentación apropiada y remedios indicados, así también puede renovarse el cutis manchado o con grasa producida por una secreción morbosa, suministrándole nutrición abundante, que le vuelva su pristina frescura y aspecto juvenil. Crema Vasenol es un preparado que une a un perfume exquisito todos los méritos científicos del Vasenol. Con su uso desaparecen las arrugas, paspaduras y todas las impurezas del rostro.

Lachiguanas, moro-moros, balas y puesquiellos, llenaban sus panales en el monte.

Un año después de la muerte de Pepito, llegó don Ramón al rancho de la María Dolores. La María Dolores majaba maíz en el mortero y estaba triste. Don Ramón le dijo:

—Si quieres te llevaré a casa; no tienes más que hablar. Allí, nada te faltará. Margarita te echa de menos; yo quiero tenerte siempre cerca.

Y la desnudaba con los ojos. La María Dolores lo miró desdeñosamente.

—Te juntaste con ese gaucho salvaje y ocioso. Es claro, ya calculábamos lo que te iba a pasar. Ya ves como andas, das lástima... ¡Ni botines tienes!... Estás hecha una mendiga. ¿Y quién te ayudará? Nadie. ¿Y cómo lo pasabas en casa!... ¿Querís que te lleve?

La María Dolores le contestó clavando los ojos en el suelo.

—¿Y para dónde se fué el pica-ro? ¡Gaucho salvaje! Era un borracho y camorrero cuando yo lo tenía. Te ha engañado miserablemente. Se hizo el bueno y el humilde hasta conquistarte. Ya ves las consecuencias de los malos pasos... El Serafín ya me había hablado, te quería para casarse y ése, si que es bueno, un muchacho trabajador y juicioso; te buscaba para casarse, no para vivir ayuntados como perros.

La María Dolores alzó los ojos y le dijo:

—Y bueno, don Ramón, la culpa es mía; pero yo a nai le pido un cobre y vivo como puedo.

—Vives... se ve como vives... descalza, la ropa llena de remiendos. La vaca también vive: pero hay vacas que comen pasto tierno y otras que andan cargadas de garrapatas y tábanos, dando lástima.

La María Dolores se estremeció de cólera.

—Fíjate cómo está el rancho, lleno de agujeros... ¡Qué noches pasarás cuando llueva! ¡Bah! si ya ni te pareces a la María Dolores de antes! ¿Cuántos años te duró la miel? ¡Dios! Ni dos... Ya no eres aquella rubia de cachetes rosados, de piernas gruesas, de caderas modeladitas, de senos como limones. Aquella tenía un modito de caminar lo más lindo. ¡Y qué mates cebaba!... Era recelosa, es cierto, pero nada más. ¡Y qué ojos tenía! A ver, mírame María Dolores.

La moza no quiso mirarlo.

—Sí, los ojos están iguales. Tienes unos ojos lindos que no me-

CRISTO

¡He aquí al Maestro! Símbolo grande y puro; vencido en el madero, muerto su corazón; abiertos a los hombres del presente y futuro sus brazos, en demanda de amor y de perdón!

Incomprendido y mártir; soñador y profeta, predicador del bien, de utópica igualdad; fué bueno como el pan, triste cual un poeta, y como un lazo quieto, tuvo serenidad!

Sus frases de ternura, calurosas, brotaban de su boca, como agua clara de un manantial; sus manos milagrosas las heridas curaban y trocaba en adelfas, las espinas del mal.

¡He aquí al sembrador de la bondad! Cual una semilla, ha fecundado su poderoso amor; su alma luminosa, como un rayo de luna dejó en la humanidad un vivo resplandor!

Tengamos su infinita piedad; ¡Que el tesoro de su ideal nos disipe todo egoísmo cruel; que vibre en nuestros labios su dulce frase ¡adoro! y nunca la palabra amarga como hiel!

Félix B. VISILLAC

un rancho con el techo de torta y los horcones de *vivarú*. Un pacará viejo le ofrecía sombra. Cerca, se veía el camino de herradura bordeado de guayacanes y *matos*.

—¿Te gusta el rancho, María?

—Nai... está lindo.

—El mes que viene haré una ramada. Tu casa era mejor, pero esa es casa de rico... aunque también le llueve cuando truena fuerte.

¿Y no vino el buey corneta?

—Nai nada!

—No vendrá.

—¿Y si viene?

—Lo recibís con agua caliente... ¡viejo tonto!...

—Pero es capaz de hacerme tomar con los vigilantes porque todavía no tengo la edad...

—Y a él ¿qué le importa? Que vengan, vamos a ver si son hombres pa llevarte.

—Mejor sería por las buenas.

—Nai decime cómo.

—Pedile permiso pa vivir conmigo, así nos dejará tranquilos.

—¿Pedirle permiso yo, a él?

—Nai qué tiene... Ha sido mi patrón...

noche, mientras tomaban mate, solían charlar:

—¿Has visto cómo se parece a la mama vieja?

—¡Hum bah!, de ña Lindora no tiene nada.

—En Chango se parece a su tata.

—La comadre dice que se parece más a mí.

—En cuanto se cría un poco más, lo pondré sobre el rocín: quiero que salga como su tata.

—A mí me gustaría que fuera dependiente. Ya vis, en la Villa hay muchas casas de comercio, cómo no le vamos a encontrar una colocación...

—¿Y pa qué? ¿Pa que se haga viejo tras el mostrador mientras el patrón llena las arcas? Que sea como su tata; lo pondré sobre el rocín y lo llevaré a trabajar en los cañaverales de su padrino.

Los días de fiesta, se iban a buscar mieles en el monte. Si José Angel descubría una abejita, corriendo la seguía, se internaba en los matorrales, aparecía acezando en la cañada, se detenía al pie de un *mato* y exclamaba: — ¡Aquí! ¡Aquí!

recía ese gaucho salvaje. ¡Qué tostada estás! Tostada como café. Antes eras una rubia buena moza, los cachetes rosados, la boca fresca, los senos como limones. ¡Cómo te encuentro! la cara chupada, llena de arrugas; el cabello suelto; descalza; pareces una infeliz. ¿Querís que te lleve?

María Dolores sintió que le hervía la sangre y exclamó:

—¡Nunca!

—Bueno, no te di motivo para tanto; simplemente deseo sacarte de la miseria. Amasando no ganas ni para comer.

—Y a usted ¿qué le importa?

—Yo te deseo el bien. Con los cigarrillos... ¡bah!... armadores de cigarrillos de chala hay donde uno se da vuelta... Mirá María Dolores, no pienses en José Angel, ese bandido no merece una mujer como vos. ¡Te dejó en la miseria! ¿Qué puede hacer una mujer sola? ¿Te acuerdas de tu hijo? El pobre chico murió por falta de cuidados. ¡Ni llamaron médico! Claro, el gaucho salvaje necesitaba la plata para ginebra...

Cuando María Dolores cogió la tipa de aventar el maíz, don Ramón la abrazó y la besó en la boca.

—¡Cochino! ¡Viejo inmundo! ¡Cochino! ¡Asqueroso!—le gritó la María Dolores — Sálgase de aquí antes que le parta la cabeza con la mano del mortero...

El viejo se fué. La María Dolores aventó el maíz. En el patio se juntaron alegres pajaritos.

Lunes de carnestolendas.

Desde temprano pasaban los jinetes cantando, el poncho sobre el hombro, el gajo de albahaca en la oreja; algunos llevaban una moza en la grupa del caballo. Las muchachas, vestidas de limpio, salían de los ranchos. De rato en rato se oía el galope de las comparsas de indios que huían levantando nubes de polvo.

Absalón, un gañán alto y flaco, era el cacique de una comparsa. Sus indios vestían traje verde salpicado de espejuelos y vistosas plumas; llevaban careta de tigre, un hermoso plumero azul a guisa de gorro y tenían atada a la diestra un puñal de madera. Jinetes en briosos caballos negros, formaban una rara comparsa.

En el carnaval de don Lisandro, sonaba el bombo desde el sábado. Ya habían llegado gañanes del Ceibal, de Yucamita, de Muyo, de Gastona y mozas de todas partes. Junto al guardapatio hacían pechar sus caballos los jinetes. El José Angel se apeó y se fué a la ramada. El violín triste y viejo de un viejo ciego, cantaba una charcarera al compás del bombo. Bailaban las alegres parejas. De rato en rato, un achispado arrojaba la humeante gruesa de cohetes que hacía temblar a los caballos.

El José Angel se acomodó en el largo banco de algarrobo, junto a una moza menuda, de negra trenza y ojos rasgados. La moza tenía en la mano un ramillete de flores.

—¡Hola vidita!... — le dijo. — Así te quería pillar, solita y sin dueño...

El José Angel sacó de los bolsillos puñados de almidón y comenzó a hacerla jugar.

—¡Ya está ché!... decía la moza. — Me estás por dejar ciego. ¡Ya está ché!... ¡Me vas a dejar la

cabeza como torta! ¡Ché!... ¡No me echís en el pecho. ¡Ya está bueno!

Cantaba una cueca al compás del bombo, el violín triste y vie-

jo de un viejo ciego. Bailaban las alegres parejas. Los mozos y los viejos iban en pos de mozas y viejas haciendo jugar las piernas y remolineando el pañuelo.

LA ALEGRÍA

Cualquiera que fueren las circunstancias en que nos encontremos, no debemos permitir que se apodere de nosotros la tristeza o la misantropía. Sepamos encontrar, aun en el mismo sufrimiento, motivos para vivir alegremente. La influencia de las emociones placenteras en la salud corporal, no es artificioso estímulo del organismo, seguido de mayor depresión, como sucede con los medicamentos, sino que, por el contrario, acrecientan la vitalidad humana en una forma tal, que sencillamente puede conocerse en el brillar de la mirada y en la gallardía del continente.

Bien fácil es, por cierto, iniciarse en la alegría del vivir: ejecutemos cada uno de nuestros actos, aún los más sencillos de la vida orgánica, con resuelta firmeza; acostumbremos a caminar con sereno aplomo; escuchemos con ánimo benevolente a quien a nosotros se dirige; recibamos con afable sonrisa cualquier manifestación que se nos haga; y por fin, seamos resueltos y gallardos en nuestra conducta y en nuestro proceder, pero sin caer en la jactanciosa petulancia, que, a veces, suele revelarse en el más simple de los gestos.

Conduciéndonos así, tengamos la completa seguridad de que seremos fuerte de alma y de cuerpo, y que triunfaremos en la vida.

J. SANDERSON

—¡Pompón!—pón!... ¡Pompón!—pón!—parecía exclamar el bombo y su voz ronca se oía a lo lejos.

El José Angel y la Rosario bebían vino, sentados en el largo banco de algarrobo.

—No me dís más... ¿pa qué querís verme machada?—le decía la moza.

—Pa quererte más—le respondía el gañán.

Cuando el José Angel vió que la Rosario perdía los ojos, al són de la caja le cantó estas coplas:

Dicen que los afligidos
se consuelan con llorar.
¡Y yo que he llorado tanto
no me puedo consolar!...
Note da pena Rosario
mirandomé padecer...
Te quiero como a ninguna,
no has sabido conocer.
Lucecita de lucero,
¡quién sabe si has de volver!
Amanece y amanece
para luego anochecer...
Por esta calle a lo largo,
juran que me han de matar,
con un cuchillo de palo
¡quién sabe si cortará!

—José Angel dejó de cantar y aparecieron los indios de una comparsa. Vestían traje verde y salpicado de espejuelos y vistosas plumas; llevaban careta de tigre y un hermoso plumero azul a guisa de gorro.

—¡Huf—jojojó! ¡Huf — jojojó! ¡Huf—jojojó!—gritaban golpeándose la boca.

El cacique Absalón había traído una prisionera en la grupa de su caballo.

—¡Pompón—pón! ¡pompón—pón! ¡pompón—pón!—parecía exclamar el bombo. El violín triste cantaba una cueca.

El cacique Absalón y una rubia guapa, entraron en la ramada.

—¡La María Dolores!, la María Dolores...—dijeron algunos.

—Aura va a ser la buena...—pensaron otros.

El José Angel y la Rosario se miraron. Y siguió el baile. Los viejos y los mozos iban en pos de las viejas y de las mozas, haciendo jugar las piernas y remolineando el pañuelo. Cantó el viejo violín ardientes cuecas y alegres chacareras.

A media noche el cacique Absalón estaba ebrio. La María Dolores no había probado licor. El José Angel y la Rosario ya no bebían, se abrazaban.

Tambaleándose, el cacique se fué a sentar en el largo banco de algarrobo; la María Dolores lo siguió, sentóse en sus piernas y le pidió el blanco puñal de madera. El cacique, mirándola de hito en hito, se lo dió.

El José Angel y el Absalón se hallaron por fin frente a frente.

Al són de su atabal, el cacique cantó: :

No José tuvo una rubia
¡se le pasó al otro bando!
Pobrecito fio José...
parece que anda llorando...

El José Angel se le fué encima. El viejo ciego, los bailarines y el hombre del bombo se asustaron. Los dos gañanes se acosaron como fieras. Y cuando el José cayó, la María Dolores le hundió en el pecho el blanco puñal de madera.

Arrastraron al muerto y el baile siguió...

Atravesando las quebradas ocres y desiertas de Humahuaca, bajo la sugestión melodramática de un sentimiento teatral va un cortejo sombrío de hombres y mujeres. Su marcha es penosa, negligente y trágica. Al contemplarla, se diría una lúgubre procesión de duelo, una alegórica y destefida mancha de aguafuerte. Diez, quince, veinte: el número de sombras humanas se aumentaba en el camino. Hay una devoción sagrada en cada espíritu por saborear la dulzura de el postrero sacrificio parabólico.

Adelante, sobre unas andas rústicas, dos hombres llevan un cadáver en posición supina. Va cubierto con un manto puyo rojo, ajustado con un cordel de lana. La cara, los brazos, los pies; todas las formas del cuerpo surgen rígidas e impresionantes. Los tipos del acompañamiento no conversan; un malestar orgánico les sofoca el corazón. Marchan hacia el camposanto serrano para darle descanso y sepultura. El amigo común ha muerto en la choza de piedra, en medio de los cerros desolados y cobrizos. No obtuvo la extremaunción cristiana por la inmensa lejanía del pueblo y la inesperada ausencia del párroco local. La eterna paz del alma está en la confianza mística de no haber hecho nunca el mal sobre la tierra.

La caravana prosigue. Su presencia—todos de negro—da la impresión de una comedia grotesca. No llevan tamboril, "herke", ni quena. Su paso se revela por el ritmo del llanto: ese recurso demasiado humano del dolor. Miramos. Tras la fúnebre carga, sin ataúd, ni decoración simbólica, va la viuda del muerto. Viste de luto, el rostro pálido, las pupilas hinchadas y acompañada por última vez al fiel esposo de su vida. El sufrimiento tiene una exégesis continua de fervor dramático. Solloza sin descanso, y a instantes, cuando se aproxima a un rancho del camino, rompe a llorar a gritos. El eco triste y profundo repercute con una claridad emocionante en la lejanía del paisaje. Cuando calla el cortejo ejecuta un llorante curso teatral. Breve pausa de recogimiento y, de nuevo la mujer avisa la doliente música del duelo. Gime, se agita y retuerce sus brazos en gestos suplicantes. Nadie intenta consolarla; el valor no existe y parece que un hado funerario desgarrase toda la sensibilidad de aquel conjuro...

El tono del lloro atrae la curiosidad de los moradores cerriles. Algunos salen de sus chozas, aterrados por la visión peregrina de la muerte. Las mujeres se acercan llenas de inquietud y aflicción. De pronto dicen:

—Allá va la viuda.

—Es cierto.

—¡Probecita!

—¡Qué desamparo!

—El Señor sabe lo que hace.

Luego los chicuelos repiten, señalando con el dedo a la enlutada:

—Aquella es la viuda.

—Sí, esa es la viuda.

—¡Qué miedo...

Otras manos más piadosas, arrojan algunas flores silvestre sobre el cuerpo sin vida del paisano. De alguna pupila femenina, rueda la clara perla de una lágrima espontánea y sincera.

El cortejo funerario sigue viaje. Los rayos oblicuos del sol, se quiebran sobre las cabezas descu-

Los ritos de la muerte

Por Julio Aramburu

biertas, formándose un aureo morrion visual. El llanto es como una ceremonia de zozobra y desesperación. Desde el alba, caminan con el difunto a cuestas, sin descanso hasta llegar al cementerio, tendido al pie del cerro de Coctaca. So-

muerto más tétrico y expresivo bajo la blanca envoltura de una sábana. La esposa se desespera por el supremo adiós y los despojos se hunden en la sepultura. Los "runas" arrojan paladas de tierra suelta, unas piedras de señal y de

VEN, LOCURA...

He buscado tres veces la Vida
Y he tentado tres veces la Muerte
Y he agrandado tres veces mi herida
Y el penar fué, tres veces, más fuerte.

He buscado tres veces la Vida,
Que es morir el vivir de la suerte...
Y he esperado con ansia suicida
Mejor vida esperando la Muerte.

Nada ha sido. Y arrastro impotente
Condenado a cruzar el Desierto,
Este cuerpo maltrecho y doliente

Que es el cuerpo, con alma, de un muerto.
Ya, tan sólo. Locura, en tí espero
Pues que vivo... ¡ni vivo ni muero!...

J. QUESADA NOFUENTES

Hospital de Bon Secours, París, abril de 1928

bre la gleba pelada y yerma se diseñan breves grupos de piedras blancas con su negra cruz. Cada montículo es la tumba de un pariente o de un amigo.

Al fin han llegado a la última morada. Los hombres adustos bajan el féretro a tierra y comienzan a cavar la fosa. Los presentes forman un círculo de contemplación aciaga y dolorosa. De pronto aflojan las cuerdas, levantan el manto rojo y aparece el cuerpo del

dos palos secos hacen una humilde cruz. Y cuando el sol de aquella tarde de estío apagaba su lumbré de oro tras la tajante cresta de los cerros, el trágico cortejo se hincaba sobre la tierra negra a rezar una plegaria de salvación por el espíritu.

Han pasado quince días del entierro y la cruel desgracia. La viuda, entretanto, fué preparando la

ANECDOTA

Desde hace mucho tiempo, Emilio Herrero, el activo periodista madrileño, tiene entrada libre en el teatro de la Latina, de la capital de España. Como se halla el salón cerca de su casa, suele ir con alguna frecuencia.

Ocurrió que cierta Empresa tomó el coliseo para dar unas cuantas funciones, y que una noche, estando el representante de la compañía al lado del portero, preguntó a éste al ver cómo Emilio Herrero sin entregar localidad alguna entraba, orondo y satisfecho, como Pedro por su casa.

—¿Es de la policía ese señor que pasa sin entrada?

—No, señor — respondió el portero —. Se trata de un señor que siempre entra de balde.

El representante, que quería restringir el "tifus" de portugueses corrió tras Herrero, diciéndole:

—Caballero... ¿La entrada?...

Emilio Herrero le miro un momento, como extrañado, de arriba abajo, y sonriendo amablemente le replicó:

—Hombre. ¿Es usted forastero?... La entra es esa.

Y con el dedo le señoló la puerta de la sala por donde él había penetrado.

nueva liturgia en honor del fallecido. Elige un día de sol para la fiesta, invitando a todos los vecinos de Coctaca. Habrá chicha, "picantes" y brevajes caseros. Es necesario realizar el "lavatorio" de las ropas dejadas por el muerto.

A una hora precisa, la gente llega al rancho. Se agasaja con libaciones abundantes y se ensalzan las virtudes del extinto. Hay música autóctona para el baile y el canto. En la casa están ya listos diversos atados blancos y rojizos. Nadie teme la higiene ni el contagio letal. El rito de las costumbres aborígenes lleva el acicate del coraje y la fruición inefable de la amistad y el deber.

A mediodía, bajo la emoción del licor y la concordia, se encaminan con la dueña de la casa hacia el cercano río. Cada uno levanta al hombro o cuelga al brazo un bártulo de ropa. Llevan desde los cueros de cordero que usó como cama para el sueño, hasta las prendas más pequeñas de vestir. Se inicia entonces una nueva caravana de mudanza imaginaria. Alegres y sonrientes, bajan a la playa del río, murmurante y esquivo. Eterna herida del valle, parece que en su corriente amarillenta y roja se desangrase el corazón de la montaña.

Junto a la orilla triste y arenosa, las piedras cobrizas ofrecen la seguridad del descanso. El agua del río, espesa, herrumbrosa y sangrienta, se aclara a ratos bajo un extraño influjo. En la agreste soledad, su resonancia vana tiene el eco abierto de un caracol marino. Es un rumor silbante, misterioso y seco. Tendido cerca de las duras peñas y barrancos, es una serpiente, cansada de ondular por maldición y castigo.

Voces argentinas y voces roncadas detonan el ambiente. En la obligación tradicional desatan los llos para comenzar el lavado. Jabonan con fuerza, golpean la ropa sobre las piedras, la cimbran como un látigo y las manchas se desvanecen fugazmente. Cantan de leticia, miran la espuma que se escurre por las manos y las burbujas de plata morir en la corriente. Allí, trabajan—hombres y mujeres—descansando y bebiendo. Cuando la tarea está concluida, tienden a secar todas las piezas. El sol, con su aliento de fuego, arruga y endurece las prendas de aquel recuerdo trágico y sombrío.

Luego, cerca del río, bajo los sauces y "tuscas" verdes, los peregrinos continúan la diversión absurda. Beben y ballan hasta el atardecer, preludiando la parranda de la noche en el hogar. Del vecino valle, llega una fragancia penetrante de tolares y poleos. La paz infinita de los campos les purifica el organismo y los sentidos. El frío culto de la muerte es más bien el dulce culto de la vida. Los jóvenes y viejos, piensan que cada año más en sus edades, trae al contrario el triunfo filosófico de la existencia humana.

Estas costumbres legendarias del norte de Jujuy llevan el enigma póstumo del mito indígena. No tienen la pompa, ni la razón social, pero mantienen un carácter personal de la raza y de los pueblos. Fascinación de amor y de misterio enciende sus ingenuos corazones. Ya sea un cuadro de comedia fantástica o de tragedia primitiva, la farsa y el dolor humanos les truca el rostro en máscaras simbólicas de superstición y de leyenda.

Conjugar la vida

Vivir es conjugar la vida. Cada una de las edades forma un tiempo de la conjugación y se acaba de conjugar cuando ya no se espera nada ni a nada se aspira, paralizado el cuerpo y aterido el espíritu por el frío mortal de la vejez.

Seré—dice el niño al sentir las primeras manifestaciones del instinto que se despierta, *seré...* Ignora lo que será porque todo lo desconoce; pero quiere decir aunque no lo diga: *creeré, amaré, seré hombre...* En lo lejano una forma grandiosa, que no puede observar ni definir, se levanta y crece llenando el horizonte. El futuro con su contenido de inmensa promisión, le llama, le atrae, le seduce. Conjuga dulcemente la esperanza, y conjugándola se duerme sobre el borde florido del abismo del porvenir, sin temores, sin recelos.

Un minuto dura el ejercicio de ese primer conjugar gozoso, y ya el futuro se ha hecho presente. *Soy, amo, creo, hago...* ¿Qué soy, qué creo, qué amo, qué hago? La inmensa promisión del futuro se ha reducido a una realidad mezquina y engañosa. Ser, amar, creer y hacer se resuelven en estos otros verbos: sufrir, penar, dudar y luchar, infinitivos infinitos que llenan la juventud y la madurez, que son dolor porque son vida.

Pasa otro minuto, y el hombre conjuga el pasado, sin amores ya, sin batallas, advirtiendo que se le secan hasta las ideas y se le enfrían hasta los pesares. *He sido, he creído, he amado, he hecho.* La promisión del futuro, limitada a la mezquindad del pasado que fué presente y se extinguió en el movimiento vibratorio de un rayo de luz, queda como un recuerdo que atormenta.

Se conjuga el ayer dichoso en el hoy triste, y el futuro aparece como una inmensidad vacía, como el abismo entrevisto por la mañana desde el florido borde, entonces radiante y promotor, luego amenazador y sombrío...

Los labios de los viejos se resisten a pronunciar el futuro dulce y el presente enérgico; no conjugan sino el pasado lúgubre. *He sido, ya no seré...*

El afán humano estriba en conjugar la vida con atributos para no desvanecerse del todo, al acabar de conjugarla, en el tremendo infinito morir. Todos los verbos se suman en este verbo que está escrito en nuestra mente, en nuestra cuna, en nuestra mesa, en nuestro hogar, en nuestra descendencia, en nuestras glorias, en nuestros triunfos y en nuestra tumba. Los muertos son hombres que han terminado de conjugarse. Los desheredados son hombres que se conjugan sin ningún atributo.

EL ORGULLO

Yo no comprendo al orgulloso. No hay ciempitos ni puntales para ninguna especie de orgullo. ¿El orgullo de la belleza? ¡Qué poco vive la flor de la belleza humana! La marchita el soplo de la edad y la deshoja la mano descarnada de la muerte. ¿El orgullo de la riqueza? Acumulación que puede convertirse fácilmente en dispersión. ¿El de la ciencia? ¡Pobre ciencia, en definitiva, la ciencia del hombre! Ni aún le ha enseñado a conocerse a sí mismo; le ha engrandecido la vida material, pero le ha dejado desierto el espíritu. ¿El del arte? Ansia de idealidades nunca satisfecha. ¿El del talento? Resultado de una misteriosa lotería que no asegura la felicidad ni pone a cubierto del desdén...

Nada justifica el estar orgulloso. Sólo la obra exclusivamente propia, que nos crea un nombre, que nos da un apellido, por ser cosa nuestra, fruto de nuestro esfuerzo, ofrece alguna base al sentimiento de la exaltación del yo. Pero ni esto tampoco, bien considerado; que el hombre no valdría nada sin el concurso de in-

finitas cooperaciones, y tal es como le forma el mundo en que vive, no como quisiera ser. Lo que *de fuera* se le suma hace su individualidad; lo que tiene dentro sería valor inédito e ineficaz completamente sino fuera desarrollado, afinado, corroborado por las grandes energías exteriores y complementarias...

Nadie tendría razón para mostrarse orgulloso sino aquél que con verdad dijera: *Yo soy, en absoluto, obra de mí mismo.*

¿Y hubo alguien, jamás, que estuviese autorizado para aventurar semejante afirmación?

Todos los cadáveres caen al mar...; al mar del olvido, cuyas varias profundidades no alcanzamos a medir. Sus aguas negras, cubren, con más o menos rapidez, todas las memorias. Los hombres excepcionales se hunden lentamente; pero tocan al fin el fondo. Ello depende de la resistencia que opone la adhesión admirativa de la posteridad. Se sumergen como piedras más o menos pesadas. Años o siglos dura el descenso.

Orgulloso, por muy alto que estés, por muy ilustre que seas, vendrá un tiempo en que ni siquiera *habrás sido*.

Y entonces, desgraciado, ¿qué quedará de tí?

La vanidad es una humareda que se sube al cerebro. Sólo las cabezas *vacías* pueden llenarse con humo, como los globos.

Yo no soy vanidoso, aunque alguna vez parezca que sí lo soy, por una razón muy sencilla, porque me digo: *Hagas lo que hagas, hombre, no harás nada en fin de cuentas.*

La muerte tiene razón contra todo y contra todos. Y la muerte es lo definitivo.

Ni aún la gloria se le resiste. *Eso* de la inmortalidad resulta una broma corrida por las generaciones a costa de los hombres ilustres.

¡Cuántos que fueron inmortales están hoy difuntos *per secula seculorum*!

Francisco GONZALEZ DIAZ

Banco Hipotecario Nacional

25 de Mayo 245 y 263—Leandro N. Alem 232, 46 y 260 (Bs. As.)

SUCURSALES EN TODA LA REPUBLICA

Inversión de capitales
— en CEDULAS —

Busque Vd. el título de renta, que dentro de las garantías sólidas que ofrezca, produzca el máximo y verá que la CEDULA HIPOTECARIA ARGENTINA del 6 o/o de interés anual, reúne estas condiciones esenciales.

Su triple garantía está constituida por:

- 1o. — LAS PROPIEDADES GRAVADAS EN PRIMERA HIPOTECA A FAVOR DEL BANCO.
- 2o. — LAS RESERVAS DEL BANCO (167.966.614.03).
- 3o. — LA NACION (Art. 6o. DE LA LEY ORGANICA).

A estas condiciones económicas privilegiadas, agregue Vd. la comodidad de que el Banco le recibe las cédulas en depósito gratuito, responsabilizándose de todo riesgo y procede con la renta de acuerdo con las instrucciones que recibe del interesado sin cargo alguno.

El Banco se encarga de la compra-venta de cédulas, cobrando solamente 1/8 o/o de comisión que se abona al corredor.

Tener dinero en cédulas es como tener efectivo, porque en cualquier momento el Banco anticipa casi el valor íntegro de la venta, desde una cédula de \$ 25 hasta cualquier cantidad y la operación queda definitivamente terminada en pocas horas.

Apenas extinto del eco de la Exposición del Romanticismo celebrada el Museo Carnavalet, y palpitante todavía el recuerdo de la Exposición que del Siglo de Luis XIV se hizo el año último en la Biblioteca Nacional, he aquí que París, alerta siempre a sumar en su vida moderna el aliento de las épocas pasadas, ofrece otra exhibición interesantísima: la concerniente a la Revolución Francesa.

A quien entra por vez primera a la Biblioteca Nacional de París, aunque vaya tras la actual Exposición, no puede menos de admirarle, desde luego, el edificio mismo de la Biblioteca. Es bello, severo y grandioso. Data este palacio, como tanta otra maravilla de la ciudad, de la época de Luis XVI y, a más del sello de la reyecía, parece rubricado por Mansard. Aunque su posición no le permite gozar de amplia perspectiva, la Biblioteca está situada frente a aquella plazuela tan difundida por tarjetas postales, al centro de la cual se encuentra la fuente monumental a los cuatro más importantes ríos de la Francia: Sena, Loira, Garona y Saona. Refrescada, pues por una especie de lluvia casi imperceptible, grata, seguramente, a su faz varias veces centenaria, álzase en París la casa del pensamiento. Traspuesto el pórtico principal, es el patio rectangular lo admirable; cruzado el patio, es la Sala Mazarino lo que deslumbra.

Deslumbra por sus vastas proporciones y por la armonía reinante; por la sobriedad del decorado y por lo evocadora que es en cuanto a inscripciones, a acontecimientos que en ella se han desarrollado, al espíritu histórico flotante en ella; y ahora, sobre todo, arranca una impresión violenta de admiración, al verla engalanada de guirnalda y embanderada de sesenta insignias revolucionarias que flotan sobre la cabeza de los concurrentes... Parece que por la sala circularan los mismísimos aires de 1789.

Apaciguados los vuelcos al corazón, difíciles de no experimentar ante este espectáculo asaz apasionante, comenzamos la inspección de muros, de muebles, de vitrinas... Al lector sud-americano no le es necesario poseer imaginación desaforada, para comprender de antemano que de cosas y que género de cosas puede reunir en París una Exposición evocadora de la Revolución Francesa: al fin y al cabo, nuestra Independencia y nuestros ideales republicanos fueron una sucesión del movimiento espiritual francés de entonces. No es necesario detallar, en consecuencia, las piezas de que se compone esta exhibición; pero, para dar idea de cuán completa es y cuanta importancia se ha reconocido al detalle, junto a los retratos, a los bustos de los personajes reales y revolucionarios de aquellos días; vecinos a los documentos privados que más tarde han hecho luz completa; inmediatos a los escritos autógrafos de los nuevos pensadores y renovadores de la faz ética del mundo; junto, decimos, a lo esencial, a la vértebra del movimiento revolucionario, aparece en la Sala Mazarino, el detalle cómico, la canción malévola, la caricatura regocijada... Así, este conjunto que pudo ser de

Crónicas de París

La Exposición de la Revolución Francesa en la Biblioteca Nacional

ceño duro y que nunca pudiera haber alcanzado el contorno de lo amable se ha hecho de un justo medio equilibrado entre lo cruel y lo racional, entre lo violento y lo necesario. Exposición es esta que da al Cesar lo que es del Cesar, que entraña la filosofía de la Revolución Francesa más que la revolución misma; o, si se prefiere, permite ir constatando paso a paso que el movimiento estalló como sigue el trueno al relámpago y no como una coronación a la labor de perversos instintos. Y si bien es

Francesa fué consecuencia lógica.

Pero la lógica de los hechos no mata lo ilógico de los sentimientos. Es imposible mirar sin piedad a Luis XVI, sin amor a María Antonieta, sin ternura a sus hijos... Entre los propios revolucionarios encontraron quiénes no desearon su muerte ni su tortura. Y, en lugar prominente de la exhibición, aparece el grabado de la máquina que el doctor Guillotin, en rasgo de humanidad y de misericordia, propuso a la Asamblea Nacional con ánimo de que el condenado a



Un detalle de la Sala Mazarino, en la Exposición. En primer término: la mesa junto a la cual cayó Marat herido de muerte.

verdad que en América nadie ha pensado todavía que la Revolución Francesa fuera una cosa injusta o el capricho de unos cuantos exaltados de cabeza caliente, en Francia persiste un grupo en sostener que día llegará en que la labor de los libertadores de la vida y del espíritu, quedará reducida a cero. Si el Gobierno de Francia no tuvo intención premeditada al prohiar la Exposición de la Biblioteca Nacional, ha ganado una partida sin saberlo: ha muerto, indudablemente, de un modo fulminante, toda aspiración a hacer de Francia una Monarquía. La Exposición de la Revolución Francesa ha probado de un modo definitivo—a quienes aún no lo sabían—que la Revolución

muerte pasara de este mundo al otro sin necesidad del hacha escalofriante. Rasgos hay como este que ennoblecen una época histórica; y detalles hay de cada época que embellecen la historia del mundo. Detalles de abnegación, de arrojo, de sacrificio, de orgullo, de vanidad, de todos los matices humanos, hay en la Sala Mazarino. Es comprensible que así sea y no habría para qué enfocar ninguno. Sin embargo, uno hay, detalle de corazón, que bien vale la pena presentar al público americano, porque fuera de que da la medida máxima en cuanto a discreción, determina una página romántica virgen todavía de la mano de los hurones.

EL JUMENTO MURMURADOR

—Señor, es fuerza que la sangre corra: dijo al león solícita la zorra,

Sin cesar el estúpido jumento de tí murmura con fervor violento.

—Bah! Respondió la generosa fiera. déjale que rebuzne cuanto quiera.

Pecho se necesita bien mezquino para sentir injurias de pollino.

GLEIN.

Se trata de que entre las miniaturas reunidas en la Exposición Revolucionaria, figuren la de Madame Roland pintada por Buzot y la de Buzot pintada por él mismo. Pues bien, cada cual llevaba sobre el pecho el retrato del otro... ¿Por qué?... Casi no hay para qué expresarlo: porque la famosa escritora amiga de los Girondinos y el pintor que acusó de ambicioso a Robespierre, estaban unidos por un amor secreto e inmenso. Secreto para Mr. Roland, el marido, pero no, por cierto, para el círculo de camaradas de ideas y de Clubs. Más, como ellos sabían a la vez que Roland adoraba a su esposa y que creía en su virtud tanto como en su talento, callaron, taparon, favorecieron, y murieron con el misterio de un amor que ha pasado a ser amor histórico. Sabida es la suerte de cada uno de estos personajes: la exaltada polemista fué culpada de mantener inteligencia con los ingleses, y fué guillotinado; Buzot, fué encontrado muerto con Pétion en las cercanías de Burdeos; el ex-Ministro Roland se suicidó, cuando supo el final de su esposa... La historia removía de vez en cuando estas cenizas, pero no había dado con la nota aguda, con la que hiere el corazón de los admiradores: con una nota sentimental de parte de los personajes. La actual Exposición, si bien no ha descubierto, precisamente, los amores de Madame Roland y de Buzot, los ha puesto en evidencia por vez primera, exhibiendo los pequeños retratos, dando a leer las frases cálidas escritas al respaldo de cada figura, haciendo salir al tapete las anécdotas hasta hoy ocultas o conocidas solamente de muy pocas personas. Tras el retrato de Buzot, Madame Roland había escrito, con ciertos aires filosóficos: "La naturaleza lo ha dotado de un alma enamorada, de un espíritu altivo y de un carácter elevado... Penas de corazón contribuyeron a aumentar en él la melancolía, hacia la cual había nacido inclinado."

Esta frase, escrita de puño y letra de la exaltada mujer, aparece hoy en una vitrina de la Sala Mazarino, junto a las miniaturas de los amantes. Y se ha recordado que esta pasión, oculta hasta hoy para casi todo el mundo, mantuvo ignorada, en verdad, durante 72 años... Muertos los únicos testigos de ella, testigos discretos, hombres de honor, el azar se encargó de revelar la aventura. En 1863, se presentó un desconocido a la librería del padre de Ahatole France, llevando un rollo de papeles viejos por los cuales pedía cincuenta francos. Eran las Memorias de Pétion, una tragedia inédita de Salle, "Carlota Corday", y cinco cartas de Madame Roland al pintor Buzot... Parece que por aquellos días se habló del asunto un tanto. Luego se olvidaron personajes y circunstancias. Hoy, en un séquito de grandes figuras de la Revolución, aparecen la polemista y el retratista ligados de nuevo. El público, los críticos, los que rehacen la historia, se han encargado de cumplir, sin darse cuenta de ello, el más caro voto de estos y de todos los amantes de este mundo: el de seguir unidos más allá de la vida; el de ser el uno para el otro aún después de muertos...

Eugenio LABARCA.

La libertad del pueblo

Por Leonardo A. Bazzano

—Mi cuello. Mi cuello, por Dios!
—Qué te pasa?
—Pues nada! Que el tiempo vuela y yo aún sin vestirme. Cepíllame el saco, mujer. Dale unas puntadas a los tiradores. Los ojales son muy grandes. Se zafan los botones y los pantalones se me corren. Vamos, rápido. Son ya las 21. A las 21,30 me toca mi turno. Un discurso de media hora. Y aún tengo que repasarlo. ¡Diablos con la corbata! No acierto a hacer el nudo.

—No te precipites, hombre. Ya sabes que nadie está nunca a su hora. Otros llegarán más tarde que tú.

—Precisamente, mi discurso versa sobre la falta de puntualidad. Está bien que los empleados lleguen a sus respectivas oficinas media hora después de lo establecido y que salgan una hora antes, pero un orador... y un orador con toda la barba como soy yo!... Ah! Y no me he afeitado aún. Rápido, mujer. Dame los tiradores... Bueno, bueno. Casi listo ya. Me afeitaré en la peluquería. A ver? Mis papeles.

—Aquí están. ¡Qué largo les va a parecer el discurso! Son muchas hojas éstas.

—¡Bah! Qué sabes tú. A los concurrentes les parecerá corto. Mira (leyendo). "Estamos frente a un momento decisivo. El pueblo, pueblo soberano, quiere un gobierno de plena libertad. La tiranía se derrumba y el estruendo que producen las caídas de los monarcas repercute en todos los ámbitos del mundo" — Eh ¿Qué tal?

—Pero... si aquí no hay monarcas.

—Pero hay políticos, hay dirigentes de núcleos colectivos, hay caudillos. ¡Caudillos! A tí debo hablarte así, vulgarmente. Y este otro párrafo ¿qué te parece?

—Señores: el alma del pueblo gime de dolor; el cuerpo del pueblo se retuerce de hambre. Ya no hay horizontes para el pobre. Ah! Pero ahí están las urnas, las urnas reivindicadoras..." Nó. Este adjetivo es difícil de pronunciar. Debo cambiarlo. "Las urnas gestado-

ras de la democracia y la democracia señores, es flor de sangre." Aquí estallarán los primeros aplausos, ¿verdad?

—Tu lo dices.

—Me parece que lo voy a dejar al doctor Ghilardri del tamaño de una lenteja. La otra vez,—se jacta él—tuvo más éxito que yo. Oh! Pero ésta... He trabajado mi discurso. He puesto bastante literatura. "Señores: vamos a las urnas, con el corazón tranquilo, severo el gesto y el alma bien templada. El éxito nos aguarda con los brazos abiertos". Creo que me darán un ministerio. ¿Qué menos? Diecisiete conferencias, cinco discursos en locales cerrados. El público electrizado con cuatro frases. Verdad que hubo algunas pedradas. Ah! Los eternos envidiosos. ¿Has terminado de cepillar? Son las 21 y 20 —Y aún sin afeitarme. Llegaré tarde. Quisiera oír el discurso de Ghilardri. ¡Qué gato!

—Llegarás, llegarás. La gente tiene por costumbre llegar tarde; sobre todo, tratándose de discursos.

—Dame el sombrero.

—Toma.

—Hasta luego. Las 21 y 25. No me afeito.

—Mejor. Así estarás en carácter. Serás un orador con toda la barba.

Las 23.45.

Entra el orador con toda la barba. Sin cuello, sin corbata y con las ropas enlodadas. Camina con dificultad.

Ella: — ¡Ah! Llegates? ¿Cómo te fué? ¿Tuvistes éxito?

—Da luz, rápido.

La habitación se ilumina.

—¡Oh!

El, filosóficamente: — Ya ves. El pueblo tiene más libertad de lo que yo sospechaba y ha alcanzado más derechos de lo que presentía. Hasta tiene el derecho de apalear a ciudadanos indefensos.

—Y... ¿qué piensas hacer?

—Ponerme árnica y hacerme imperialista. Si haré propaganda por el sistema imperial absolutista.



Ese "cosquilleo" de la nariz, con pesantéz en la cabeza y malestar ¡es un Resfriado! ¡No se lo deje agravar!

COMBATA los gérmenes que tiene ahora alojados en la nariz, antes de que invadan todo el organismo. Tómese inmediatamente dos tabletas de FENASPIRINA y repita esa misma dosis cada tres o cuatro horas. Si al acostarse toma otras dos tabletas con un

limón exprimido en agua caliente el resultado será más rápido.

La FENASPIRINA descongestiona los centros donde el resfriado está empezando a desarrollarse y efectúa una rápida eliminación de las toxinas, sobre todo cuando su efecto sudorífico se intensifica con el auxilio de la limonada caliente.

No trastorna el estómago ni la cabeza, como las preparaciones laxantes a base de quinina.

Durante las últimas epidemias de influenza y gripe la FENASPIRINA fue lo que salvó más vidas.

¡Tenga siempre en casa un Tubo de veinte tabletas!

FENASPIRINA
No deja agravar ningún resfriado

La FENASPIRINA se vende también en "Sobres Verdes" de dos tabletas, pero aunque esta dosis proporciona un alivio relativo, no se debe, naturalmente, esperar que ella baste, sino continuar el tratamiento hasta que los síntomas hayan cedido.

LA VIDA ACTIVA

El hombre tiene necesidad de ocuparse en algo y bajo ninguna condición soportaría una inacción perpetua: es un fenómeno que predomina en los niños, puesto que en la infancia la naturaleza revela con más claridad sus intenciones. Así vemos que en los niños la inmovilidad es imposible; cuando son algo mayores se divierten con juegos a veces muy agitados, sin que aun los mismos castigos puedan desviarlos de ellos, y esa necesidad de acción crece con la edad. Así es que aun cuando tuviésemos la certeza de recrearnos durante el sueño con las más agradables visiones, nadie querría para sí el sueño de Endimión; la obligación de dormir siempre equivaldría para nosotros a una sentencia de muerte.

CICERON.

OXAN

UN nuevo producto "Bayer" que recomendamos como excelente auxiliar de la "Fenaspirina" para la coriza aguda y crónica; el romadizo o "catarro de la cabeza", y la obstrucción de la nariz que acompaña generalmente a los resfriados.

Facilita la fluación, despeja la cabeza y desobstruye la nariz, permitiendo así respirar libremente.

OXAN es un polvo muy fino, hecho a base de Aspirina, que se absorbe por la nariz, lo mismo que el rapé.



Desde mediados del siglo XVIII se comenzó recién a estudiar con métodos exclusivamente racionalistas los hechos de que ha dimanado ese gran movimiento de opinión, de fe y de sacrificio que se llama cristianismo.

Antes del siglo XVIII la vida de Jesús estaba encerrada en los relatos sencillos de los Evangelios; y éstos no reconocían otra interpretación que la que quiso darle la Iglesia, entidad poderosa, cuyas múltiples decisiones canónicas, producidas en el transcurso de más de quince siglos, fueron muchas veces acomodadas a las circunstancias de los tiempos.

Es verdad que Lutero dio conferencias durante siete años sobre los libros de las Sagradas Escrituras, exponiendo ideas a cuál más novedosas y atrevidas; pero ello fué en épocas en que de ningún modo pensó en separarse de la iglesia. Enseñaba que ésta decía la verdad e insistía en este punto cuando hablaba de la necesidad de cortar algunas excrecencias de la misma. Parece que fué esta tesis la que clavó en la puería de la iglesia de Witemberg, el día 31 de Octubre de 1537. Pero aún cuando las enseñanzas de Lutero marcaban ya un gran paso en el sentido de llegar al libre examen de la Biblia, aquel reformador no dejó nunca de ser un ortodoxo, consideró los Evangelios con la fe del creyente, aclaró muchos puntos a que se había dado capciosas interpretaciones, pero respetó en ellos lo sobrenatural y lo contradictorio.

La verdadera exégesis de los libros religiosos aparece, por lo tanto, con el avance del racionalismo.

La erudición de Voltaire nos deslumbra, aún cuando no recomendamos su escuela de excepticismo y escarnio. La simple colección de artículos que se han reunido en forma de diccionario, demuestran hasta dónde este filósofo conocía no sólo los orígenes del cristianismo sino también los viejos ritos del más oscuro rincón de la Caldea.

Mal maestro es Voltaire y no hemos de seguirlo; pero quede constancia del aporte valioso que prestó a los estudios evangélicos con sus pacientes trabajos de compilación.

David Federico Strauss, autor de la "Nueva Vida de Jesús", aparecida en 1864, decía que la idea de una vida de Jesús es no sólo una idea moderna sino también una idea contradictoria. Que dos elementos, la concepción dogmática de la persona de Cristo y la concepción racional de la Historia, se hallaban constituidos aisladamente uno de otro hacía largo tiempo; solamente la idea de reunirlos es de época más moderna, pertenece al siglo XVIII y manifiesta claramente la contradicción íntima que es el sello de esta ley de transición. Que el alma quería no perder el Cristo dogmático, pero siente que se le escapará, si no puede encerrarlo en las formas verdaderas de toda vida humana. Y que, desde que tal empresa es intentada, la forma lleva al fondo, la concepción tradicional se descompone y se ve separarse los dos aspectos, el divino y el humano, arbitrariamente reunidos por la iglesia en la persona de Cristo.

Cuando este escritor empezó a componer su "Nueva Vida de Je-

sús", sólo encontró como trabajos completos acerca de la materia, las lecciones de Schleiermacher, profesor alemán que había escrito una Dogmática y que reconocía

cuya primera edición apareció en 1829 y que asignó una importancia capital al cuarto Evangelio, por ser la obra de un testigo personal, en lo que está en desacuer-

DESDE EL PÓRTICO

De los estudios racionalistas acerca de los escritos evangélicos.

Del libro "Sol de Amanecer"

Florezca como el duraznero tu juventud; más llegada la hora, como él, sacrifícala a la fructificación.

Al dolor que llega recíbelo como el ocaso a la noche: con serenidad.

Ya que todo ha de terminar, termine como el día: con belleza.

Como la raíz, transforma tu escondida amargura en miel de frutos.

Acércate a la Naturaleza y te habrás asomado al infinito.

¡Pobres almas de piedra que no se estremecen ni con el invierno ni con la primavera! ¡Qué sólo vibran al golpe del oro! ¡Si ellas supieran la ventura infinita que cabe en la emoción!...

Aprende del rosál, que subyuga con sus flores; pero de vez en cuando... retiene con sus espinas!...

¡Amal... y tu bondad se duplicará para todas las criaturas!

A todos fué dada la facultad de la espina: ¡herir!... mas a nadie fué negado el don del fruto: ¡endulzar!

Juventud, no pretendas alborozo de auroras en la serenidad de los ocasos. Vejez, no pidas frutos maduros en la locura del florecimiento.

Recuerda que es bella como ninguna la caridad de la caña que sostiene en el aire a la humilde planta librándola del lodo y del ultraje.

Rosario BELTRAN NUÑEZ.

la existencia de un principio sobrenatural en la persona de Cristo; Paulus, que publicó en 1800 su "Comentario de los Evangelios" y en 1828 la "Vida de Jesús"; y Hase, autor de otra "Vida de Jesús",

do con la crítica moderna, que sólo lo considera la exposición de una escuela que llevaría el nombre de Juan, pero que no se escribió sino mucho después de la muerte de los Apóstoles. A ellos

ANECDOTA

Cierto artista que se las daba de original intentó rebelarse contra las críticas que Whistler hacía a sus cuadros, y le decía:

—Pero, maestro, ¿quiere usted que pinte las cosas tal cual las veo?

—¡Oh! A la verdad, no creo que exista nada que le pueda vedar formalmente esa sinceridad artística. Considere lo que ocurriría el día que las cosas fueran tal cual las ve usted.

se ha referido Strauss en el párrafo II de la Introducción a su obra ya nombrada; pero nosotros no los conocemos.

Si Strauss fué en Alemania el primer redactor definitivo de la "Vida de Jesús, Renán ha sido en Francia un fecundo exponente de erudición, sagacidad investigadora, criterio analítico sin tacha.

En 1923, con motivo de celebrarse el centenario de su nacimiento las más altas mentalidades americanas y europeas presentaron la obra y la personalidad del gran lógico francés con juicios serenos y rasgos precisos. Las colaboraciones que en esa ocasión publicaron los diarios argentinos más notables constituyen una justa del saber y del sentir, que pone una nota de consuelo sobre el enorme desconsuelo de ese fárrago de papel impreso que se desborda diariamente por kioscos y librerías, sin motivo, ni un concepto, ni una idea. Ernesto Renán se halló ese día emplazado frente a la gloria sobre un pedestal americano, en un país plasmado por pensadores que tuvieron pasión, como él, por la filosofía y que por eso le quisieron e hicieron liberal.

Era Renán un racionalista consumado, que no habría escrito por el valor de un párrafo lo que no hubiera comprobado con sus propios sentidos. Tuvo que hacer para ello un viaje a Palestina y estudiar el sanscrito, con lo que logró deducir el temperamento por la topografía y el espíritu de las doctrinas por el valor de las palabras en la raíz de las lenguas más definitivamente muertas. Y ese filósofo austero, que pesaba y medía y contaba el valor de sus palabras, murió enamorado de Jesús y tuvo para él frases dignas del más elocuente expositor de la cátedra sagrada.

"Reposa en tu gloria, noble iniciador de la más sublime doctrina! — dice en uno de los capítulos finales de la "Vida de Jesús". Tu obra se halla concluida; tu divinidad queda fundada. No temas ya que una falta venga a echar por tierra el edificio de tus esfuerzos. Lejos del alcance de la fragilidad humana, en adelante asistirás desde el seno de la paz divina a las infinitas consecuencias de tus actos. A costa de algunas horas de sufrimientos, que ni siquiera pudieron abatir la grandeza de tu alma, has conseguido la más completa inmortalidad. Tu nombre, gloria y orgullo del mundo, va a exaltarse durante millares de años! Lábaro de nuestras contradicciones, tú serás la bandera a cuyo alrededor se librará la más ardiente de todas las batallas. Y mil veces más vivo, más amado después de tu muerte que mientras cruzaste por este valle de lágrimas, llegarás a ser de tal modo la piedra angular de la humanidad, que borrar tu nombre de los anales del mundo sería comoverlo hasta en sus cimientos. Entre Dios y tú ya no se hará distinción ninguna. Toma, pues, posesión de tu reino, sublime vencedor de la muerte, de ese reino adonde te seguirán, por la ancha vía que trazaste, siglos de adoradores!"

Entre los intelectuales de la Europa y de la América latina es Renán, indudablemente, el que ha dejado surcos más hondos; y bien

vale el asunto y el personaje que le dediquemos especialmente algunos párrafos.

Para él no habían más que tres historias verdaderamente interesantes en el pasado de la humanidad: la griega, la de Israel y la romana, toda vez que la civilización era el resultado de las colaboraciones alternativas de Grecia, Judea y Roma. Decía, también, que a Grecia correspondía una parte extraordinaria por haber fundado el humanismo racional y progresivo. Sentía envidia por el futuro historiador del genio griego pero se conformaba con saber que el medio siglo que dedicó a escribir la "Historia del Pueblo de Israel" y "Los orígenes del Cristianismo", que comprenden la "Vida de Jesús" y "Los Apóstoles", como piedras sillares de los numerosos volúmenes que la complementaron, era una ofrenda a la historia de dos religiones que, aunque fueran vencidas por el racionalismo griego, tendrían aún admirable eficacia para mejorar las costumbres.

Dividió Renán su "Historia de los Orígenes del Cristianismo" en cuatro partes. "La primera — dice el autor en el capítulo de la Introducción — trata del hecho que sirvió al nuevo culto de punto de partida, y la llena completamente la persona sublime de su fundador. La segunda, de los Apóstoles y de sus discípulos inmediatos; mejor dicho, de las revoluciones que sufrió el pensamiento religioso en las dos primeras generaciones cristianas, cerrándose hacia el año 100, época en que habían ya muerto los últimos amigos de Jesús y se habían fijado todos los libros del Nuevo Testamento en la forma que tienen hoy día. En la tercera parte, el estado del cristianismo bajo los Antoninos. Esto ocurre en todo el siglo II. En la parte cuarta quedarían demostrados, por último, los progresos decisivos que hace el cristianismo a partir de los emperadores sirios".

Si el Cristianismo debe a Platón la espiritualidad con que lo desmembraron para siempre de las prácticas judías, Pablo de Tarso y el autor del Cuarto Evangelio, en sus comienzos, y, cuatro siglos después, San Agustín, y si la sabiduría moderna, llámese metafísica o ciencia positiva, debe a Descartes el método esencialmente racionalista con que la inteligencia humana recuperó su hegemonía y su legitimidad, ambos acontecimientos deslumbradores de la historia deberán siempre a Renán: el Cristianismo, haber sido expuesto y explicado con las características auténticas a las que deberá el ser respetado por creyentes y por escépticos; el racionalismo, haber sido empleado con descollante acierto y probidad en la exégesis de un hecho tan trascendental como fué la aparición del Cristianismo.

Este género de estudios tuvo, además del mérito de incorporar al catálogo de los conocimientos extra-religiosos, uno de capital importancia, como es el análisis de los escritos conocidos por "apócrifos".

En 1923 tuvimos ya oportunidad de ocuparnos de Papias, obispo de Hierápolis, que publicó una obra en cinco libros a mediados del siglo segundo y de la que en la actualidad sólo existen algunos fragmentos.

Eusebio (Hist. Eccl., III, 39: 13, 9, 1), hizo un extracto de



—¿Cómo hacen ustedes los curas, para estar sanos y robustos?



—Venga amigo, que le voy a enseñar el procedimiento.



—Nosotros, y todos aquellos que quieran sentirse fuertes, deben de tomar del acreditado aperitivo HIERRO QUINA BISLERI.

dichos libros de los que resulta que, medio siglo después de la muerte del Apóstol Juan, que se supone fué el último sobreviviente de los doce, se afanaban los diferentes autores, y entre ellos Papias, para fijar las enseñanzas de Jesús. El prefacio del Evangelio de Lucas, anterior, desde luego, a los escritos de Papias, y que también hemos glosado en algún libro, ya nos habla, allá por el año

cumplirla. Cristo nació hombre, se divinizó con el bautismo y no era más que un buen judío cuya piedad lo autorizaba a llamarse Mesías.

El Gnosticismo, apropiándose algunos elementos del Cristianismo, los había combinado con la filosofía neo-platónica y la teosofía oriental.

Un sabio judío de Alejandria, llamado Filón, que vivió 20 años

luz de los libros canónicos y de los libros apócrifos. La fijación de los primeros no dependió de una prueba adversa a la legitimidad de los segundos, sino del momento, el lugar y la creencia en boga de los hombres que así lo decidieron. Medio siglo antes o medio siglo después, se hubieran declarado canónicos los que hoy tenemos por apócrifos, y vice-versa. Los que conocen las disputas que comenzaron, aún caliente el cuerpo de Jesús, saben que el Apóstol Pedro hubiera hecho quemar las catorce Epístolas del Apóstol Pablo y que el Apóstol Pablo hubiera excomulgado de buen grado al Apóstol Pedro.

En los procedimientos judiciales es nulo el pronunciamiento de un juez que haya omitido estudiar en la sentencia alguna de las pruebas producidas. Cuando la iglesia redujo por una parte, de tal modo el conocimiento de las abundantes fuentes de que surgió el cristianismo y formó, por otra, en consecuencia, artículos de fé, rituales y disciplinas, mediante concilios, bulas y decretales, no hizo sino una serie de pronunciamiento que habrían de ser revisados por la crítica a medida que la humanidad se interesara por saber la verdad de sus creencias.

Sería una omisión imperdonable y una injusticia manifiesta no citar aquí el nombre y la obra de Benito Spinoza.

Spinoza, que nació en Amsterdam en 1632, es el precursor más o menos directo de Renán. Hijo de judíos, estudiaba la teología mosaica cuando leyendo las obras de Descartes optó por el racionalismo y soportó hasta la excomunión de la sinagoga. Escribió el Tratado Teológico-Político que contiene varias disertaciones en las que se demuestra, según sus propias palabras, que la libertad de pensar no solamente es compatible con la conservación de la piedad y con la paz del Estado, sino que no puede ser destruida sin que al mismo tiempo se destruyan la paz del Estado y la piedad misma.

Aplicó a los libros de ambos Testamentos el método cartesiano de investigación y sostuvo que la Sagrada Escritura deja a la razón en completa libertad, que nada tiene de común con la filosofía y que una y otra deben sostenerse por los medios que les son más adecuados. No siendo ya para él la filosofía sierva de la teología construyó el andamiaje sobre el cual habrían de construir más tarde Strauss y Renán la gran obra arquitectónica del Cristianismo racional.

H. LARTIGAU LESPADA

PLAZAS DESOLADAS

Para FRAY MOCHO

Pienso con hondos dejos de viva simpatía en esas viejas plazas grises, desmanteladas, hoscas, por cuyos ámbitos he discurrido un día, y nítidas las veo, aunque estén alejadas

en distancia y en tiempo; las llevo en mi recuerdo fielmente, pues su aspecto, por sugestión extraña, se reveló a mi espíritu como en perfecto acuerdo con el dolor recóndito que en mi pecho se ensaña.

Plazas sin flores ni árboles y sin ornamentales motivos ni senderos de blanquísima arena, espacios que recubren guijarros desiguales,

sin fuentes y sin pájaros, sin color ni alegría. ¡Qué bien que se armonizan su adustez con mi pena, su callada tristeza con mi melancolía!

Justo G. DESSEIN MERLO

setenta, de cómo muchos habían tentado poner en orden las cosas que habían visto y oído y de cómo él, agotando los medios que dá la diligencia, se proponía narrar fielmente aquellos acontecimientos y doctrinas.

Parece que, al cerrarse el canon del Nuevo Testamento, con los libros que han llegado hasta nosotros, se siguió manifestando en algunos lugares gran predilección por los escritos que habían quedado excluidos y que son conocidos como "apócrifos". Estos libros apócrifos no han llegado aún a nuestras librerías, por lo cual nos conformamos con citarlos de segunda mano.

Un escritor moderno atribuye la fuente de dichas obras apócrifas a lo que la iglesia llama las herejías del Ebionismo y el Gnosticismo. Para el Ebionismo la Ley mosaica estaba aún en todo su vigor. Rechazaba los escritos de Pablo, por no ser suficientemente judaicos. El Cristianismo no había venido a invalidar la Ley sino a

antes de Cristo, había tratado ya de plasmar el judaísmo con el platonismo y fué, indudablemente, el que introdujo a Judea la noción del "Logos", que es una especie de emanación de la Sabiduría de Dios, que todos hemos leído en Platón pero que no todos saben que se encuentra expresamente establecida, con posterioridad, en el versículo del capítulo I del 4.º Evangelio, atribuido a San Juan Evangelista.

Cerrado, pues, el canon del Nuevo Testamento, con los tres relatos, bien áridos y pobres, de Mateo, Marcos y Lucas, y el metafísico o gnóstico de Juan, las Actas de los Apóstoles, las Cartas Apostólicas y el Apocalipsis, necesitó la Iglesia ir arreglando o rellenando en el transcurso de los siglos los relatos contradictorios o las lagunas dejadas por la poquedad de dichos libros.

La gran obra de los racionalistas ha sido estudiar íntegramente los orígenes del Cristianismo a la

Con el señor F. F. Griffiths.—

En el afán de informar a nuestros lectores sobre el próximo Salón de Invierno, de automóviles cerrados, hemos entrevistado al se-



Sr. F. F. Griffiths, gerente de la sucursal argentina de la Ford Motor Company

ñor F. F. Griffiths, Director Gerente de la Ford Motors Company, el cual, con la diferencia que lo caracteriza, se prestó gustoso a nuestra entrevista.

Ante la pregunta, de qué coche presentará en el próximo Salón, nos manifestó que la Ford tratará de presentarse como está acostumbrada a hacerlo, satisfaciendo así la curiosidad del público, exhibiendo sus últimos modelos, los que podrán ser admirados en esta exposición.

Como sólo se trata de coches cerrados—prosigue—, los modelos que presentaremos son: Coach, Sedan de 4 puertas y un Cabriolet. En cuanto a la característica de los Fords 1928—agrega—, es la sencillez de sus líneas, las cuales vienen a realzar su familiar silueta, asemejándose así, a un pequeño Lincoln.

Al insinuarle al señor Griffiths, el motivo porqué el Ford no ha sido lanzado aún al mercado, el simpático representante sonríe, diciéndonos:

—El señor Enrique Ford, mundialmente conocido por su seriedad comercial, no ha querido poner en venta sus coches, hasta estar perfectamente convencido de que ellos son un fiel exponente de la capacidad técnica de su genio creador. El, en esto, procede con un criterio único; es decir, cuando la fábrica Ford está satisfecha de lo que ha concebido su Dirección, y ejecutado sus técnicos, recién los ponen al alcance de sus clientes, no llevando la idea preconcebida de largar al mercado, dentro de 6 u 8 meses, otro nuevo modelo.

Cuando Ford—acentúa nuestro entrevistado—, ponga a fines de Abril en ventas sus modelos 1928, puede estar seguro el público argentino, y con ello los del mundo entero, que ese es el producto más acabado de la mecánica, en materia automovilística.

Para terminar,—nos dice el señor Griffiths—les diré que aún no sé el Stand que nos corresponderá en este Salón; pero, como siempre, el Lincoln expondrá sus nuevos modelos que lo han hecho ya famoso en el mundo del volante.

Cuatro opiniones más sobre el próximo Salón de Invierno

Con el señor Antonio Ditlevsen.—

Luego nos apersonamos al señor Antonio Ditlevsen, representante de los Rugby, Durant y Locomobile, quien nos informó que su casa concurrirá al Salón de Invierno, presentando sus mejores modelos.

Como Vds. sabrán—nos dice—, tendremos que luchar con lo reducido del local, motivo por el cual no podremos presentar todos los modelos que deseamos exponer.



Sr. Antonio Ditlevsen, representante de los Rugby, Durant y Locomobile

Sin embargo—agrega—pueden estar seguros los miles de admiradores de nuestros coches, que haremos todo lo posible para que en dicho Salón se ponga de manifiesto la última palabra del progreso automovilístico, que, como es público y notorio, el señor Durant marcha en esto a la cabeza.

En los Rugby 4 y 6 cilindros, estarán representados con un Sedan, Coach, coupé y un Brougham. No hay dudas — prosigue—, que estos coches por su carrocería, buena tapicería, colores y su espléndida terminación, dejarán satisfechos al más exigente comprador.

En los coches Durant 65, también están los mismos tipos que en los Rugby, pero equipados con ruedas de alambre. Estos autos, que tan destacada actuación tuvieron en la última carrera Standar a Mar del Plata, en el tipo sport, podrán ser, ahora admirados, y creemos que llamarán poderosamente la atención del público. Y, si a estos agregamos dos modelos de Sedan y Brougham, Durant 75, equipados con ruedas de alambre y 2 de auxilios, no hay duda que ellos serán, con seguridad, los que atraigan la curiosidad de los entendidos; pues sólo se fabrican en estos tipos y nosotros los garantimos, a pesar de su carrocería, como uno de los coches más ligeros, por desarrollar una velocidad superior a 125 kilómetros. Y, por último—dice nuestro amable interlocutor—exhibiremos un Sedan Locomobile de 7 asientos, que será la expresión más acabada de un coche de lujo.

Con el señor Tomás Watson.—

El señor Tomás Watson, representante de los Whippet y Willys-Knight, al requerirle su opinión, respecto al próximo Salón y a los distintos modelos que presentarán, nos manifestó que los nuevos coches Willys-Knight, serán la revelación del año; pues si llega a tiempo todos los modelos, para esa fecha, los amantes de este deporte tendrán ocasión de juzgar por sí mismo el grado de adelanto a que ha llegado la industria automovilística norteamericana, en el coche cerrado. Yo, personalmente—nos dice el señor Watson—, soy un admirador de estos coches, y, puedo asegurarles, que el que ha tenido oportunidad de manejar uno de ellos, difícilmente se resigna a dejarlo luego.

En esta exposición, presentaremos los nuevos Whippet, en los tipos Cabriolet, coupé, Coach y Sedan. Tengan Vds. presentes—nos agrega—que estos autos, por su poco peso, su rapidez en el pique y sus frenos en la 4 ruedas, y que han sido los primeros en tenerlos, gozan ya del favor del público, y lo serán aún más, cuando vean estas clases de modelos y se enteren



Sr. Tomás Watson, representante de los Whippet y Willys Knight.

de sus precios exigüos, dada su alta calidad.

En las tres categorías de Willys-Knight, Standard, Especial y Gran Six, quedarán de relieve las insuperables cualidades de que son acreedores estos coches.

En este Salón de Invierno, expondremos uno de cada tipo, así por ejemplo: un Sedan, Coach, Cabriolet y un Sedan Sport.

Huelga, pues, los comentarios que pueda hacer al respecto; confío que el público sabrá apreciar estos esfuerzos, sólo me resta lamentar, no poder estar presente entonces, pues me marcho a Europa esta semana.

A esta altura de nuestra conversación, solicitado por unos agentes del interior, estrechamos las manos que, afectuosamente nos extendió, deseándole feliz viaje al viejo mundo.

Con el señor Geo W. Wolf.—

Nos trasladamos a la sede del nuevo "Campeón consagrado", entrevistándonos con el Director Gerente interino, señor Geo W. Wolf, en ausencia del Director Gerente, señor Detonai, a quien le hallamos muy atareado.

No bien le interrogamos sobre la exposición de coches, Sedan y la forma cómo se presentará la General Motors, nuestro entrevistado nos dice, que dado la exigüedad del local, la firma que representa, está levantando un pabellón que ocupará gran parte del terreno que da al fondo del Pabellón de las Rosas; pues no ignoran Vds.—dice—, que dada la gran cantidad de nuestras marcas necesitaremos un local más amplio para dar cabida a los 30 autos que pensamos exhibirlos.

Desde el "Campeón consagrado" al regio Cadillac—agrega y sonríe—hay para todos los gustos y todos los presupuestos. Por tanto, el más exigente automovilista, quedará plenamente satisfecho al contemplar los distintos modelos, que dentro de las ocho marcas que fabrica la Gral. Motors, estarán representados en nuestro pabellón.

Verdad es—dice—que el "Campeón consagrado", ya para esa fecha estará en la conciencia del público bonaerense, como uno de los mejores coches; pues habrá sido elogiado en la exposición del teatro Coliseo, que se llevó a cabo el 2 de Abril ppdo.

Es sin disputa alguna, que el "Campeón" será el que más público congregará a nuestro Stand.

Además de estos modelos, las familias tendrán oportunidad de apreciar la capacidad productora de la Gral. Motors, al ver allí reunidos, los mejores coches, en materia de rodados.

Entre las máquinas a exponerse, figuran el Chevrolet, Pontiac, Oakland, Oldsmobile, Buick, Vauxhall, La Salle, y Cadillac. Todas estas marcas representarán en los tipos de Coach, Sedan, Cabriolet, etcétera.

Esperamos ahora, que ese público inteligente, sabrá valorar y ra-



Sr. Geo. W. Wolf, director-gerente interino de la General Motors Argentina, S. A.

tificar la confianza que siempre nos ha dispensado, dice finalmente, y nos despedimos.

J. M. P.

MANANTIAL

Ojo claro de la tierra de América
Sobre cuya pupila desnuda
danzan
en el mástil del tiempo
las horas trigueñas y las horas rubias.

Cristal campesino azulado de cielos
bajo la rúbrica fugaz de los pájaros.
Hundido
en la frescura renovadora de las albas
y resplandeciente de lunares vivos
en las noches jóvenes y altas
de verano.

Como yo tienes
la entraña indígena y limpia
y la ansiedad celeste.

Como yo tienes
la sonrisa abierta y el alma tendida
a las flechas ágiles de los horizontes.

Cuando una tarde
en el alarido violento del crepúsculo,
te doblegues
bajo el peso de un collar de mil soles,
para salvarte
Hermano:
sobre la raíz mustia de tu agua
apretaré el ramaje tibio de mi corazón!

NOCHE

Alma plena de luna, de dolor, y silencio
Ardorosa de llanto en la noche elevada
Una angustia de siglos por tí a la vida
En la paz de esta hora luminosa y callada..

Torturan a tu carne como una brasa viva
Esperanzas y anhelos que no pude cumplir
Bajo el cielo estrellado de esta noche de América
Mi corazón ansía la noche del morir!...

MADRUGADA

Luz virgen y desnuda—Luz de la madrugada.
Que lavas con tu esponja la cara de la tierra
Por sobre la curroña de mi corteza humana
Pasa tu paño claro que humedeció el rocío...

Yo vengo de una noche que ignora las estrellas
Y cegó mis pupilas con párpados de plomo
Mi gran tiniebla lacia resbala en tu pureza
Prolongando la noche en tu tierna luz niña.

Un perfil que crece en nitidez

La briosa personalidad del poeta
José Pedro Héguy Velazco



El poeta uruguayo, José Pedro Héguy Velazco

Veinte años. Dinamismo. Opulencia de substancia astral. Sin lágrimas. Sin mal humor. Veinte años robustos de ansiedad, — y ya se dice casi todo.

José Pedro Héguy Velazco es en Melo el símbolo de la juventud laboriosa, de la juventud "joven" que no conoce horizontes ni límites ni demoras de previsión pueril. Tiene la audacia de la conciencia responsable y la voluntad del que conoce su medida. Y, entre todo, la alegría del hombre nuevo que no ve dos veces el mismo sol.

Periodismo. Verso. Conferencia. Son caminos que conoce y por los que va acompañado de un aplauso sincero. Marcha por otro más que también le es triunfal: el estudio. ¿Y en qué no vencerá este muchacho inteligente si se lanza a todos los senderos desde el trampolín del entusiasmo? Salta el foso y sigue velozmente aunque se inicie una cuesta de existencia imprevista.

¡Qué pujanza la de sus versos! A veces no guardan ritmo externo pero se leen siempre con la voz que exige la poesía musical. Con la misma voz y con la misma alma. Son versos varoniles como un indio, pero livianos como una flecha. El pensamiento baja o sube a lo más profundo para traernos en seguida el hallazgo del momento; tiene el tino de no trabajar en subterráneos.

Veinte eneros y ya es de Héguy Velazco un camino más: el del porvenir.

Alicia PORRO FREIRE

Montevideo, marzo de 1928.

Te ensucia mi cabeza por ser gajo de sombra
Mi palidez extrema por roncha del exceso...
Espuma de los días: Perdón para mi escoria
Una mancha alargada, es tu símbolo claro!...

MUCHACHO

Gajo curvado de futuro.
Alto campo que aran las fiebres de los estremecimientos.

Tiembla en tus pupilas claras
la carne asombrada
del amanecer.
En la pulpa limpia de tu esperanza se hin-
y en tu boca nueva can los sueños
crece una sonrisa llena
de rocío.

El tiempo dócil doblará las ramas.
Tus manos, ágiles de ansiedad
exprimirán los frutos en Setiembre, en
Enero y Marzo.
¡Tu corazón agotará los ritmos!

Y en la lumbre marchita del último crepúsculo,
con tu impulso
manso del desgaste
y tu canción apagada de silencio,
te hundirás en la noche por el surco de una tarde.

Más ahora, tu pasas
balanceando los brazos de gestos
inéditos,
grávido de ignorancias,
y el alma
se humedece de porvenir
con el resplandor tierno de la madrugada!

SOMBRA

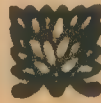
Sombra inmensa: a tí me acojo
madre igualadora
de las cosas
que olvidas para mí el gesto hosco.

A tu plumón nocturno entrego
el alma maltrecha
por la pena
y el ocaso de sangre, de mi anhelo!

Soy pensamiento en la tiniebla
de tu abrazo obscuro
con el mundo,
sabia noche que anula la materia.

Y música viva es mi yo
en tu agua eterna
que penetra
y es el mirar sobrehumano de Dios!

José Pedro HEGUY VELAZCO



La liebre azul

Por J. H. Rosny

—Cuando llegué al Transvaal—contó Juan Bollemans—no tenía más afán que hacer fortuna. Me encontré con cincuenta boers que buscaban brillantes... Todos decían que había muchos; pero el caso era encontrarlos.

Me acogieron muy mal; les molestaba que yo me uniese a ellos para buscar la codiciada gema, y ya estaba yo resuelto a renunciar a mi deseo cuando me tomó una gran simpatía Toone Cats, el hombre más temible de la banda.

Había matado seis leones, derribaba a los toros y domaba los caballos más salvajes.

Toone tenía fama de no temer a nada y de exponer su vida como llegaba el caso con toda tranquilidad.

Un día me encontré a Cats descompuesto y más pálido que un muerto.

—¿Qué le pasa a usted?—le dije—. ¿Está usted enfermo?

—No—repuso sombrío—. Es que tengo miedo.

—¿Usted miedo!—exclamé asombrado.

—¡Tengo miedo de la liebre azul!—prosiguió bajando la voz—. ¡Si la encuentro otra vez estoy perdido!

Y al ver que yo le miraba atónito, añadió:

—¿No conoce usted la liebre azul?

—No he visto en mi vida una liebre de ese color.

—No hay más que una... Si se encuentra cuatro veces después de ocultarse el sol se muere uno sin remedio... ¡Pues bien! Yo, hoy, es la tercera vez que la veo...

—¿Y por qué no la ha matado usted?

—Porque... si se la mata se muere uno también. Hay que cogerla sin hacerla daño... y sin verla... en un saco, por ejemplo. Ya lo hemos intentado...; pero no hemos podido.

—¿Y todos sus compañeros la tienen también miedo?

—¡Ya lo creo! Si alguien nos librara de la liebre azul sería un dios para nosotros.

—Deben ustedes saber que los Bollemans tienen gran habilidad para cazar animales con trampa.

Yo pensé que sería una gran ventaja la que yo tendría si lograba capturar la liebre azul, porque, a pesar de la simpatía que Toone tenía por mí, los demás buscadores de brillantes me miraban con odio. Así lograría ser amigo de todos y me dejarían buscar tranquilamente y a mi gusto las gemas.

Un día, anochecido, me convencí de que la tal liebre azul no era un animal creado por la imaginación de los boers. Pasó junto a mí como una flecha, y pude ver que era tan azul como un pavo real. Desde aquel momento, mi afán de cazarla hizo que multiplicase las trampas... Me costó trabajo lograrlo; pero una noche, al acercarme a una de ellas, oí un ruido extraño...; me acerqué y vi que la liebre había, al fin, caído en la trampa.

Como yo participaba de las ideas de mis compañeros, me atreví a mirar al animal, que luchaba desesperadamente por recuperar su libertad. Pero yo, ateniéndome a lo que había oído decir a mi amigo Toone, cogí un saco, donde metí mi presa para que fuese invisible.

Luego me fui donde estaba Toone, y le dije:

—¡Ya está! ¡La he cazado! ¡Está aquí, en el saco!

Al escuchar mis palabras, aquel valiente se puso a temblar como una débil mujer.

—¿La liebre azul?

—Sí; la liebre azul.

Dejó caer su pipa; me miró aterrado; se acercó a mí, y me apretó la mano con efusión.

—¡Ya sabe usted que no se puede ver!

—Está atada en el fondo del saco.

Entonces empezó a gritar. A sus voces acudieron varios mineros, y a éstos siguieron los demás. Al verlos reunidos dijo Toone, dirigiéndose a ellos:

—¡Este valiente ha cazado a la liebre azul, y la tiene atada en ese saco!

Al oír estas palabras todos demostraron una

gran alegría. Después, uno, alto, delgado, mirándome con desconfianza, me dijo:

—Así, pues, ¿usted conoce los secretos?

Se hizo un silencio; todos tenían los ojos fijos en mí. Me apercibí que les inspiraba sospechas y terror.

En un instante se hizo el vacío a mi alrededor. Me quedé solo con Toone, que no se atrevía ya ni a mirarme. Sin embargo, me abrazó, murmurando:

—Le debo a usted la vida... y, sobre todo... le ruego que no la deje usted escapar!

Al día siguiente nadie quiso acercarse a mí. En cuanto avanzaba hacia donde estaban los demás ellos se alejaban.

Al anochecer, Toone me dijo:

—Todos tienen miedo de usted... Le toman por brujo... Y, además, estamos amedrentados pensando en la liebre azul que tiene usted en ese saco... No se la puede matar... Y si se guarda, se puede escapar, y entonces, el "ver-

la" nos costaría la vida... Váyase con ella muy lejos de aquí, y una vez lejos... suéltela... Ahora bien; como estamos agradecidos porque nos ha librado usted de ella... Le vamos a dar entre todos doscientas libras...

Vi que no tenía más remedio que marcharme. Desde entonces no he vuelto a molestar-me lo más mínimo por nadie. Con aquellas doscientas libras me establecí en otro país mejor que el que abandoné, y tuve suerte; aquel dinero fué el origen de mi fortuna.

—¿Y mató usted la liebre?—le preguntamos.

—¡Pues bien!—repuso Bollemans riendo—. ¿Querrán ustedes creer que no me atreví? La superstición de los buscadores de brillantes se me contagió un poco... Se la di a un amigo mío, y como era hembra, en un Jardín Zoológico, cerca de Capetown, podrían aún ver ustedes a sus descendientes que, aunque no son tan azules como su abuela, son también de un color bastante azulado.

DESALOJO

Y

LIMPIEZA



son dos palabras que resumen todo lo que debe hacerse para combatir el Estreñimiento.

La Constipación, que proviene de la no evacuación de las materias fecales, favorece la multiplicación de las bacterias que pululan en el intestino, las que secretan toxinas y venenos que son absorbidos por la mucosa intestinal, con el peligro consiguiente para la buena salud del estreñido.

Es indispensable desembarazar el intestino y al mismo tiempo limpiarlo y desinfectarlo, cosa que se consigue utilizando un laxante agradable, seguro y suave tal como la

SANTEINA

(DIOXYDRIFITALOFENONA)

que tomada metódicamente reeduca el intestino. Presentada bajo forma de ricas pastillas de chocolate a dosis de una es laxante, tomando dos es purgante. Puede tomarse a cualquier hora, no requiere cuidado alguno. Es un poderoso desinfectante merced a la Dioxydriphthalofenona que contiene.

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

SARMIENTO y FLORIDA

BUENOS AIRES

LA FESTIVIDAD DE SEMANA SANTA



Dos instantáneas obtenidas durante la bendición de las palmas. — El arzobispo de Buenos Aires, monseñor José María Bottaro, con su séquito religioso, dirigiéndose a la entrada principal de la catedral para efectuar la bendición de las palmas, en el tradicional domingo de Ramos.

Demostraciones a los señores William D. Dawes y Eugenio Dubourg



El directorio local de la Compañía de Tranvías Anglo - Argentina, ofreció en el Plaza Hotel, un banquete en honor de Mr. William Dawes, director delegado de la empresa, al cual asistieron calificadas personalidades de nuestros círculos sociales, de la banca y del comercio. Ofreció el homenaje el señor H. Wilson, a quien siguieron en el uso de la palabra, el administrador general de la compañía, ingeniero Marcelo Rongé, y el obsequiado, que agradeció la distinción de que se le hizo objeto. — A la izquierda: la cabecera de la mesa. — A la derecha: vista parcial de los comensales.



Celebrando la adjudicación del Gran Premio Unico Medalla de Oro, que el arquitecto, señor Eugenio Dubourg, obtuviera en la pasada Exposición Comunal de Artes Industriales y Aplicadas, dicho caballero fué objeto de una honrosa demostración, consistente en un banquete servido en su honor en el restaurant Conte. — A la izquierda: un aspecto de los comensales. — A la derecha: el sitio de honor en la mesa.



*En la legación
de Cuba*



El ministro de Cuba, don Tirso de Mesa y García Pola, rodeado de un núcleo de caracterizados connacionales, residentes en la capital federal, durante el té que dicho diplomático ofreciera en los salones de la legación de aquel país, celebrando una efemérides patria.

Fiesta de la Cervecería Palermo



Siguiendo una costumbre establecida, los directores de la Cervecería Palermo, ofrecieron una animada fiesta campestre en honor de los dueños de bares alemanes que funcionan en la capital federal. El acto se realizó en la quinta de "Churrinche", en el bajo Belgrano, y a él asistieron numerosos invitados. Ofreció la fiesta el señor Lapp, director técnico de la Cervecería Palermo, pronunciando un oportuno discurso, que fué muy aplaudido. — Vista parcial de la mesa durante el almuerzo al aire libre.



Algunas de las familias que tomaron parte en la fiesta. — A la derecha: una elocuente demostración gráfica, de lo que puede realizar el consumo de la Malta Palermo.

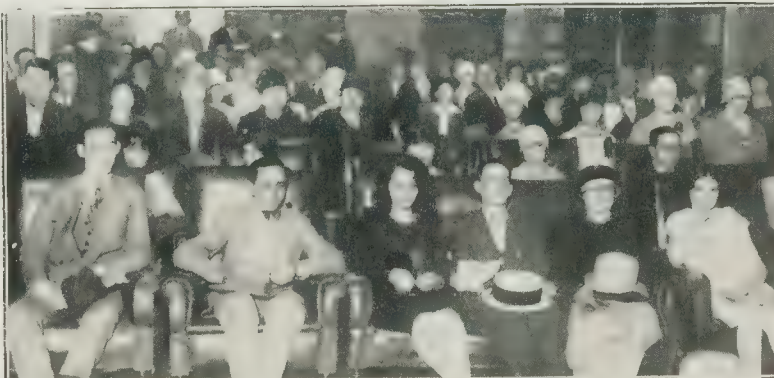


Bibliografía



Sr. Juan José Cornaglia, autor de la novela "Garra agrestes", recientemente aparecida

Asociación Cristiana de Jóvenes



Vista parcial de la concurrencia que asistió al acto artístico-literario, organizado en honor de los socios recientemente ingresados a la Asociación, y llevado a efecto en los salones de su residencia social

Necrología



Dr. Saturnino Alvarez, últimamente fallecido en la capital federal



"Fray Mocho" en España



Elementos constitutivos del "Orfeón Fray Mocho", fundado por amigos de esta Revista, residentes en Las Palmas (Gran Canaria), que durante las fiestas del último carnaval obtuvo gran éxito artístico en los lugares donde se presentó. Actualmente se dedica a prestar su valioso y desinteresado concurso en las fiestas que se realizan a beneficio de las clases necesitadas de la nombrada ciudad. Dirige el notable conjunto el maestro concertador, don Cristóbal del Rosario.

Fot. Teodoro Maisch



Nuestro colaborador, don Ramón de Castro Estéves, acompañado del señor Raúl D. Ghigliazza

Marplatenses



Una sonrisa que sintetiza toda la alegría de Mar del Plata



Señores Anselmo Besio y Eugenio A. Beltrame



—Guárdese, amigo lector, de ponerme ningún "pero"...



—Cuido a mi pichoncito.
—Hace usted muy bien, señora. ¡Lástima que no seamos pichoncitos!



Tres chicas capaces de quitar el hipo a cualquier gordo miope



Ojos dulzones y andar provinciano, en una linda porteña amiga de ramblar



Bajo la sutil sombrilla las pupilas inquietas observan al "Daguerre", entre picarescas sonrisas



Una maravillosa sinfonía de carne juvenil, blanca y luciente, iluminada por el padre Febo

GENTE MENUDA



Lelio Miguel Larraburu



Jorgelina E. Dominguez



Elena y Lydia Yarza Baraibar



Víctor Esparraguera



La reconciliación

Por José Echegaray.

Enrique y Carlos, o mejor dicho, don Enrique y don Carlos, porque se trata de dos caballeros de alta sociedad, eran amigos y muy amigos: de toda la vida.

Tenemos pues dos "amigos"; pero como no tenemos ningún "oso", este cuento o esta narración, no puede titularse como se titula la conocida fábula de Samaniego: "Los dos amigos y el oso".

Dos amigos decimos, y no así como quiera, sino dos amigos íntimos: lo habían sido siempre. Nacieron el mismo mes. Entre sus familias había estrecha amistad desde muy antiguo. Sus respectivas amas de cría eran igualmente zafias, igualmente bestias y además eran hermanas gemelas.

Juntos crecieron los chicos, juntos fueron a la escuela, en el mismo instituto estudiaron la segunda enseñanza, y en la misma Universidad cursaron la carrera de Leyes.

Con diferencia de un año se doctoraron: porque Enrique era un poquito más atrasado que Carlos; pero a la vez se dedicaron a la política militando en el mismo partido; y a decir verdad medró más Carlos que Enrique, porque manejaba con más habilidad y brillantez la elocuencia parlamentaria, aunque Enrique pronunciaba en las votaciones nominales el "sí" o el "no" con entonación más vigorosa.

A la vez se enamoraron de una linda señorita, simpática y un tanto coquetueta; pero Carlos se adelantó, como se había adelantado en el doctorado y en la política, y se casó con ella.

No por eso dejaron de ser amigos.

Y siendo amigos tan íntimos y después de tantos años de amistad, no hay que decir, si allí, en el fondo del alma se odiarían cordialmente.

De Carlos, o del Exmo, señor don Carlos de Medina, no podemos asegurarlo; pero en cuanto a Enrique, el odio era evidente.

Un odio profundo, muy profundo, negro, muy negro y muy reconcentrado; embotellado, por decirlo así, durante cincuenta años, fermentando cada vez con más fuerza, y adquiriendo más cuerpo y más alcohol.

Un odio, con levadura de envidia, caldeamiento de pasiones rencorosas y encabezamientos de celos.

Un odio tanto mayor cuanto más oculto. Porque para todo el mundo el cariño de Enrique y de Carlos era un cariño verdaderamente fraternal.

No se quisieron más Pilades y Orestes, aunque vaya usted a saber, cómo se querrian, después de tantos siglos.

Hasta en cierta ocasión, Carlos tuvo un duelo por defender a su amigo Enrique. Si en aquella ocasión no le estranguló Enrique, es que le faltó coraje; pero buenas ganas de apretarle el pescuezo a su amigo íntimo, ya las tuvo.

Porque es lo que se decía Enrique a sí mismo: "siempre, siempre humillándome: desde niño; siempre con alardes de superioridad y de protección".

Pero al fin llegó un día en que la ventaja quedó por parte de Enrique. Era una noche de invierno, y los dos amigos salieron juntos de una conferencia política, y juntos se repartieron en la calle una misma pulmonía o dos pulmonías gemelas.

Es decir, que dos hermanas pasiegas, les amamantaron con la misma leche; porque siendo hermanas no cabe duda que tenían la misma sangre, y por lo tanto el mismo licor lácteo.

Y dos pulmonías procedentes de la misma ráfaga vinieron a morder con sus dienteceillos de hielo en los pulmones de los dos amigos.

Aquella misma noche, los dos se sintieron enfermos.

Al día siguiente los dos estaban a la muerte. A los pocos días le daban a Enrique la noticia de que Carlos había muerto.

La noticia se la dió, un amigo íntimo de los dos, quién sabe si con la piadosa intención de acabar con Enrique; pero si ésta fué la intención se equivocó grandemente; porque al saber la noticia Enrique revivió, murmurando: "No, esta vez he podido yo más que Carlos: yo no me muero"; y en efecto, a los pocos días entraba en plena convalecencia.

¿Se alegró de la muerte de su amigo, o la sintió?

Vaya usted a saberlo; hay tantas y tantas complicaciones en la conciencia humana; tantos y tantos repliegues en el corazón y tantos y tantos cambios en la voluntad, que hubiera sido muy difícil resolver las anteriores dudas.

Eso sí, Enrique vistió de riguroso luto, y salió a la calle con la cara muy triste, y además muy pálida. La tristeza se finge y bien podía ser máscara de satánica alegría, aunque no afirmamos que lo fuese, pero la palidez no se finge. Verdad es, que a la palidez de Enrique le ayudaban mucho los residuos de la pulmonía, y por lo tanto, no todo el mérito era suyo. Pero los amigos políticos dijeron por entonces, "¡cómo le ha sentido; le quería mucho; vamos, que le ha sentido más que su mujer!" No estaba, en efecto, la viuda de Carlos tan pálida como Enrique; verdad es que ella no había tenido ninguna pulmonía.

Pasaron días y meses y llegó el día de difuntos, para cuyo día, mandó Enrique a la tumba de su amigo una magnífica corona, mayor y más rica y más espléndida que la de la viuda; que de algún modo se han de diferenciar los grados del afecto.

Pero no se contentó Enrique con mandar la corona de rúbrica, sino que allí a la caída de la tarde fué en persona y vestido de luto todavía a visitar al muerto.

¿Le llevaba repentino cariño, o acaso repentino remordimiento, o quizá odio refinadísimo?

No es fácil saberlo mientras no se descubran nuevos rayos X para el corazón humano, y con ellos se puedan transparentar sus negruras.

La viuda no fué; pero fué Enrique y se apoyó en un árbol y se quedó mirando fijamente el modesto pero elegante sepulcro de su amigo; porque la viuda era mujer de muy buen gusto, y ni hubiera consentido en llevar ella un vestido cursi, ni en echar sobre el cuerpo del difunto, piedras, verjas, letreros y cruces poco artísticas.

La tarde iba cayendo, el sol se ocultaba entre nubarrones designales y caprichosos; unos negros con borde dorado, como paño fúnebre; otros descoloridos y vagos, y en lo alto alguna nube blanquecina.

Realmente no era fácil decidir si aquellos celajes eran alegres o tristes.

Enrique estaba inmóvil, pálido todavía, con los ojos fijos en la piedra funeraria; y por dentro de la frente le iban pasando, como en prodigioso cinematógrafo, cincuenta años de existencia, escenas en que se veía él reproducido, y siempre con Carlos.

Y le asaltaba por primera vez esta duda: "Carlos, ¿me quería, o me odiaba?" Y decimos por primera vez, porque para Enrique había sido siempre artículo de fe el odio oculto y reconcentrado de Carlos.

Pero ahora, ante el silencio y la solemnidad de la muerte, en aquellas horas melancólicas del crepúsculo, todo parecía vacilante y envuelto en nieblas, y lo pasado se manifestaba como con tendencias a transformarse, y las pasiones palidecían, como aquellas nubes de occidente y voces misteriosas brotaban del suelo murmurando con dulzura y tristeza: "para qué odiar; de qué sirve el odio; ¡qué un puñado de tierra odie a otro es dudoso, acaso el odio lo es también. Capricho del momento, vibración transitoria de los nervios, fantasma que parece terrible, y es al fin y al cabo vapor que toma formas más o menos trágicas, más o menos grotescas y luego se desvanecen."

Al influjo y bajo el dominio de estos nuevos sentimientos, reproducía Enrique en la imaginación toda su vida y la vida de Carlos.

Había oído decir a su ama de cría, que cuando eran niños, Carlos le quería mucho, y aquella mujer no había de mentir, ¿con qué objeto?

Cuando iban juntos a la escuela, recordó que Carlos, que era más fuerte que él, le defendía de las riñas de los chicos.

Precisamente por eso, empezó Enrique a sentir envidia por Carlos; porque era más fuerte y porque le protegía.

Pensaba entonces que lo hacía por vanidad, por darse tono, por ejercer autoridad sobre su compañero.

Pero ahora pensaba, ¿y si era por cariño?

Nunca lo había imaginado; pero en aquel momento, el caso no le parecía imposible.

Y fueron creciendo, Carlos siempre se mostró afectuoso. Antes había pensado Enrique que todo aquello era hipocresía; pero tal vez no lo era, sino afecto sincero.

En los estudios, siempre le ayudaba Carlos, y en la proximidad de los exámenes solía repasarle los programas.

Podía ser que de este modo hiciera alarde de superioridad intelectual y pretendiera humillar a Enrique. Sin embargo, Carlos le decía constantemente: "tienes mucho talento; pero eres muy holgazán".

Y las dudas, que cuando se duda el bien envenena la sangre, parecían en aquel anochecer de difuntos que le iban purificando.

No, yo no tengo ninguna prueba evidente de su odio.

Y recordaba el instante supremo de su vida, cuando se enamoraron de la misma mujer; Carlos se portó noblemente: hay que confesarlo.

Un día le dijo a Enrique: "yo quiero a Luisa, la quiero con toda mi alma; pero se ha despertado en mí la idea de que tú también la quieres, con que ábreme tu corazón, que yo no seré nunca tu rival. Si me dices que sí, me marchó y no vuelvo en tres o cuatro años".

En aquella ocasión, este arranque de Carlos, le pareció a Enrique el colmo de la insolencia y de la burla, y contestó con acento desdenoso: "qué me importa a mi Luisa; ni me acuerdo de ella".

Pero ahora le parecía evidente que en aquel trance de rivalidad amorosa, Carlos se portó como un buen amigo.

Y cada vez se afirmaba más Enrique en que Carlos lo había sido.

¡El, él sí que había sido el envidioso, el traidor, el mal amigo: él, Enrique!

Nunca le había hecho ningún daño material a Carlos; pero ¿y el corazón? ¿y el pensamiento? ¿y la ternura íntima?

Nunca le había hecho ningún daño; pero se los había deseado todos. Cuando chico, que saliera mal en los exámenes, cuando hombre, que Luisa le engañase; y en las luchas políticas, cuando un orador atacaba a Carlos, ¡qué infame regocijo le corría por todos los nervios!

Era preciso en aquel momento ser franco consigo mismo, aunque nunca había querido confesárselo; la muerte de Carlos había sido para él una alegría suprema, como aquel que despierta de una pesadilla, o arroja una carga pesada, o se libra de un enemigo mortal.

Y sintió Enrique un dolor profundo, un remordimiento indecible, una angustia inmensa.

Todo el antiguo odio, se iba derritiendo en cariño, en cariño y en miedo.

Era de noche, la tumba de Carlos estaba envuelta en sombras; debajo de aquellas piedras estaban los restos de Carlos, y le parecía ver

(Continúa en la pág. 35)

Actualidades cinematográficas



Reginal Denny, Bárbara Worth y Mary Carr en "El profesor de baile", cinta Jewel que la Universal estrenará hoy.



Isabel Jeans en "El infierno amarillo", superproducción que la New York Film estrenará en breve.



John Barrymore y Dolores Costello, protagonistas de "Los amores de Manón", película extraordinaria que la General comienza a exhibir.



Carmel Myers y Richard Tucker en "La chica de Río de Janeiro", film extra, en colores, que la Corporación estrenará el domingo próximo.

LAS PELICULAS

Extra Arte (1928)

SON LAS MEJORES

¡No deje Vd. de verlas!

PRIMEROS ESTRENOS

Los infelices

con Belle Bennett, Anita Stewart Donald Keith y otras 3 estrellas.

La perversa de París

con Betty Blythe, Bárbara Bedford, Lowell Sherman y otras 4 estrellas.

La chica de Río Janeiro

en colores, con Carmel Myers, Richard Tucker y otras 3 estrellas.



Bárbara Bedford y Malcolm Mc. Gregor en "La perversa de París", que la Corporación exhibe desde anteayer.



CORPORACIÓN ARGENTINO-AMERICANA DE FILMS



Buck Jones y Bárbara Bennet en "El misterio de un dólar", que la Fox estrenará pasado mañana.



William Boyd y Louis Wolheim, protagonistas con Mary Astor de "Dos caballeros árabes", que Artistas Unidos estrenará pasado mañana.



Programa **AJURIA** especial
presenta a

JOHN BARRYMORE

y

DOLORES COSTELLO

en la más grande
de todas sus obras:

Los Amores de Manón

ESTRENO

TEATRO CERVANTES

GAUMONT

MIGNON

•

SOCIEDAD GENERAL
CINEMATOGRAFICA

De MONTEVIDEO



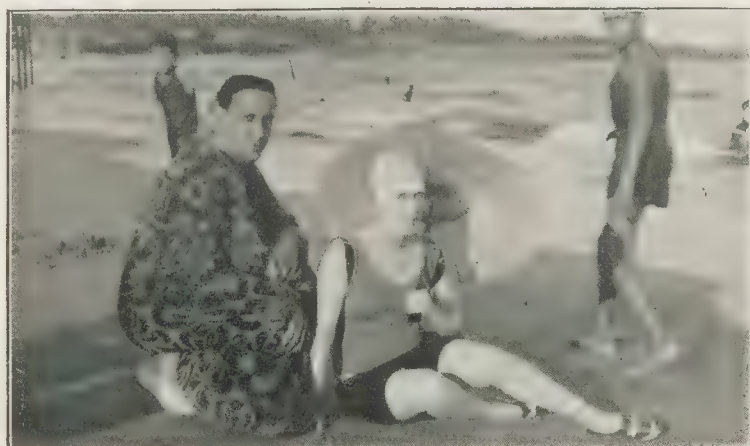
Señorita Nilda Puig Otegui



¡Cuidado, señor fotógrafo!



Luciendo la línea



En plena felicidad conyugal



Un poco de cultura física



Dispuestos para el remoión



Para todos los gustos



Señorita Lila Valle Lisboa
Fots. José E. Maique.

De Rosario de Santa Fe



ENLACES. — Adela J. Bereterbide-
Ing. Manuel F. Vassallo.



Amanda A. Celle - Pico Bargiacchi



Elena Couso - César J. Libanatti



Esther Portnoy - Pedro Gerling

INFORMACION GRAFICA DEL INTERIOR



MIRAMAR. — El doctor Horacio Basabe y su familia



TAPALQUE. — Señor Bernardo Lezquerre, ex diputado provincial, autor de varias leyes, y persona de grandes prestigios en la provincia de Buenos Aires.



RUFINO. — Concurrentes a la fiesta religiosa efectuada en la estancia "La Yudita", con asistencia del cura párroco de Avellaneda, don Bartolomé Quirolo.



NUEVE DE JULIO. — Sr. Florentino Valenzuela, ex intendente de Nueve de Julio, a cuya iniciativa se deben numerosos progresos locales



Señora Leonor T. de Baraibar



Señorita María Luisa García



Doctor Manuel López Moreno, prestigioso abogado del partido de Nueve de Julio



SAN LUIS. — La nueva comisión directiva del Tiro Federal, presidida por don Antolín Magallanes



LA PAMPA. — Miembros que integran la comisión directiva de la Sociedad Argentina, entidad que se ha distinguido por sus trabajos pro Pampa Provincia

NOTAS TEATRALES



VILLA SAVOYA. — Team del Club Modestino Pizarro, que actuó brillantemente en el último torneo de football



Flor de Lys, bella y elegante cantatriz española de merecido renombre, que en breve se presentará en nuestros escenarios.



Amparito Guillot, graciosa cancionista de la misma nacionalidad, que actúa con éxito en los teatros montevideanos.

Bob Bentley había conseguido un empleo en una de las grandes compañías de ferrocarriles y tenía verdadero deseo de destacarse. Realizaba una tarea sencilla, pero estaba alerta a fin de intentar cualquier mejora, cuando llegó hasta él la noticia de que el director pensaba crear unas plazas de detectives viajeros, e inmediatamente pensó en solicitar una.

Sir Henry Ashley, gerente general era un hombre de buenos sentimientos y, al recibir a Bob le preguntó:

—¿Qué es lo que usted desea?

—¿Podría darme señor una de esas plazas de detective?

El gerente lo miró sorprendido y luego sonrió paternalmente.

—Pero, señor Bentley usted es muy joven para ese puesto... Vuelva a verme dentro de unos diez años y tal vez esté en condiciones de ser nombrado.

Luego le indicó la puerta para darle a entender que la entrevista había terminado y Bob se retiró descorazonado, pero pensando que el alto jefe tenía razón y que aquél no era un cargo para confiárselo a un joven a quien apenas se conocía.

Bob, tenía como jefe inmediato a un señor llamado Stenson, quien dos días después de producirse los hechos referidos llegó a la oficina muy excitado.

—Han robado los planos secretos de una nueva máquina a petróleo. El jefe que los conducía, ha sido adormecido con una droga. En el compartimiento en que viajaba no iba más que otro señor quien, al parecer, le dió un cigarrillo, lo durmió y le robó los planos.

Sir Henry volvió en sí justamente cuando el tren se detenía y pudo prevenir a un empleado quien detuvo al pasajero que huía. Al ser registrado no se le hallaron los planos y jura que no dió cigarrillo alguno a Sir Henry.

—¿No hay rastro alguno? — preguntó Bob Bentley.

Stenson que hablaba con otro alto empleado, se volvió y lanzó una mirada llena de frialdad al muchacho.

—¿Hablo acaso con usted? Cuidese de su trabajo y no se meta en asuntos ajenos.

Bob enrojeció de vergüenza y se inclinó sobre su labor, pero no por ello dejó de estar atento a lo que decían los otros.

—Como decía — prosiguió Stenson — Han registrado a Smitt, pero los planos no han sido encontrados. Sólo tenía en los bolsillos algún dinero, un reloj, útiles para fumar y un sobre vacío dirigido a Smitt en un hotel de Londres. En la parte posterior de ese sobre había una indicación de Scarborough.

—¿Qué decía?

—Está escrita con lápiz y dice: "Scarborough, 18-2-28". Eso es todo, — respondió Stenson.

—No es mucho, realmente — agregó el otro.

Se supone que después de haberse apoderado de los planos los haya arrojado a la vía a algún cómplice que esperase en un punto determinado.

Bob tomó nota de todo lo que había oído y en el papel secante de su escritorio apuntó Scarborough 18-2-28.

—¿Qué tendrá que ocurrir en

Los planos desaparecidos

Emocionante aventura de un misterio ferroviario

Scarborough en esa fecha? — pensó el muchacho...

La conversación entre los dos jefes terminó y Stenson se acercó al escritorio de Bob para darle algunas órdenes. Como notase los apuntes escritos por el joven, lanzó una carcajada.

—Aquí está el gran detective que va a descubrir dónde están los planos... ¿Qué piensa hacer?

taría uno o dos días de licencia.

—¿Qué ocurre?

—Tengo algo importante que hacer...

—¿Va a ir a Scarborough? — preguntó, mientras pensaba para sí. Este ya tiene formado un plan.

—Pudiera ser — respondió el joven.

Concedido el permiso solicitado Stenson resolvió seguir al impro-

Pidan

"Quilmes Cristal"

La mejor cerveza

Bob, no respondió y se mordió los labios, mientras su jefe, cada vez más agresivo se relaja y le dirige bromas.

—Quien sabe de lo que es capaz este muchacho — pensó Stenson. Por lo que pudiera ocurrir no lo perderé de vista.

El que fuera capaz de descubrir lo que había sido de los planos, podía contar seguramente con un buen ascenso y Bob estaba resuelto a intentar la prueba, mientras Stenson, decidió no perderlo de vista para aprovechar cualquier acontecimiento favorable.

Al terminar aquella tarde las horas de oficina Bob, se dirigió al escritorio de su jefe.

—Mañana no puedo venir a trabajar, señor — le dijo — Necesi-

visado detective, así cuando éste salió de la oficina su jefe se hallaba instalado en un automóvil de dos asientos.

Bob subió a un autobús para ir a su casa, y el jefe lo siguió y esperó hasta que volvió a salir.

—Va a tomar el tren para Scarborough, hay que estar alerta.

Pero Bob después de recorrer varias calles se detuvo ante un establecimiento donde penetró y del que salió conduciendo una motocicleta.

—Creo que me sería fácil seguir a esa máquina — pensó Stenson.

Dejó que el joven se distanciara y luego sin perderlo de vista comenzó la persecución tomando cuantas precauciones consideró necesarias. Pero Bentley estaba bien

agente a la idea de que sus movimientos eran observados por nadie.

La clave.

Por el camino que seguía Bob marchaban gran cantidad de vehículos de toda clase, lo que facilitaba la tarea del jefe.

Creo que estoy en lo cierto... Empiezo a tener confianza en mí mismo — pensó el muchacho. Sir Henry no va a tener otro remedio que darme la plaza de detective que le pedí.

Sus esperanzas iban en aumento a medida que llegaba al término de su viaje que era la estación donde el Gerente General había pedido auxilio.

Anochece y antes de llegar al pueblo Bob tomó uno de los caminos laterales.

—¿No va a Scarborough? — murmuró Stenson — ¿Qué va a hacer entonces?

Al notar que se dirigía hacia la pequeña estación punto terminal de una lineal local, agregó:

—¿Qué intentará hacer ese loco aquí?

¿Me habrá descubierto y me prepara una emboscada?

Así continuaron la marcha. Ya se había hecho de noche cerrada, pero en la pequeña estación había luz. Bob dejó su máquina en la parte exterior y penetró en el pequeño edificio.

Stenson lo imitó y llegó a tiempo de verlo entrar en la oficina del jefe. A poco salieron los dos hombres provistos de una antorcha eléctrica y juntos se dirigieron hacia un grupo de vagones que había en una vía muerta.

—Aquí — exclamó de pronto Bob — Yo tenía razón — ¡Mire!

—Es cierto, ¿Cómo se le ha ocurrido eso?

—Porque me he dado cuenta de que el número estaba desfigurado en forma de fecha.

—Eso es 18-2-28 — respondió el otro.

Stenson que intrigado, no perdía ni un solo movimiento de los dos hombres, pudo ver cuando el otro dirigió la luz hacia el número del carruaje en que había viajado Sir Henry, que éste era el 18.228.

Bob subió al estribo y al dirigir la luz hacia el interior del compartimiento lanzó otro grito de satisfacción.

—Ahí está la fotografía de Scarborough.

En cada compartimiento había una serie de fotografías adornando las paredes. Bob revisó una.

—Esta debe ser. No vé que los tornillos que sujetan el marco han sido arrancados hace poco. Se nota en la madera.

Llevaba un destornillador en el bolsillo y después de un momento de trabajo pudo separar de su marco la fotografía de Scarborough. Detrás de ella, cuidadosamente doblados estaban los planos.

—¡Qué suerte! — exclamó el jefe de la estación. Ha hecho usted una admirable pesquisa. Vamos ahora hasta mi oficina y telefonaremos la gran noticia a la Central.

—No. Le ruego que no lo haga — suplicó Bob. Yo quisiera entregarle personalmente los planos a Sir Henry. Deseo pedirle un nuevo puesto y aprovecharé la ocasión.

—Bueno. No telefonaré. Usted ha realizado el trabajo y justo es que se haga lo que dice. Sir Henry se ha detenido en Corton Hall. Voy a explicarle por dónde debe ir.

Regresaron a la estación, siempre seguidos por Stenson, quien aprovechando la obscuridad se aproximó lo bastante para oír parte de lo que hablaban. En cuanto supo que los planos habían sido hallados una idea se aferró en su cerebro. Se apoderaría de ellos y obtendría una buena suma de dinero por la venta del secreto.

—Me adelantaré hasta el camino de Corton Hall — pensó.

Bob no podía dominar su satisfacción cuando minutos después se ponía nuevamente en marcha. Iría a Corton y si en la residencia de Sir Henry había luz llamaría, de lo contrario esperaría hasta el día siguiente.

El plan del ladrón estaba ya descubierto. Sabiendo que quedaban los vagones de ese tren durante toda la noche en la pequeña estación, aprovecharía una oportunidad para sacar los planos del bien buscado escondite.

—¡Creo que ahora no podrá negarme una de esas plazas de detective!. Pensaba Bob, satisfecho. Ahora lo importante es que encuentre a Sir Henry.

Aceleró la marcha y salió del camino principal para tomar el que conducía a la residencia del Gerente General.

El camino a Corton era oscuro y solitario y Bob marchaba por un punto agreste. A los costados se alcanzaban a distinguir grandes precipicios y constantemente oía el ruido de las aguas tumultuosas del río que corría a un nivel mucho más inferior que el del camino.

Stenson espera con las luces del automóvil apagadas. No le importaba lo que pudiera ocurrirle a Bob. Lo que él deseaba era apoderarse de los planos.

Vió la motocicleta que se acercaba y cuando juzgó llegado el momento avanzó al encuentro del que venía quien tomado de sorpresa trató de aminorar las consecuencias del inevitable choque.

—¡Grash! La motocicleta se precipitó contra el automóvil. Pero Bob, ya prevenido saltó y fué a caer sobre Stenson en el momento en que éste ponía el pie en el acelerador y el vehículo avanzó a toda velocidad fuera de control.

Bob y Stenson, luchaban furiosamente sin preocuparse de la dirección que seguía el automóvil, y cuando se dieron cuenta, el peligro era inminente y el vehículo luego de avanzar unos metros por el borde del camino se precipitó desde la altura al río.

Los dos ocupantes fueron despedidos y Bob sintió el golpe de aire mientras caía entre sombras. Luego recibió la impresión del agua fría... después... nada.

Cuando empezó a recobrar el conocimiento vió en torno suyo rostros desconocidos... Alguien murmuró.

—Ya vuelve a la vida!

Después de un nuevo desvanecimiento, más corto esta vez, era de día y un hombre que estaba junto a su lecho, le preguntó:

—¿Cómo se siente?

—¿Y los planos? — preguntó Bob.

—Ya los tengo en mi poder.

Era el propio Sir Henry el que hablaba.

INTIMA

Deja mi frente reclinarse, amada,
sobre tu blanco seno de paloma,
mientras débil la tarde se desploma
bajo el dominio de la noche helada.

Bríndame el claro sol de tu mirada
que a tu carita, seductor, asoma,
y déjame aspirar todo el aroma
que destila tu boca perfumada.

Bajo el aire sutil de tu semblante
déjame respirar un breve instante,
que si existe la gloria por ventura,

yo no ansío más gloria ni alegría,
que dormir en tus brazos, alma mía,
soñando con la flor de tu hermosura.

Germán ESCOBAR.

Cuba.

—Pero... Pero, ¿y el automóvil?
Hasta horas después no supo
Bob lo que había ocurrido. La policía
que iba en persecución de

Stenson por viajar con las luces
del automóvil apagadas, había presenciado todo lo ocurrido.

Stenson había pagado su delito

ENGAÑO

Necesito saber hoy mismo la nueva dirección de esa muchacha. Se ha mudado clandestinamente del hotel... Qué engaño!

El otro, sorprendido, exclamó:

—Llamas a eso engaño después de repetirme que ella te fastidiaba, y de demostrárselo a ella misma, evitando recibirla y hasta que te hablara por teléfono. Y, ahora que se resigna a no fastidiarte, la deseas, eh?... Conven-gamos en que los poetas tienen razón:

Mientras más amoroso se os ve, menos se os ama; y cuando dais la espalda, de rodillas se os llama. El replicó, imperioso y lamentable:

—Pero es que si no encuentro su domicilio, mañana a las tres de la tarde...

—Te suicidarás, ¿verdad?, — le interrumpió el otro, con una jovialidad que se le trocó en estupefacción al notar hasta qué extremo su amigo revelaba sufrir: su voz era opaca, y le estaba mirando con ojos fijos y desorbitados como los de un cangrejo.

El engañado se aprestó a decir algo, pero desistió: le avergonzaba confesarle al otro la verdadera consistencia del engaño; prefería dejarle seguir creyendo que su tormento era amoroso.

El otro, vencidamente compasivo, le dijo:

—Podemos ir a ver al Jeje de Policía Secreta, de quien soy amigo; es un hombre que sabe de estas cosas, y te la hará localizar. ¿Quieres?

—Naturalmente, — asintió él, con esperanzado apresuramiento.

Ambos salieron de su "garconniere", reflexivos.

El engañado se decía:

—No la creí tan cinica... Firmé solidariamente con ella ese pagaré vencido hoy, después de convenir, intimamente, con el gerente del banco, que se lo cobraría a ella, y que en caso de falta de pago, se la perseguiría judicialmente, pues ella tiene joyas y un equipaje espléndido... Mas, he aquí que el banco me avisa que se desconoce su nuevo domicilio, y que, en este caso, si ella no se presenta a recoger el pagaré, hasta mañana a las tres de la tarde, tendré yo que pagarlo... ¡Ah!, cómo me ha engañado!

R. PEREZ ALFONSECA.

a gran precio pues murió instantáneamente al golpear con la cabeza contra una roca del fondo del río.

Bob permaneció algún tiempo en Corton Hall, donde fué tratado como un príncipe hasta que se repuso de sus heridas.

Una tarde se presentó Sir Henry, — Bentley, — le dijo — Hace unos días usted fué a pedir-me una plaza de detective... Bien. Vengo a decirle que ya está hecho su nombramiento.

Y no solamente fué el más joven de los detectives de la Compañía, sino que para que comenzase con todos los honores su nueva tarea, le entregaron una buena suma de dinero.

A los monos les gusta mucho el whisky

Recientemente llegó a Nueva Orleans el vapor "Vest Noho", con un cargamento de maderera procedente de los bosques de la América Central. El capitán del buque regaló al Jardín Zoológico de Audubon Park tres jóvenes monos chimpancés, a quienes se les ha puesto los nombres de Koko, Lirette y Peter.

El capitán ha dicho al director del Jardín Zoológico que para capturarlos no tuvo necesidad de emplear la violencia, sino el whisky.

Enterados por unos indígenas de que numerosos monos iban a beber todos los días a hora fija a un claro de una selva, colocaron en éste algunos recipientes con vino de palma, al que mezclaron una fuerte dosis de whisky.

Bien pronto aparecieron tres monos, que se pusieron a beber ávidamente, y momentos después estaban borrachos perdidos. Comenzaron a dar saltos y a bailar, y, por último, se tendieron en el suelo y quedaron dormidos. Y los marineros entonces se acercaron, los cogieron y se los llevaron al barco.

Como en diversos laboratorios de los Estados Unidos hacen falta monos para las experiencias científicas, se va a organizar una expedición, con objeto de cazar el mayor número posible por medio del empleo de bebidas alcohólicas.

Origen de la música

—¿No sabes quién inventó la música?

—¿Quién?

—La inventó un señor que tenía un hijo que se llamaba Pachín. Un día estaban en la estación, se acercaba un tren y Pachín preguntó:

—¿Parará este tren?

Y el padre dijo:

—Parará, Pachín.

Sabio consejo

EL JOYERO. — Yo, en su lugar, no grabaría "Jorge a su querida Susana", porque si Susana cambia de opinión ya no le sirve a usted para nada la pulsera.

EL COMPRADOR. — ¿Y qué pondría usted?

EL JOYERO. — Una cosa así como "Jorge a su primero y único amor".

EL JUSTICIERO

Por Paul Reboux

—¿Qué cómo he podido cometer un crimen? Escuchen ustedes:

Vivía entonces en una villa solitaria, que dominaba uno de los puntos más agrestes de la costa bretona. Una tarde lluviosa, a la hora del crepúsculo, oí que llamaban a la puerta. Salí a abrir con una antorcha en la mano. Un hombre y una mujer estaban bajo la lluvia, cubiertos con abrigos negros impermeables, semejantes a focas.

Los rogué que entrasen.

El hombre, un mocetón sólido, de mirada dura, me dijo:

—¿No me reconoce usted?

Acerqué la luz y creí recordar el rostro de un compañero de colegio. El se encargó de concretar el recuerdo.

En efecto, habíamos estudiado juntos. Yo había conservado de él una impresión desagradable. Era un chico muy pendenciero, y nunca simpatizamos. Le temía, y siempre procuré alejarme de él.

—Nuestra presencia aquí le sorprenderá. Viajo en auto descubierto con mi mujer. Hemos sufrido una avería a unos quinientos metros de aquí, y como se acercaba la noche y supe por una mujer que vivía usted en esta casa, me he tomado la libertad de venir a pedirle hospitalidad hasta mañana, que repare la avería.

Le respondí que estaban en su casa, y me dispuse a alojarlos cómodamente.

Su mujer contrastaba con su dulzura y su aspecto delicado y como enfermizo con la rudeza del marido. Tenía los ojos claros, de un azul muy pálido. Sus manos eran de una finura extraordinaria; manos de princesa o de arcángel, y una pobre sonrisa melancólica animaba su boca, de labios perfectos.

Después de cenar mi antiguo camarada y su mujer subieron a su habitación. Momentos después sentí unos pasos ligeros. Era ella. Bajaba a pedirme unas cerillas.

Al darle la caja y decirle que con toda libertad me pidieran cuanto necesitasen me miró de un modo tan triste, que me sentí conmovido.

—Ya duerme — me dijo —. Se ha echado en la cama vestido. Lo conozco. Hasta mañana no despertará.

Como parecía que tenía frío, la invité a sentarse un rato junto al fuego. Aceptó, empezamos a charlar y no tardamos en llegar al terreno de las confidencias.

Se había casado dos años antes, y desde entonces su marido trataba de aniquillarla. Creí al principio que se trataba solamente de una especie de opresión intelectual y moral. Pero ella concretó: quería matarla.

Me contó una historia un poco confusa, y no tardé en convencerme de que me encontraba en presencia de un ser perseguido por el destino. Había sido educada con un rigor excesivo por su familia, y en mi antiguo camarada sólo había encontrado un tirano, más implacable aún, hasta que llegase el momento de ser un verdugo.

Me había trastornado el relato de aquella pobre víctima, casi resignada al destino, que me decía



¡MI MUJER ME ENGAÑA!

Una mañana Lino Gómez cayó en la oficina con una cara de desconsuelo que daba lástima. Intrigados sus compañeros de verlo llegar así, se apresuraron a interrogarle:

—¿Qué cara traes, Lino! ¿Qué te pasa? ¿Estás enfermo?

—No, —repuso Lino, secamente.

—¿Está enferma tu mujer?

—Tampoco.

—¿Has jugado y has perdido?

—Menos.

—¿Te han asaltado?

Y como Lino Gómez meneaba la cabeza negativamente sus compañeros perdieron la paciencia:

—¿Hombre! ¿Y qué te pasa entonces que traes esa cara de gallina degollada?

—¡Ah! No os lo figuráis. ¡Me pasa una cosa horrible!

—¿Una cosa horrible? ¿Y qué cosa es esa?

—¡Mi mujer me engaña!

—¿No digas!

—¿Es posible?

—¡Mi mujer me engaña!

—repitió Lino Gómez dolorosamente, próximo a echarse a llorar: —Me engaña como a un niño; sin conciencia, ni pudor, ni respeto...

—¿Hombre! Si te engaña, ¿qué pudor y qué respeto quieres que tenga!...

—Es que pudo ser franca y leal conmigo... Debí decirle la verdad...

—¿Esas cosas no se dicen, Lino?

—...Y ya la habría disculpado...

—Pero, ¿estás loco?

—¿Y qué! La cosa no es tan grave...

—¿Cómo que no es grave! ¿No dices que te engaña?

—Sí; y lo repito. Me ha engañado. Ha comprado unos zapatos, y a pesar de haberme dicho que pagó por ellos doce pesos, yo me he enterado que pagó catorce...

Poco a poco la cara de Lino Gómez fué adquiriendo su expresión alegre y confiada de siempre. Al cabo de ocho días no había en ella la menor huella de malestar. Diríase que su mujer le había pedido perdón por su mentira y él se lo había otorgado. Pero, días más tarde, con gran sorpresa de sus compañeros, Lino Gómez volvió a caer en la oficina con la misma cara de desconsuelo. Solicitos y curiosos, sus compañeros volvieron a interrogarlo.

—¿Qué! ¿Te ha vuelto a engañar tu mujer?

—Sí, —repuso Lino, secamente.

—¿Se ha comprado otro par de zapatos y te ha dicho que le ha costado menos?

—No.

—¿Un vestido, acaso?

—Tampoco.

—¿Un sombrero?

—Tampoco.

—Entonces... ¿En qué te ha engañado, hombre de Dios!...

—¿En qué me ha engañado?

—musitó Lino Gómez riendo: —Se ha escapado con el vecino de enfrente...

José M. BRAÑA.

su angustia en aquella soledad nocturna, sin solicitar mi apoyo.

—¿Qué quiere usted! — terminó diciendo—. Es espantoso, pero... ¿qué voy a hacer? Sé muy bien que un día me matará. Basta un mal paso al borde de una de estos acantilados por donde paseamos todos los días. No espero nada de la vida. Para mí es un infierno. Mejor es acabar de una vez.

A la mañana siguiente acompañé a mi camarada hasta el auto. La avería era más importante de lo que creía. Era necesario ir a buscar al pueblo inmediato una pieza de recambio. Imposible reanudar la marcha antes de cuarenta y ocho horas.

Al regresar a mi casa pasamos cerca de una caleta donde un río vertía al mar. Atravesamos un puente y seguimos la orilla del acantilado. De pronto, mi compañero vió al otro lado de aquella escotadura de arena que penetraba entre las rocas como un estuario unos cardos azules.

—¡Oh! — exclamó —. Las flores que ella adora. Voy a cogerlas.

Aquel rasgo de cinismo me sublevó. ¿Qué necesidad tenía este hombre implacable de fingir aquel rasgo de sentimentalismo? Había en aquello un exceso de hipocresía que me inspiró una repugnancia invencible.

Bajó por el sendero escarpado y puso el pie sobre la arena para alcanzar la otra orilla del golfo minúsculo.

En aquel momento mi corazón empezó a latir con violencia. Aquel arenal era conocido en la región como uno de los sitios más peligrosos de la costa. Firme en las orillas, se tornaba de pronto movedizo, hasta el punto de cubrir sin remisión al imprudente que se extraviara en aquella playita al parecer inocente. Miré en torno mío. Ni un solo testigo. Y cruzó ante mí la idea atroz, pero tenaz, de que si no hablaba, si no advertía a mi compañero, éste iba a proseguir su marcha y no tardaría en quedar sepultado en el disimulado abismo. Tuve un momento de vacilación. ¿Gritaba para salvar al imprudente? ¿Callaba para salvar a la desdichada?

Cerré los ojos para prolongar la lucha de mi conciencia. Y cuando los abrí ya era tarde. Mi compañero se enterraba lentamente. Su cara se volvió hacia mí. Gritó pidiendo socorro; pero su voz se perdió en aquella soledad. La arena lo fué sepultando poco a poco. Sólo quedaba fuera una mano... después, nada.

Cuando volví a mi casa conté la catástrofe. La joven escuchó el relato del drama sin emocionarse. Y confieso que aquella insensibilidad me produjo alguna sorpresa.

Aquella noche tomé el tren con ella para llevarla junto a su familia.

Allí supe la horrible verdad. Estaba loca; una locura triste de mujer perseguida. Su marido, enamorado de ella, había hecho todo para librarla de la reclusión en una casa de salud.

Había creído ser un justiciero y sólo era un asesino.

L. L. S. (Una porteña dilecta)

Bella, espiritual, cultísima, deliciosamente sutil y romántica.

Esbelta, su físico es ritmo superior donde hanse concentrado todas las esencias del arte y dictados de la suprema armonía.

Sus ojos, vívido reflejo de su psiquis purísima sonde ensueño, suaves al mirar, poseen la luz de las estrellas y al encanto de su atrayente perfección unen la maravilla de la incomparable poesía que traducen.

Alma superior, corazón pristino, virtud honda, constituyen la preciosa chica que cifó esplendente el laurel de Terpsicore en esta temporada en un campeonato de tango.

Ella, adorable representante y símbolo de la niña argentina recibió con sencillez el homenaje admirativo de la selecta pléyade de veraneantes.

Casi se derrumba el muelle del Conte.—

Cierta casa comercial organizó un interesante concurso que sirvió para agitar a todos los paseantes. Tratábase de adivinar cuál era el contenido de una cajita de muy lindo aspecto exterior. Se repartieron tarjetas donde cada persona anotó lo que se le pudo ocurrir.

Y llegó el día de abrir la cajita mágica. El punto de reunión fué el restaurant Conte que como es sabido se halla ubicado en el muelle del Club de Pesca—y que mirado por la noche desde la esplanada parece con sus luces reflejadas fantásticamente en las aguas y sus chimeneas que arrojan espesas columnas de humo, una nave moderna que marcha a toda máquina. Los salones se atestaron de gente.

Chikoff, el renombrado profesor de baile y skating, y "animateur" y dómine, etc. con una bocina enorme anunció en su voz de acento ruso:

—Vamos a empezar a leer los papeletos.

—Muy bien—gritó una señora gorda, habitué de la ruleta el año pasado.

—Hay algunas tarjetas que registran ocurrencias muy dignas de leerse. Así por ejemplo en esta dice: "En la cajita hay un "culotte".

Una hilaridad general recibió esto.

—Y otra dice que en la caja hay aire. Nuevas risotadas apenas contenidas.

—Bien y aquí hay una firmada, y no digo el nombre de la señora que la ha suscrito, por discreción —Qué dice? Qué dice?—gritaron varios en coro.

—No se apresuren. Dice: Que en la cajita se halla anotado el nombre del futuro presidente de la Nación doctor Hipólito Irigoyen.

Aquello fué indescriptible. El entusiasmo enorme con que fué recibida esta tarjeta escapa a la pluma del cronista. Gritos ensordecedores, vivas, aprobaciones tacitas que se rompan y zapateo en el piso encerado que alarmó a muchos pues comprometía a la estabilidad del restaurant. Fueron unos minutos de alegría y dicha que tradujeron la admiración colecti-

Reflejos de Mar del Plata

va hacia el insigne ciudadano.

Muchos no supieron el nombre de la dama muy conocida que festejó su feliz ocurrencia, en grupo íntimo.

Los antropomorfos.—

Nunca he lamentado tanto la desaparición de Ameghino y de Onelli como en este año de verano.

¡Qué campo espléndido para sus exploraciones científicas hubieran hallado el sabio y el estudioso del jardín zoológico.

permaneció soterrado más de una docena de años y ahora pretende imponerse con su estructura paleontológica.

Una muchacha de paso rítmico y parpadeo astral saca de quicio a los atrasados. Don Benito Camouflage se limpia el monóculo con pañuelo de seda y luego mira a la silueta que se aleja con aureo-la maravillosa.

—Vean dice apurando su copita de fizz. Déjense de hablar sonseras. Esto sí que es digno de atención. Sus compañeros, tres o cuatro de ellos gotosos, y el resto, reu-

de su nombre, no hablemos ya de la gramática, dos jóvenes hermanas que por su distinción, afabilidad y belleza se han captado generales simpatías en la ciudad oceánica. Me refiero a las señoritas Ana María y Leonor Lovato Ramayon, pertenecientes a esa familia distinguida que cuenta con arraigo y prestigio en nuestra sociedad. Van ataviadas con vistosos y elegantes pañuelos llevados al desgaire con actitud y alma criolla, que al contemplarlas no se resiste al comentarlo ya que reflejan con gracia y suavidad la grandeza de nuestra tradición en su persona y vestimenta.

La tragedia de doña Casimira.—

El hecho ocurrió en el balneario de Zárate. Doña Casimira F... dueña de cinco casas de pensión en Buenos Aires llegó con una ganas bárbaras de bañarse y lucirse. Lo malo es que esta señora es obesa y grande y pese a cuanto específico prueba y método emplea para adelgazar los resultados son contraproducentes. Come como Tragaldabas y desaseméjase a una núbil doncella. Ha adquirido en una tienda de moda un breve y ajustado maillot. Se lo pone con grandes dificultades. Las grasas de su cuerpo se perfilan notables a través de la débil y escueta malla. Ella estoica y decidida sin importarle un ápice el comentario intencionado de los veraneantes marcha con cara de dignidad ofendida al encuentro de las olas. Hace un esfuerzo para evitar caer y "horror" el tejido se rompe cediendo a la presión de la abultada carne de doña Casimira. Quedan al descubierto sus desnudeces gordas como las de una cerda. Ese mismo día regresó a Buenos Aires en el rápido vespertino.

Dos románticos.—

De noche caminar por la arena cuando Selene ilumina las aguas marinas prestándole tinte de ensueño es purificante, aladinesco.

Hace unos días se me ocurrió realizar este paseo que me proporcionó una sensación grata e imborrable. Dos jóvenes sentados frente al océano misterioso que arrullaba con el roncar de las olas la ciudad dormida llamó inmediatamente la atención. Aquello era un cuadro arrancado de algún pasaje del siglo XVIII, sus protagonistas dos personajes de Dumas o de Lamartine, dignos del estro de Alfredo de Musset. Tomados de la mano, juntos muy juntos, sus vidas y sus corazones cuyas palpitaciones parecían al unísono. Y todo esto en Mar del Plata la ciudad que es la sonrisa azul de la República como expresa un literato argentino. Allí esa poética y sutil evocación. Esa comunión ideal de dos almas. Allí cerca del ritmo majestuoso del mar ese idilio veneciano. Las estrellas se cruzaban miradas de entendimiento mientras los enamorados continuaban sumidos en su sueño inefable.

Roque CEPEDA VERON.

Mar del Plata, Marzo de 1928.

CREDO

Creo en Dios, como en estas montañas que de todos colores se visten.

Creo en Dios, como creo en el Lago que en aniles de cielo se tiñe.

Creo en Dios, como creo en mi lazo cuando al aspa del toro se ciñe.

Creo en Dios, porque El hizo el caballo, la vaca, la oveja, la isoca y el cisne.

(Y vosotros que andáis a la vera de todas las cosas que al sol se derriten,

si no creéis que hay un Dios de los pobres que consuela y conforta al humilde,

al llegar de la muerte al palenque, del dolor no tendréis quien os libre,

pues la Ciencia no ha hecho el milagro de un remedio que cure a los tristes).

Creo en Dios, como creo en los cerros, que son de la tierra las ásperas crines.

Creo en Dios y en mi fiel compañera, que es todo lo bueno que puede pedirse.

Miguel A. CAMINO

Infinidad de viejos políticos, cadáveres morales, fósiles, seres prehistóricos que aparecen en las mañanas por la Rambla con un elegancia pintoresca de eras antiquísimas.

Los he visto conversando en algunos refugios aristocráticos y secos, secos de espíritu y alegría. Allí no penetra el sol.

Los viejos antropomorfos delirán y hacen conjuraciones dignas de novelones románticos del medioevo polvoriento y obscuro.

De repente, aparece el barman con una bandeja en la que brillan copitas con brebajes tentadores. Los cocktails cual imán los atrae. Enmudecen algunos instantes para libar ansiosos y luego vuelta al gustado tema.

El comentario del momento es la resurrección de un bípedo que

máticos y diabéticos. siguen la mirada turbia del conversador — Pero ya les paso la edad. Chochean. Vuelven al tema predilecto de lo que deben comer sopita, yemas y acostarse a las ocho: complots políticos ilusorios.

Dos oriollitas hermosas.—

Sentado en un sillón de la Rambla contemplo el ir y venir incesante de los peatones, el footing de mediodía. La gente en Mar del Plata parece forrada con energías poderosas dado su espíritu incansable en lo que respecta a paseos a pie. Aquí se camina el triple que en Buenos Aires y nadie se siente fatigado.

Diviso entre los grupos de chicas que "ramblean", verbo usual en esta donde uno se olvida hasta



I B S E N

Por Oreste Ciattino

¿Qué imagen de grandeza, de fuerza, de poder superhumano no se ha usado para expresar la naturaleza y marcar los límites de la obra de este gigante de quien en estos días conmemoramos el centenario de su nacimiento? ¿De cuál altitud, de cual inalcanzado vértice de la conciencia y del pensamiento no fué puesto él como signo y antorcha, faro de salvación para las almas más altivas entre aquél incierto fluctuar de neblinas en que se halla envuelta la vida diaria, tejida de compromisos y de pequeñas mentiras, de pequeñas vilezas de tácticos y vulgares abandonos? ¿No se elevó él en el pensamiento y en la estimación de sus contemporáneos— aunque sí no siempre y no en todo fué comprendido— como su arquitecto Solness se elevó sobre la torre altísima de su nuevo edificio para plantar en ella la bandera y colocar la corona de su última victoria? ¿No fué él, como su Brand, el sacerdote incorrupto é incorruptible, de la palabra áspera y extrema, que a las cosas y a los hombres pidió *todo o nada*, dispuesto para romperse pero no para doblarse, dispuesto para destruir y para reedificar en seguida sobre bases nuevas y más amplias, con un diseño distinto y sublime?

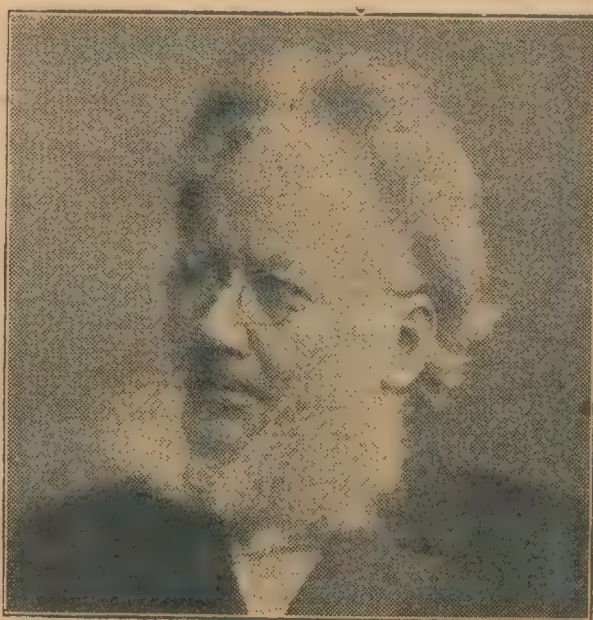
Sí, él fué todo esto, o por mejor decir los fantasmas de sus creaciones imperituras fueron el reflejo de él, fueron el eco de su conciencia, fueron la voz repercutida de su espíritu. Ibsen está en sus héroes, en estos profetas de una humanidad más fuerte, en estos sistemáticos e inflexibles renegadores de todo lo que la mediocridad estima y honra. El está en ellos, y con ellos queda— más allá de la muerte y más allá del tiempo— para arrojar sus invictos sarcasmos, para tronar con su terrible palabra; terrible y absurda, porque todo lo que aspira al absoluto es el absurdo, pero instigadora de conciencia como pocas otras palabras en la historia.

¿Quién dijo que Ibsen ha muerto? Algo de nuevo fué adquirido para la humanidad, desde que este grande ha vivido, y es algo de indestructible; más allá de los breves límites de una vida se extienden los reinos amplísimos de la idea; y éstos fueron irradiados de luz por el grande que en estos días conmemoramos, y de una luz tan poderosa, que los hombres quedaron como deslumbrados. De ahí se explica que ellos, no reconociendo su esplendor, gritasen en cambio a las tinieblas. Ni el engaño fué breve ya que, transcurrieron años y años antes que Ibsen fuese comprendido y que su voz se propagase, como estruendo de trueno, por todo el mundo.

¿Venció? Algunos le comprenden mal aún hoy, y de sus mismos intérpretes, de sus secuaces y apóstoles cuantas veces no fué vituperado y falseado: Diferentes todavía, y opuestos a veces son los juicios sobre él é inciertas las interpretaciones, no solo de algunos de sus dramas, si no de toda su obra; debajo del velo de la alegoría en sus dramas simbólicos, además de la cruda expresión de las palabras y de los gestos en sus dramas realísticos, más allá del rígido significado de la doctrina en

sus dramas filosóficos— todos sienten que vive y palpita un pensamiento inmenso, una verdad absoluta, que arroja llamas purificadoras de todos los males que vienen descritos, de todas las debilidades que vienen representadas, de todas las vilezas que se recuerdan y se desprecian. Todos sienten, pero no todos saben decir como es este pensamiento y esta verdad. De ahí nace la discordia, nace la crítica miope, fluye la acusación

personalidad en un mundo distinto y más grande. Su obra es como la obra pensada por Solness, el arquitecto: un magnífico castillo en el aire con la base de granito. ¿Qué quiere esto decir? preguntase los ignaros. Todo o nada; cada uno se reconoce en la medida que puede, grande si es grande y pequeño si es pequeño, porque no se halla frente a otros más que a sí mismo. Ibsen tuvo precisamente este mérito singular



pequeña é inútil de la obscuridad, prorrumpen las otras acusaciones contra la utilidad, contra la suficiencia, contra la razón de ser de este teatro que sin embargo subyuga, asombra y conmueve. ¿Y que por eso? Quien lo niega, también lo afirma: Ibsen nos ha dado uno de aquellos monumentos de pensamiento en los que todos pueden ver y reconocer algo de sí mismo, pueden descubrir una proyección y una continuación de la pro-

risimo: de conducir cada individuo frente a su propio yo, que puede ser un abismo y puede ser una cumbre.

No tentaré yo aquí, también por lo que he venido diciendo, una nueva exégesis del teatro de Ibsen. Sería fuera de lugar y de tiempo, además que superflua por sí misma é imposible por el espacio disponible. Hoy como ayer, su voz suena fuerte y sonora: que cada uno la escuche y vea hasta don-

de pueda adaptar para sí el ritmo de aquel pensamiento grande y poderoso.

Para hacer ésta, es preciso mirar bien lejos. Ibsen, si me es posible decirlo así, es sublimemente presbíte: no tuvo el sentido de las cosas vecinas, de las dificultades inmediatas: para alcanzar las más lejanas metas él superó instintivamente y sin esfuerzo los obstáculos más próximos: donde otro se habría detenido para ofrecer batalla, él pasó, venciendo, sin cerciorarse que hubiese un peligro.

Así en sus dramas nos encontramos puerilidades que frisan el límite de lo grotesco: una sola línea, un punto insignificante lo entretienen de este lado, en lo inmenso, en lo sublime: recuérdese la escena en *El enemigo del pueblo*, donde Stockmann se coloca sobre la cabeza el sombrero diplomático y hace burlas al hermano que con el uniforme, perdió la autoridad: recuérdese en *Juan Gabriel Borgmann* el infantil estallido de la ira entre Borgman y su amigo Foldall, en el segundo acto, cuando uno niega al otro la posibilidad que sus ideales puedan jamás realizarse. Son escenas que, arrancadas de los poemas grandiosos en que fueron colocadas, aparecerían banales y absurdas, pero allá en aquellos dramas, adquieren una significación de valor universal y de belleza incomparable.

Y es precisamente este sentido de lo lejano, esta visión de las relaciones más amplias, más profundas, más ideales, que hacen a Ibsen tan difícil de entender. Que exista un contraste entre lo que es un hecho y lo que está solo en nuestro deseo y en nuestra voluntad, todos admiten; pero todos se adaptan luego en lo que es, y viven como si el contraste no existiere; Ibsen se levantó en contra de esta mentira y gritó alto mostrando en sus formas más trágicas, más agudas, más resumidas esta ineludible antítesis. Más ella, es el fulcro de su teatro, es la tesis, es el símbolo, es el asunto de sus dramas. Para decir *no* a todos los reconocidos valores humanos y sociales y para indicar como íntegros y verdaderos únicamente a los individuales, él se cercó de soledad y de sinceridad, refugios inviolables de las almas más grandes: afirmó solo, por encima de todas las cosas, el valor de la idea y del pensamiento, construyó un maravilloso edificio de *razón pura*, negando todo derecho de ser a la razón práctica. Y esta fué su equivocación, su grande y sublime equivocación. Acaso se dió cuenta de ella, pero como el arquitecto Solness dejó que su vieja casa se quemase porque aquella habría sido el origen de su fortuna, así él quiso, deliberadamente, no tener en cuenta las necesidades prácticas de la vida, que enturbian y trituran la intacta grandeza del sueño. O todo o nada es la expresión perentoria de la voluntad de Brand, de este anarquista asceta, que niega la absolución a su madre moribunda porque ella no consiente en hacer donación de las nueve décimas partes de sus haberes, que deja morir a su hijo para no alejarse del lugar en que debe desarrollarse su misión, que abate una iglesia para erigir una más grande de la cual luego prohibirá el

ANECDOTA

Representaba un cuadro de aficionados la popular tragedia de Sánchez Gardel, "La montaña de las brujas", en cuyo segundo acto debe realizarse el desfile de unas mulas cargadas con los cadáveres de unos lugareños y, ya fuera porque el escenario no permitía la introducción de aquellas, o porque los directores del cuadro resolvieran economizar el importe de su alquiler, lo cierto es que los cadáveres desfilaron... a pie. Para justificar tal anomalía, uno de los actores se encargó de decir:

— "¡Si estarán embrujados los pobres, que solitos se van pal cementerio!"

Y se quedó tan fresco.

acceso a los fieles para arrastrarlos, nuevo Moisés, en el desierto de una alta montaña para buscar a Dios en su inmensidad. De todos modos, la historia de Brand nos cuenta simbólicamente y con anterioridad, por una especie de presentimiento, la historia misma de Ibsen al través de su obra: es un poema más que un drama, como *Peer Gynt*, como *Emperador y Galileo* un poema que se abre, igual a una gigantesca masa de nieve, sobre toda la obra ibseniana, alumbrándola con su siniestra luz, como la del sol polar que se levanta sobre Cabo Norte. o que sumerge sus pálidos reflejos en el archipiélago de Loffonden. Magnífico de intransigencia y de voluntad, Brand muere, sepultado por una avalancha, como más tarde en *Cuando nos despertemos de entre los muertos* — en éste que es el epílogo como Brand ha sido la *coverture* de la inmensa sinfonía — morirán Rubek e Irene arrastrados por la tormenta.

Entre estas dos obras se hallan casi todas las demás; pocas preceden a Brand: *La Sra. Inger de Ostret*, *Expedición Nortica*, *La fiesta de Solihang*, *Los pretendientes a la corona*, *La comedia del amor*; sobre todas la penúltima, grande por la eficacia trágica, por el ímpetu y por la pasión: en ella la muerte del obispo de Oslo es una escena digna de Shakespeare.

¿He de recordar los dramas del último período? ¿Los dramas que van de *La Unión de los jóvenes* a las *Columnas de la sociedad*, de la *Casa de muñeca* a los *Espectros*, de *Raemersholm* al *Arquitecto Solness*, de *Pato silvestre* a *La Señora del mar*, de *Hedda Gabler* a el *Enemigo del pueblo*, a *Juan Gabriel Borgmann*, dramas que yo cité sin orden, mezclando el realismo de unos con el simbolismo de otros, porque me parece que todos deben ser estudiados y comprendidos a la vez, siendo el uno

el cementario del otro, siendo todos juntos, precisamente, la expresión de una magnífica individualidad, la afirmación de un magnífico ideal de vida y de arte? ¿He de recordar todas las bellezas, analizando las páginas de más exquisita poesía, de más irruyente dramaticidad, de más loca y sublime pa-

imposible hasta la obsesión frenética e iconelasta, rígido e inflexible, como un Dios exterminador. Casi diríase que para alcanzar a poseer el ideal es preciso renunciar a toda felicidad: únicamente quien se vende o se abandona puede ser feliz: Maya Ulheim despiertan el eco de los mundos con

la lucha y de la victoria: allí está el colmo de la sabiduría en este mundo"; y desaparece en las tinieblas, como Nera, como la suicida Hedda Gabler, como Eduvigis en *Pato silvestre*, como el doctor Rank en la *Casa de muñeca*: ir lejos para tentar una nueva vida, última ilusión, como el *Enemigo del pueblo*, o abandonar la nueva iglesia, última mentira, como Brand, o precipitar como el *Arquitecto Solness* ¡Este es el destino!

Puede que sí! Quien vió a *Jehe-vá debe morir*, recuerda Agnes a Brand; y estos héroes tuvieron todos el ardimiento loco; es justo que se mueran. Las Gorgonas petrifican a quien ha osado contemplarlas.

¡Pero en este acto de desafío que enseñanza para la pequeña, inerte y tímida humanidad! ¡Por esta nuestra humanidad utilitaria y miope, que tiene el horror del riesgo y que sufre de vértigos a cada paso que se le empuje hacia una más alta cumbre! Quien se adapta en el ritmo afanoso de las obras prósperas y que ignora la altiva alegría de las almas libres!

Fué contra de ella, contra de esta humanidad, que Ibsen se elevó despiadado: no el amor, no la misericordia fué la obra de Ibsen: únicamente la justicia: su voz fué la de un Moisés, más que la de un Cristo; fustigó no socorrió; quiso tener consigo espíritus ardientes; quise que la humanidad fuese toda compuesta de héroes, quise que todos los hombres fuesen innovadores y edificadores de templos. Este fué su sueño generoso, que prorrumpió en ímpetus de rebeldía frente a la irreductible banalidad de la vida. Y sobre de ella sopló, como la tormenta, sin ira, pero sí sin piedad, pacífico y grande como una fuerza terrible de la naturaleza.

DESOLADA ME HALLE...

Para FRAY MOCHO

Del lugar de mis triunfos hui,
y las penas de ayer sacudí.

Arribé a esta nueva región
donde galas vistió el corazón.

Bruscos goces besaron mi ser
y aturdieron mi triste querer.

Mas en medio de tantos fulgores,
desolada me hallé sin dolores...

Martha LAMARCHE

sión? ¿Las páginas que a su lectura recuerdan la sagacidad perfecta de un diálogo socrático, o que recuerdan, a su representación, el ímpetu de una escena homérica o sofoclea? Sería bien poca cosa, o bien inútil. Baste con haber revelado el pensamiento íntimo, el alma secreta de este arte que fué comparado al de Rembrandt (cuantas luces, en la oscuridad, no se enciende o relampaguean), que alcanzó el extremo límite al que el arte dramático pudiera llegar después de Byron y después de Goethe: baste con haber anotado como el ideal se dilate, como se agigante, hasta el absurdo, hasta lo

auspiciores canciones mientras Rubek e Irene son arrastrados sobre la cumbre por la tormenta. Maya, es decir, la ilusión; Herald Borgmann y Fanny Wilton son las solas imágenes de alegría en aquella lúgubre casa del soñador fallido, hasta tanto no toman el vuelo: y ellos representan la inconciencia. Y recordemos Rosmels-honm y el tipo de Brendel, el poeta loco, pobre, hambriento, arapieto, que ha custodiado como un avaro en el cofre de su cerebro sus obras maestras; cuando lo abre se da cuenta que no hay nada, y termina: "No tener ningún ideal... Ves, allí está todo el secreto de

Cuando era niña ¡qué alma tan blanca y tan diáfana encerraba en aquel cuerpecito delicado y frágil como una chuchería japonesa! No puedo olvidarla. Los ojos profundamente azules y humedecidos; la cabellera opulenta y dorada; las mejillas frescas — dos pomos de otoño — y la boca carmínea, breve como apretado botón de rosa.

La mañana era espléndida. En el Oriente — orgía de colores — la luz desplegaba sus estandartes victoriosos; en los nidos los pájaros se empinaban soltando el chorro de sus trinos; el aire soplabla suave, bien oliente, como el venticillo producido por aristocrático abanico.

¡Oh mañana aquélla, toda luz, toda aroma, toda vida! Margarita se preparaba a hacer su primera comunión. En la parroquia, llena de blancas flores, ardían los cirios en el altar mayor, ascendían las espirales de incienso, y, grave y místico, dejaba el órgano oír las notas de sus trompetas.

Allí estaba la blonda criatura, en gloriosa apoteosis, de rodillas, con la frente baja y los bracitos cruzados devotamente, a la mane-

MARGARITA

Por Juan B. Delgado

ra de esos ángeles pintados por Doré en las maravillosas páginas del poema dantesco.

II

Más tarde, cuando fué joven, cuando la pubertad la hizo núbil y amplió sus caderas y redondeó sus formas, la vi pasar desde el último piso de un hotel, en elegante *duquesa* tirada por corceles plañtantes, que en su pausado trote sobre el asfalto, hacían cascabelear las cadenas de plata.

Su aspecto era altivo y regio: el traje de seda flordelisado dejaba adivinar sus exuberantes formas olímpicas, y chispeaban en sus dedos y en sus rosados lóbulos, las finas piedras de Golconda.

¿Se había casado con algún Creso? ¿Aquella dama que pasaba era la niña hija de padres pobres, a quien compré tantas muñecas y bombones?

Todo lo supe a poco tiempo. Un viejo verde, cojo y corvado, la deslumbró con su dinero, y desde en-

tonces, su alma blanca y transparente se manchó con salpicaduras de fango... ¡Aquella alma buena!

¿Y cómo fué? ¿Qué mano invisible y nervuda de monstruo la asió con fiera y la empujó a un matrimonio sin amor? ¡El hambre! En su hogar faltaban pan y luz... y el usurero de la esquina inmediata le tendió la red, dándole no solamente luz y pan, sino vestidos, joyas... ¡qué sé yo! Nuevo Fausto, deslumbró a Margarita con el esplendor de su riqueza, y ella fué despreciando las humildes, pero castas flores de Siebel, del joven hermoso y romántico como Byron, que en cada verso dejada un pedazo de corazón, un jirón de alma; pero que vive pobre, allá en el destartelado cuartocho de una casa de vecindad.

Y entre tanto, Margarita, apoyada en el prestamista claudicante y giboso, alardea en teatros y salones, de su soberbio lujo, sin comprender que cada diamante que ostenta, simboliza no una, sino muchas lágrimas cuajadas.

III

Anoche al salir del teatro, sentí que me tiraban del abrigo, y oí frases dulces y seductoras de mujer. Volví la cara y me encontré con ella, con Margarita, quien al reconocermela, dió un grito de sorpresa y huyó precipitadamente, avergonzada de la equivocación, entre la hormigueante multitud. ¿Con quién me confundió? Quizás con alguno de sus amigos.

Y un enjambre de recuerdos punzó dolorosamente mi cráneo: surgió en mi memoria aquella mañana toda luz, toda aroma, toda vida, en que la vi, camino del templo, haciendo aletear su falda nivea; en que sentados a la mesa saboreábamos el desayuno de aquella fiesta de un blanco triunfal. Pensé en Alberto, el bohemio soñador, que en cada verso le mandaba un pedazo de corazón, un jirón de alma... en el muchacho hermoso y melenudo del segundo patio; y entonces comprendí por qué, puesto de codos en la mesa de un café de barrio, gritaba con voz de ebrio, mirando atentamente las heces de su copa:

—¡Eh, mozo... vino, más vino!

MEMORIAS DEL DETECTIVE DEBOISSIGNE

El misterioso crimen de las dos cruces. — La "plancha" del policía que detuvo al rey de Baviera

Una drama de espionaje.—

Me cayó en suerte investigar el extraño caso de una mujer que intentó falsificar la firma de monsieur Poincaré cuando era presidente de Francia. Me cayó en suerte también detener a la dama y llevarla a la prisión.

Fué durante la guerra, con ocasión de haber sido preso por espionaje contra Francia un famoso aventurero. Había estado en inteligencia con el enemigo durante más de un año, haciéndose pasar en París por un holandés dedicado a humanitarias tareas relacionadas con la Cruz Roja. Murió fusilado en los fosos del castillo de Versalles, donde más tarde la bella bailarina javanesa Mata-Hari había de caer también frente al pelotón.

Una noche recibí en mi despacho de la Prefectura recado de que le habían robado a M. Poincaré del automóvil una cartera en que iban documentos de importancia. El ministro de la Guerra advertía que era asunto vital el recuperar inmediatamente aquellos papeles, porque si caían en malas manos podrían ser causa de una verdadera catástrofe para Francia.

Uno de mis agentes me dijo que había preguntado por casualidad a un hombre, el cual le había dicho que había visto a una mujer rondando el coche del presidente; mujer como de unos treinta años, bellísima, lujosamente vestida, y que llevaba un grifoncillo. Repasé en la memoria toda mujer de alguna notoriedad por mí conocida cuyas señas pudieran corresponder a esta descripción. Como un relámpago me cruzó por la mente una idea, y pedí al departamento de fichas la del holandés sentenciado Johann Korp. Busqué entre los documentos y encontré un excelente retrato de la mujer del espía, muy bella por cierto; y di por indudable que ella era la que había robado la cartera al presidente. Se me ocurrió que podría ser su propósito presentar una orden de excarcelación falsificada en la prisión de la Santé para poner en libertad a su marido. Llamé al director de la prisión y le expuse mi sospecha.

—¡Pues, claro, amigo mío—exclamó—. ¡No sabe usted lo oportunamente que llama! En este mismo momento está en el despacho la señora Korp, acompañada de un hombre que dice venir de parte del presidente y trae una orden de excarcelación a favor de Johann Korp, firmada por Poincaré mismo.

—¡Es falsificada!—grité—. Detenga a la pareja, y yo estoy ahí dentro de una hora.

Me encaminé a la prisión y, llegado, descubrí a la mujer y a su cómplice. Ella, al ver que había fracasado la treta, desfalleció y se echó a llorar. La condenaron a un año de prisión y una multa de cinco mil francos.

En cuanto a su marido, se le fusiló a la mañana siguiente de

aquella tentativa para devolverle la libertad.

La emoción nueva del Rey Luis.—

Detener a un Rey es asunto peligroso. Yo he cometido una vez esta falta, y a no ser por la intervención y amabilidad del mismo Monarca a quien había arrestado, hubiera sufrido, probablemente, severa amonestación.

El Monarca en cuyas muñecas yo tuve la torpeza de colocar mis esposas fué el Rey Luis de Baviera, que, muy aficionado a la alegre vida de París, visitaba la ciudad un par de veces al año, siempre de incógnito.

Estaba yo en la estación del Norte acechando la llegada de un trío de peligrosos criminales que debían llegar en el expreso de Berlín. De pronto, tres figuras descendieron del expreso al andén. Alemanes, sin duda. Pero no los alemanes que yo estaba en la obligación de buscar, por más que el Rey Luis respondiese en su aspecto exterior a la descripción dada del jefe de la banda.

Con gran sorpresa por su parte, el Rey de Baviera sintió que le tocaban en el hombro y que, antes de que pudiera articular palabra, le colocaban el par de esposas. Sus dos compañeros — su secretario el uno y su ayudante el otro —, cuando se repusieron del espanto que el hecho les produjo, me hicieron presente con indicaciones la calidad de personaje de que se trataba; pero yo, suponiendo que aquello eran subterfugios para desorientarme, ordené a mis agentes que detuvieran a aquellos dos hombres también.

Metí a los tres en un taxi y me presenté con ellos en la Prefectu-

UN ORIGINAL CURIOSO

El pacto del doctor Fausto con el diablo

El doctor Fausto no es una creación del genio portentoso de Goethe, aunque claro es que debe a Goethe algo más que la vida, y nació, según sus biógrafos, alrededor de 1480, que en la fecha no han llegado a ponerse de acuerdo, en el humilde hogar de unos campesinos de Knittlingen.

El joven Fausto dió pronto muestras evidentes de su gran inteligencia, y a esto se debió que, un pariente suyo que habitaba en Wittemberg se hiciera cargo del muchacho para costearle los estudios. A los catorce años empezó a estudiar Medicina, y a los diez y ocho se doctoró. Dos más tarde, recibió el grado de doctor en Teología.

Sus triunfos universitarios embriagaron al joven doctor, que, no contento con los conocimientos que poseía, se dedicó a estudiar magia, con el entusiasmo que caracterizaba todos sus actos.

La historia del doctor Fausto se publicó por primera vez en "El Semanario de Hamburgo"; pero la tradición oral de su rejuvenecimiento y de su pacto con el Diablo estaba muy extendida por toda la comarca, y a ella recurrió Goethe para acopiar los elementos necesarios a su obra.

El pacto con el Diablo se juzgó siempre como una invención; pero he aquí que muy recientemente y en los archivos de la biblioteca de Knittlingen se ha encontrado un pergamino ennegrecido por los siglos y escrito en tinta rara, que a los paleógrafos les parece sangre, y que es nada menos que el famoso pacto.

Dice así el peregrino contrato:

"Yo, Juan Fausto, doctor en las dos facultades, reconozco formalmente que, habiendo agotado los conocimientos humanos y encontrando estrecho para mí este mundo terrestre, resolví conquistar el derecho de ciudadanía y señorío en los tres mundos, y para ello me entregó a Lucifer, príncipe de Oriente, y me declaro vasallo de Mefistófeles, espíritu de los elementos superiores.

En nombre y por orden de Lucifer, Mefistófeles se compromete a servirme, obedecerme a acatarme como siervo dócil; a conseguir que yo adquiera las cualidades de los espíritus puros y sea admitido en la milicia.

En cambio, me comprometo a pertenecer a Lucifer y a no casarme nunca. Además de esto, pasados veinticuatro años, a partir de la fecha de este documento, me comprometo a someterme en cuerpo y alma a Lucifer por toda la eternidad.

Deseando dar a este documento las mayores garantías y a certificarlo con todas mis fuerzas, no contento con escribirlo de mi puño y letra, lo firmo, rubrico y sello con mi sangre, declarando que lo hago en el pleno uso de mis facultades, con perfecta inteligencia y sin coacción alguna.

Wittemberg a 30 de junio de 1520.— Juan Fausto, doctor en las dos facultades".

Como se ve, el documento concuerda con toda la leyenda del doctor Fausto y hasta descubre ciertas condiciones de cuquería que no vió Goethe o no creyó necesario hacer resaltar; porque ofrecer "no casarse" a cambio de todo lo que esperaba del Diablo, más que compensación a la parte contraria nos parece una gabela no despreciable que, de paso, se adjudicaba el aprobechado doctor en las dos facultades.

Fotografados Tricromías Bicromías

Confección de élises para revistas, Catálogos, Folletos y otras Publicaciones

Precios sin competencia

Trabajo garantizado

— Entrega inmediata —

Pujol, Preysler & Cía.

Bme. Mitre 1259

Buenos Aires

Unión Telef. 38, Mayo 2589

ra, tan orgulloso del éxito con que había llevado a cabo mi misión.

Palideció mi jefe al mirar a la cara a los detenidos, y, con gran asombro de mi parte, se puso en pie e hizo una reverencia al hombre a quien yo personalmente había detenido. El Rey Luis relató con voz lamentosa el modo en que le había puesto preso, y mi jefe comenzó a dirigirme en el tono que pueden los lectores suponer.

Menos mal que, de pronto, el Rey, levantando la mano y con apacible sonrisa en el rostro, interrumpió diciendo:

—No es culpa del agente. Quizá es que, efectivamente, me parezco a un criminal.

Y luego, alargándome la mano, me dijo:

—Muy agradecido, señor mío, por haberme hecho conocer una sensación que no podía esperar recibir.

El asalto al vagón en que iba dinero del Banco.—

Un día se recibieron informes de que había una maquinación para robar al Banco de Francia 70.000 lises de oro, aprovechando que iba a transportarlos de París a Lyon.

En la estación vimos depositar el oro en un vagón precintado del rápido del Mediterráneo. Los detectives del Banco quedaron con el oro dentro del vagón precintado, mientras yo y mis compañeros nos acomodábamos para comer en el coche restaurant, dispuestos inmediatamente de terminar a inspeccionar el tren con toda atención.

Acababan de servirnos la sopa, e iba el tren todavía por los suburbios de París, cuando oímos un disparo de revólver, seguido de un grito de mujer. Nos precipitamos al pasillo del vagón precintado y nos vimos sorprendidos con que yacía en el suelo una mujer joven, sangrando de una herida; estaba abierta la puerta del vagón, y los detectives del Banco luchaban encarnizadamente con cuatro bandidos.

Sacamos nuestras pistolas, y los malhechores, viéndose así superados, se contuvieron. Avancé yo en-

tenaces a esposarlos, y, de pronto, los cuatro criminales nos acometieron, golpeándonos con las pistolas tan fuertemente, que dieron en tierra conmigo y otro de los agentes, mis compañeros. Disparé, pero no hice blanco, y cuando pude ponerme en pie nuevamente y unir mi esfuerzo al de los otros la puerta estaba abierta y los bandidos habían desaparecido en la obscuridad.

Hice parar el tren, llamé a la Comisaría del distrito y se hizo una amplia redada; pero no se cogió a los bandidos. La mujer, que estaba herida, lo había sido al acudir en auxilio de los *detectives* del Banco. La herida no era mortal. Curó la mujer y recibió del Banco de Francia un regalo de cinco mil francos.

Las dos cruces.—

Andando el tiempo me encontré con uno de aquellos bandidos en circunstancias por demás extrañas.

Se recordará que en el año de 1913 el ex kromprinz de Alemania se vió mezclado en un raro suceso ocurrido en París, y cuyo misterio no se ha podido aclarar.

Una mañana temprano un policía encontró a una mujer vestida de *soirée*, bella, muerta en medio de una de las principales calles próximas a la iglesia del Sagrado Corazón, en Montmartre. No llevaba la muerta cifra ninguna en las ropas, y en el bolso no se encontraron documentos que pudieran servir para la identificación. Lo más raro de todo era que en cada mejilla tenía dibujada una cruz negra, trazada con pintura o con hollín.

Estaba yo pensando dónde hallar pista del extraño suceso cuando un camarero del Café de París se presentó y dijo que por las fotografías circuladas le parecía que aquella mujer, muerta de un balazo en el corazón, era la que en aquella misma noche había estado comiendo con el kromprinz.

Es delicada misión para la Policía acercarse al herdero de un Imperio poderoso para indicarle la posibilidad de que esté enterado de algo relacionado con un misterioso asesinato de Montmartre. Se convino, por tanto, llevar el asunto al Quai d'Orsay, y que el Ministerio trasladase el asunto, con todo tacto y prudencia, a la Embajada alemana.

El embajador tomó a su cargo hacer las convenientes preguntas al príncipe heredero. Transcurrieron días de ansiedad. Por fin, el conde Storm, del séquito del príncipe, y muy amigo suyo, se presentó en la Prefectura. Declaró que el príncipe no conocía a la señora cuyas fotografías se le habían presentado, y estaba completamente seguro de no haber estado cenando con ella la noche de autos. Aquella noche, precisamente, la

había pasado casi toda en la Embajada.

Expuesto lo cual, el enviado partió, dejándome a mí con el convencimiento de haber sido engañado o de haber sido un necio al dar crédito a lo que el camarero me contara.

Siguió el misterio tan impenetrable como antes. Un día recibimos una carta de un hombre sentenciado a presidio para toda la vida por robo en carretera a mano armada. Tenía este hombre algo que decir relacionado con el crimen de las dos cruces.

Fui a verle a la prisión de la Santé y me encontré frente a frente con uno de los bandidos que nos habían hecho cara en el rápido París-Lyón, cuando fui escoltando el oro del Banco de Francia. Pero él no recordaba de mí y yo le pregunté en amistosos términos qué era lo que sabía del crimen.

Me dijo que había visto parar un automóvil y arrojar de él brutalmente al suelo el cuerpo de una mujer vestida en traje de *soirée*. El automóvil había partido luego a enorme velocidad. Él, al ver que la mujer llevaba joyas en el cuello y en los dedos, se las había robado.

Recordé que, aunque iba lujosa y elegantemente vestida, en efecto, no llevaba joyas, por lo que parte de lo que contaba aquel bandido podía ser verdad. En cuanto a lo del automóvil, no fué indicio que pudiera servirme, ni me pareció digno de crédito.

El asesinato de las dos cruces de Montmartre sigue siendo un misterio hoy día. Mi impresión personal es que aquella mujer fué víctima de una banda de apaches, y que lo que el camarero contó lo contó solamente para procurarse un poco de notoriedad. Por cierto que este camarero, meses después fué condenado a un año de cárcel por robar a un cliente del restaurante.

El misterio de la mascota.—

Quizá uno de los más extraños asesinatos cometidos en Francia, y que han quedado en la impunidad, fué el asesinato de la *Mascota*, ocurrido en Montmartre también. Una noche se encontró muerta a una muchacha lindísima. No se halló documento de identidad ninguno ni clave que pudiera conducir al descubrimiento del asesinato. Clavado en el pecho tenía un muñequillo de cera de los que suelen ponerse como mascotas, con huellas producidas por dedos manchados de sangre. Estas huellas estaban demasiado borrosas para permitir identificar a quien las hubiera dejado, y durante meses los mejores *detectives* de Francia se afanaron en vano por descubrir el misterio del muñeco.

Raoul DEBOISSIGNE

REZO A LA HIJA DORMIDA

Hija de mi alma, rosa de mi vida,
causa azul de mi bien:
pareces una muerta, de dormida,
y llorabas recién.

Se borra ya, como una sombra, lento,
tu gesto de dolor;
pero tienes en cruz, de sentimiento,
tus dos manos de flor

Tu cara de corola y de fragancia
tiene tal beatitud,
que da una suave atmósfera a esta estancia,
de mística quietud.

Acá, junto a tu cuna, está rogando
por tu vida la Virgen de Luján;
y a verte y a cuidar tu sueño blando,
esta noche las ángeles vendrán...

Como tú eres un angel, hay que hablarte
sólo con emoción;
y ahora que te has dormido va a rezarte
mi dulce corazón.

Hija de mi alma, flor celeste y suave
que aromas mi existir,
quiero quererte mucho, — ¡Dios lo sabe! —,
¡nunca hacerte sufrir!

Temblando, hija, ante tu sueño, justo,
yo te pido perdón,
porque quizás a tu capricho, injusto
hoy fué mi corazón...

Tienes sólo dos años: ¡la inocencia
que empieza a florecer!
Eres como un rosal que da su esencia
y espinas, sin saber.

Es tuya esta muñeca rubia y bella,
con su cuna y su ajuar:
¡de dicha brillarás como una estrella
mañana al despertar!...

El domingo por las salubres quintas
iremos a pasear;
te pondrán el vestido de tres cintas,
que te gusta llevar...

Detrás la blanca mariposa errante
loca irás de placer;
mi alma, a tu gozo, se pondrá radiante,
dará lirios mi ser.

Volverás con la cara hecha una rosa,
de correr y saltar,
y a tu madre, en tu lengua deliciosa
todo querrás contar.

Como es blanco tu sueño, sin ruido
te beso, mi amor fiel...
tu pelo tiene santo olor a nido;
tu boca, gusto a miel.

Ya el sueño me hace verte, hija querida,
como al través de un misterioso tul;
pero el Angel Custodio que te cuida
te envuelve toda en su cariño azul...

JOSÉ M. OLMOS CÁRDENAS

DEL HABLAR

Hablar mucho y bien es propio del hombre ilustrado.

Hablar poco y bien es el carácter del sabio.

Hablar mucho y mal es la manta del fatuo.

Hablar poco y mal es la desgracia del necio.

CERVANTES

(Continuación de "La reconciliación")

salir un fantasma diciéndole: "¡miserable, traidor, envidioso, ahora te conozco, ahora te veo, has sido mi Judas; pero las traiciones de Judas duraron unas horas, unos días a lo sumo; y las tuyas han durado cincuenta años! No me asesinaste porque te faltó valor; pero me vendiste con el pensamiento siempre que pudiste venderme!".

Y Enrique empezó a temblar, se le encogió el corazón, y sintió un desvanecimiento.

Para no caer, puso las manos en la verja y echándose hacia adelante, murmuró con voz ahogada: "¡perdóname, perdóname! he sido muy malo, pero ahora me arrepiento, y te querré por todo lo que no te he querido; dí que me perdonas, dílo de algún modo que yo lo entienda, si es que en tu garganta ya no hay voz".

Y se puso a mirar desesperadamente, y vio una sombra que se removía entre la piedra y el cerco de hierro.

Al pronto creyó que era un fantasma, y estuvo a punto de pedir socorro.

Pero al fin comprendió que era el perro "Leal", el compañero de Carlos.

Ya lo había oído decir; que casi todas las noches iba a dormir junto al sepulcro de su amo, y como él tenía las manos agarradas con angustiosa crispación al barro de hierro de la verja, sintió que "Leal" se las lamía cariñoso, y experimentó un gran consuelo.

Pensó que Carlos le perdonaba, que aquello era un beso de paz, que era la suprema reconciliación; la humedad cariñosa de la lengua perruna era la humedad del beso.

Y le dijo a "Leal": ven, ven conmigo; y como aún en lo más sublime, hay siempre una nota cómica, Enrique estuvo a punto de decirle al perro:

"Ven conmigo, y hablaremos mucho de tu amo".

¿Y por qué no? hay muchas maneras de hablar.

Y Enrique se marchó consolado, y el perro le siguió, como hubiera seguido a Carlos.

Buena señal, buena señal, pensó Enrique; es que Carlos me dá su perdón.

Así, el perro fué la reconciliación de ultra-tumba de los dos amigos. No lo habían sido; pero lo fueron desde aquella noche de difuntos.

Un enigma de la historia

Verdades y mentiras sobre Lucrecia Borgia

Nació Lucrecia Borgia en 1480 y era hija del cardenal Rodrigo Borgia, más tarde el papa Alejandro VI y de Rosa Vanozza, o Vanozza Catarani, dama romana.

Durante su niñez, vivió Lucrecia con su madre en una casa cercana a la del cardenal, y después fué puesta al cuidado de madonna Adriana, viuda, pariente de Rodrigo, con cuyo ejemplo nada ganó la joven, pues permitía abiertamente las relaciones de su nueva Julia Farnesio, con Alejandro VI. Lucrecia tenía entonces sólo once años y ya tomó parte en este desvanecimiento de su padre, pero para ella esto nada tenía de extraño, pues no conoció las ternuras del hogar legítimo y todos sus amigos eran hijos e hijas de diferentes cardenales.

Muy joven casó con un noble aragonés compatriota de su padre, pero éste, al ocupar la silla pontificia deshizo el casamiento en 1493 y unió a su hija con Juan Sforza, soberano independiente y pariente de los poderosos Sforza de Milán.

Nada malo se dice de la conducta de la joven durante esa temporada, en la que no hizo nada que mostrase la maldad y la degeneración que más tarde se le atribuyeron.

Su marido Sforza, la sacó de Roma y se la llevó a su ciudad de Pesaro, de donde al cabo de algún tiempo la envió a Roma por petición de su padre.

La muchacha volvió a ocupar su

palacio cerca del Vaticano y en esa época es cuando empiezan a hacerse públicos y ser la comidilla de las conservaciones de la corte italiana, los escándalos de los Borgia.

El hijo menor de Alejandro VI, se había casado con doña Sancha, noble dama española que al llegar a Roma empezó a dar que hablar por sus descaradas ligerezas. Los dos hermanos de su marido, Juan y César figuraban en el número de sus amantes. Como consecuencia de estas repugnantes relaciones y de la absurda carencia de moralidad de aquella época, vino el asesinato de Juan Borgia atribuido a César y a Sancha.

Lucrecia Borgia vivió entre el ejemplo de los escándalos de Julia Farnesio, Sancha y de sus hermanos, pero nada dió que hablar hasta después de su divorcio con su segundo marido Sforza. Entonces empezó a ser pasto del chismorreo de Roma, donde tanto odio se sentía por la familia de los Borgia.

Antes del divorcio, Sforza fué conminado para que abandonase a su mujer Lucrecia, más como mostrase cierta indecisión y pareció revelarse a tal orden se decretó su asesinato del que se libró porque su joven esposa le aconsejó que huyese si no quería perder la vida.

Alejandro VI que por conveniencia propia había disuelto el primer matrimonio de su hija, anuló también el segundo por compla-

TEN CALMA

No debe, Juana, extrañarte si embelesado te miro pues bien sabes que suspiro solamente por mirarte.

Cuando tus ojos remiro me producen tal mareo que te miro y no te veo o te veo y no te miro.

Y siguiendo los antojos de mi loca fantasía te veo igual, Juana mía, aunque me tape los ojos...

Yo no sé que extraño arte se ha mezclado a mi deseo

que en toda parte te veo sin que estés en toda parte.

Y tu imagen de tal suerte está en mi alma grabada que no podrá ser borrada nada más que por la Muerte.

No te alteres y ten calma que si te miro embebido es por creer que has huido del refugio de mi alma...

Y al contemplarte "en persona"

mi alma se considera igual que un marco cualquiera cuya estampa lo abandona.

JOSÉ GUERRERO LOCAMOUX

cer a su ésta y por beneficiar a César Borgia.

Este, quería casarse con Carlota de Aragón y por esta unión llegar a ser rey de Nápoles, pero Carlota no quiso aceptarle por esposo, y el arreglo era entonces casar a Lucrecia con el hermano de Carlota, Alfonso.

Lucrecia que tenía dieciocho años cuando se casó por segunda vez, era encantadora y según el embajador de Mantua, estaba perdidamente enamorada del hermoso joven Alfonso que había de hacerla duquesa de Biseglia.

Por aquel entonces y mientras se preparaba este matrimonio, los dos jóvenes vivían en Roma, los escándalos de los Borgia habían llegado a ser cosa corriente y se hablaba con horror de Lucrecia y del resto de la familia.

Se decía, que la joven había tenido un hijo natural de un favorito de Alejandro VI, llamado Perotto, al que según rumores, César asesinó en presencia del papa.

La política de la época hizo que Alejandro se pusiese de parte de Francia, cuando Luis XII, de este país, emprendió la segunda campaña contra Italia.

En 1497 Lucrecia casó con Alfonso de Aragón, hijo natural del rey de Nápoles, Alfonso II y a consecuencia de la invasión francesa tuvo que separarse de su esposa.

De regreso a Roma, fué sorprendido por unos asesinos que le dejaron por muerto, pero gracias a los cuidados de su esposa, Lucrecia empezó a curar de sus heridas y ya estaba casi convaleciente, cuando unos enviados de César Borgia penetraron en su habitación y le estrangulaban en su propio lecho.

Alejandro VI, halló para su hija, una alianza más brillante que las anteriores y gracias a su influencia y no sin vencer grandes dificultades, casó de nuevo a ésta con Alfonso de Este, hijo de Hércules, duque de Ferrara.

Este matrimonio procuró a Lucrecia la oportunidad de mostrarse muy otra de lo que había sido. Vivió con honestidad, fué virtuosa. Se volvió alegre, atenta, cortés, de exquisitas maneras, de buen humor y convirtió en un paraíso el palacio del anciano duque de Hércules quien bien pronto quedó encantado de su nuera y de sus excelentes cualidades.

Lucrecia dió a luz una hija, bien a disgusto de todos que ansiaban un varón. La joven duquesa, cayó gravemente enferma y durante la severa y larga enfermedad Alfonso de Este no se separó un momento del lecho de su esposa.

A poco de hallarse restablecida recibió la noticia de que el papa había fallecido de apoplejía.

Poco después de la muerte del papa acaeció la de César Borgia. Un año después moría Lucrecia al dar a luz a Hércules, sucesor del ducado de Ferrara.

La electrocultura

Becquerel ha reconocido que la nutrición, respiración y crecimiento de las plantas no se llevarían a cabo sin una cantidad notable de electricidad, y puede, por tanto, asegurarse que ésta no es extraña al desarrollo de la flora terrestre.

Los jazmines plantados en la proximidad de un pararrayos, al paso que los más alejados no pasaban de las ordinarias dimensiones.

Herve Magnon, en 1861, indicó la acción que sobre la rapidez del desarrollo de ciertas especies vegetales ejerce la electricidad, favoreciendo la asimilación.

Prillieux repitió sus experiencias con deplorable resultado, y Gastón Bonnier, más afortunado, obtuvo los resultados siguientes:

1.º Se puede provocar, por una continua aclarificación, modificaciones de estructura considerables en las hojas y tallos jóvenes de los árboles.

2.º Se puede crear un medio en que la planta respire, asimile y transpire, día y noche, de manera invariable, toda vez que el vegetal influido por esa continuidad, presente una más simple.

3.º La iluminación eléctrica discontinua (doce horas de obscuridad sobre veinticuatro), produce también una estructura que se aparta de la normal.

En lo que se refiere a la electricidad directa de las plantas, el primer ensayo fué llevado a cabo por el físico inglés Sheppard en 1846, y sus experiencias fueron repetidas por físicos alemanes, suizos y rusos.

Curiosidades zoológicas

LAS DIVERSAS EDADES DE LA TRUCHA

Por F. de Casas Gancedo

Estamos en primavera. En el pedregoso lecho de un fresco arroyo hay un nido de huevecillos, colocado allí por una madre cuidadora en las condiciones más apropiadas para el futuro desarrollo de las crías de trucha.

En un momento dado, los huevecillos se agitan, las truchas luchan por salir de la envoltura que les encierra, rasgando el huevo. Lo primero que aparece es la cola que agita sin cesar hasta que la voluminosa cabeza se libra de la cáscara que le ha servido de prisión durante el invierno.

Aquel diminuto ser, más que un pececillo, parece un renacuajo. Es tan débil que no puede procurarse alimento, pero la naturaleza, previsora, ha colocado en su pecho un saquito redondo: la yema del huevo.

Durante unas semanas, el pececillo permanece tumbado de lado sobre las chinitas del fondo del agua, ganando en fuerza hasta que el saco queda vacío. En ese tiempo el cuerpo va adquiriendo forma: sus grandes ojos abultados se recogen y el pececillo comprende que es hora de dejar el oscuro lecho y hacer gimnasia con la cola y aletas y adquirir vigor para empezar su carrera independiente. La pequeña trucha da vueltas por los alrededores, nada luchando contra la corriente y saliendo al encuentro de las larvas que arrastra el agua río abajo. Aquel alimento natural no le cautiva al principio, pero pronto se acostumbra a él, le parece una golosina y acaba por no perdonar gusano ni larva que se ponga al alcance de su boca.

Crece rápidamente y cuando ya mide cinco centímetros de largo el instinto le dice que él a su vez ha llegado a ser un bocado apetitoso y que tiene muchos enemigos que no piensan sino en su destrucción. Es pues necesario que además de tener habilidad para procurarse sustento, sepa librarse de sus perseguidores.

Aún no teme al anzuelo del pescador, ni a la nutria, ni a las garzas, ni a los patos, de esos se guardará después; ahora son otros peces y... las ranas: por eso se esconde, nada rápido, come cuanto puede para crecer, ser fuerte y poder salir del arroyo al río, donde hay más espacio donde correr, más recursos para procurarse alimento y una mejor escuela donde educarse y entonces alcanzará un tamaño de 15 a 16 centímetros, pieza que ya puede ambicionar un pescador.

La pequeña trucha, recibe lecciones de la naturaleza que le instruye de los peligros y asechanzas que le amenazan y después de muchos sustos llega a la meta ambicionada. Ya tiene la forma completa de un verdadero "salmo fontinalis" ligera y graciosa en sus movimientos; muy diferente de aquel ser de enorme cabezota y cuerpo diminuto, pero todavía lleva las notas oscuras de la juventud en los costados que ya empie-

zan a mostrar las motas rojas y azules y las aletas color crema con bordes de brillante anaranjado.

Sus enormes ojos de la infancia ya han disminuido de tamaño pero han mejorado en vista y ven el peligro de más lejos.

Ahora prefieren huir de la luz del sol y permanecer lejos de sus rayos bajo las protectoras raíces de los árboles, o en las cuevas formadas por las rocas de la orilla desde donde atisban el paso de los seres que le sirven de alimento y lanzarse sobre ellos o de un salto sobre los insectos que recorren so-

rriente. El agua choca en ella y forma a su alrededor blanca sábana de espuma en la superficie. Aquel sitio le pareció magnífico; excelente vivienda.

De repente vió venir nadando con rapidez vertiginosa una gran trucha con un gusano como pegado al labio superior y del que parecía querer librarse. Al principio nadaba casi rozando las piedras del fondo, luego se fué acercando a la superficie de la que salió como lanzada por una catapulta y arrastrada por un cordel fué a dar a la orilla y al cesto de un pescador. Otras dos truchas mucho más pequeñas desaparecieron rápidamente.

Luego vinieron otro peces: hubo luchas, ataques, defensas y por último nuestro pez quedó dueño de aquel lugar.

En aquel sitio vivió feliz, con abundantes fuerzas: comiendo y cazando noche y día hasta que llegó el otoño que le encontró en todo su vigor juvenil; brillantemente ataviada. Entonces, abandonó

ANECDOTA

Don Ramón del Valle Inclán discutía en cierta oportunidad con un anciano profesor, por quien íntimamente sentía verdadera estimación intelectual. Pero el caso era discutir... Molesto por la intransigencia del poeta, el profesor creyó castigarlo diciéndole: "Te exijo respeto. Soy mayor que tú. Tengo 65 años de experiencia en la vida, y tú sólo 58."

Valle Inclán se acarició la barba y respondió de inmediato: "Es verdad. Yo tengo 58 y tú 65. Pero ten en cuenta que yo tuve y tengo talento siempre, durante todos los 58 años. En cambio, tú, sólo comienzas a ser medianamente inteligente, después de los cincuenta y vuelves a ser niño, después de los sesenta."

bre la superficie del agua como minúsculas embarcaciones.

Sus horas de escuela no tienen límites; todo el tiempo lo pasa ocupado en dos cosas: en evitar el encuentro con sus enemigos y el procurarse todo el alimento que pueda.

Ya conoce el peligro del anzuelo oculto por sabroso bocado.

Varias veces ha tratado de probarlo y una vez casi se tragó el anzuelo, pero tuvo la suerte de no hacer presa. Aquello le sirvió de escarmiento; sintió la punta de acero en la boca y juró no volver a dejarse tentar por ningún cebo como lo viera pendiente de un sedal.

La abundancia de alimentos en verano le hace crecer y adquirir fuerzas; se engorda, se hace un buen bocado y se da cuenta al mismo tiempo de que tiene nuevos enemigos, nuevas pruebas terribles por las que ha de pasar. La terrible trucha grande le aguarda. Va de un lado para otro; no sabe donde ha de hallar un lugar seguro donde descansar y poder comer con abundancia. Siente un miedo horrible a la vista de los grandes peces especialmente de los que tienen fieros y agudos dientes, que ella, joven aún, no tiene.

Algo le consuela, sin embargo: sabe que sus enemigos del arroyo, allí no le han de hacer nada. El río es ancho; las cuevas abundan: en una de ellas puede vivir tranquila y aguarda.

Nada río arriba y encuentra una gran roca en medio de la co-

aquella guarida y se fué en busca de una compañera. El largo invierno se acerca y ardiente amante es ya padre de seiscientas truchas que no llegará a ver.

Ahora va a cambiar de domicilio y busca uno en las profundidades de algún remanso, donde se hielen las aguas y pueda permanecer dormitando.

Llega la primavera, ya no es el joven y tímido amante; es dominante; de mal humor, siempre hambriento, siempre dispuesto a amar camorra; es un soldado vigoroso, hecho y derecho que espera con impaciencia a que las aguas del deshielo hayan llegado al mar. No está tan gordo como cuando empezó el invierno.

Es un pez de cerca de cuarenta centímetros y valeroso ataca a las ratas, a las truchas pequeñas, a las ranas, a todo. No elije, come de todo para saciar su tremendo apetito. Los animales que hace unos meses le asustaban, huyen ahora de él, despavoridos.

El primer día de buena temperatura, abandona su lóbrega morada y nada corriente arriba buscando algo que meter en la boca.

El río es grande el agua torrenciosa y turbia, y él sigue adelante en busca de su antigua roca, su hábitaculo favorito, donde tan ricamente pasó el verano, y que encuentra tan hospitalaria y agradable como la primera vez. Todos los agujeros, todas las piedras y guijarros le son familiares, apenas si algún canto rodando ha variado de lugar.



Al llegar, cientos de pequeños pececillos huyen rápidos abandonando el lugar. Ha llegado un huésped terrible, un feroz enemigo del que se pueden librar poniendo mucha agua de por medio.

El río va bajando continuamente de nivel, hasta llegar a la normalidad. Aún no hay insectos y hay que conformarse con los animalitos del fondo y los pececillos que se descuidan.

Los buenos y templados días del mes de mayo han llegado, pero en ellos empezarán a verse en las orillas unos hombres sentados pacientemente con unas largas cañas en la mano. Hay que vivir alerta. Sabe donde está el peligro.

Al dejar la edad anterior, la que podíamos llamar del soldado, pasa a otra menos inquietante, de menos ímpetu, alimentándose bien y casi siempre de noche. Ha elegido una nueva morada, más río abajo, en donde la corriente es más suave.

Numerosos y variados son entonces sus vecinos; pero él ha aprendido con la edad a ser prudente y precavido. Mientras alumbra el sol no se mueve de su escondite. Al empezar la noche, cuando salen polillas, falenas y otros insectos nocturnos, sale a la superficie y se dedica a la caza, en la que no cesa un momento durante toda la noche.

Los demás habitantes de la colonia conocen sus costumbres y sienten profundo respeto hacia el gran señor. Su gran tamaño los amedrenta. Su mandíbula, desfigurada por el anzuelo, le da sinistra apariencia; su corpachón robusto, dice que no conviene meterse con él, ni intentar disputarle sus víctimas.

No hay pescador que pueda hacerse con ella; no hay cebo que le engañe. Su pesca entonces es difícilísima. Hace falta una paciencia de benedictino para esperar todas las noches, hora tras hora, a que pase la trucha cerca de él.

La edad avanza y el apetito se empieza a perder. El hambre no le impulsa a salir del profundo y oscuro agujero que ha elegido por vivienda. La piel pierde su tinte y el brillo, y los parásitos empiezan a invadirle. Adelgaza, pierde energías y si sus vecinos no le atacan tampoco huyen de él, le molestan y abandona su habitación para andar errante de cueva en cueva.

Andando de aquí para allá llega a una cascada y se aposenta bajo la cortina de agua entre las rocas y allí pasa días y días solitario, sin alimento, prisionero voluntario.

La primavera le sorprende con mala vista, pocas fuerzas, mientras que a su alrededor la vida adquiere nuevo impulso. Hay que salir. Lucha por ir contra corriente, tropieza con algo, sus aletas se enredan en unas mallas.

Los hombres levantan su botín. ¡No es mala pieza!, exclama.

PARA ISABEL CREUS, AFECTUOSAMENTE

A los pocos días de haber recibido Leopoldo su herencia paterna, que consistía en dos leguas de campo flor, cerca de Bahía Blanca, quiso ir hasta allí para ver qué podía hacer. Deseaba construir un coqueto chalet para el veraneo suyo, y el de su esposa Sofia. Algo que reuniera todo el confort posible, y, a la vez, que no demandara muchos gastos.

Eran recién casados, y ella ya le había manifestado a su marido el deseo de conocer lo que era la vida en campaña. Habíale oído contar tantas veces anécdotas graciosísimas de los pobladores de la pampa, que, esto picó su curiosidad, y quería conocerlos en persona. ¿Qué mejor oportunidad se le brindaría, que la presente?

Ella no tenía ni remota idea de sus costumbres, y rogó a Leopoldo con insistencia que la llevara consigo.

Le parecía imposible que la gente de aquellos pagos tuvieran pretensiones de ser argentinos, diciendo "juide", "vide", "truje" etc. y sorbiendo mate de sol a sol, cuando ella no conocía el sabor de esa infusión.

Al ver representar en los teatros porteños una pieza criolla se desternillaba de risa, creyendo que eran exageraciones y fantasía del autor.

Así fué como un buen día "levantó el vuelo" aquel casal de torcazas porteñas, rumbo al corazón de su provincia, y en una hermosa tarde de primavera, cuando el sol bajaba soñoliento hasta la tierra para dormir sobre el blando lecho de hierbas, llegaron al rancho donde pasarían su primer veraneo pampeano y verían alzar su nidito, dirigiéndolo a su capricho.

Salió a recibirlos el puestero Dosíteo y su hijo Clodomiro, únicos habitantes de aquella choza.

—¡Dichosos mis ojos que lo ven de güelta po estos pagos patrón! muy güenas tardes doña. ¿Esta su compañera, no? Díos se la guarde pa muchos años. Tanto gusto e conocerla patrona. Dosíteo Miranda, pa lo que se l'ofrece mandar.

—Sí, viejo, esta es mi mujercita; aquí la traigo para que tu me ayudes a hacer de ella una criolla guapa.

—Cuenta conmigo patrón, pero, quién sabe si se aquerencia, siendo, como es, de otro rodeo; me parece que es demasiao fina, aunque eso no le hace, a veces ¿no?

También a la galleta, no le queda mal la manteca, todo es cuestión de saberla untar... ¡ja! ¡ja!

Sofia le estrechó la mano ahogada de risa.

—Ta bueno; risueña la moza... ¿Con qué quiere aprrender pa criolla, no?

—Dime, Dosíteo, ¿este es tú hijo Clodo, mi ahijado?

—Es verdá, ansina lo es, si... Arrimate, ché, y salude a su padrino pué, no sea tan chúcaro. Lo ha de encontrar cambiao ¿no? tanto tiempo como hacía que no venía po estos laos pó.

—Y, como mi viejo era el que manejaba la estancia, yo nunca intervine, tú sabes cómo era el pobre. Crefa que nadie sabía administrar sus campos mejor que él.

—¡Válgale a esto! Ansina es la lay de la vida. Los viejos hacemos

LA VETERANA

Por Cleofé Pereyra de Goicoa

el nido, y luego los pichones lo aprovechan; si no se lo yeva un ventarrón, ¡que caray!

—¿Vinieron los muebles?

—Ayercito al oscurecer yegaron, y los he dejao en el galpón hasta darles acomodo. Como la pieza del finadito patrón está armada con lo suyo, les servirá pa ustedes, y he pensao que lo demás no tiene apuro.

—Hiciste bien.

Entraron a "las casas" que se componían de tres habitaciones corridas, y la cocina, cuyas paredes eran de barro malamente blanqueadas con cal, su techo de paja, y el piso ¡qué en algún día, muy lejano, fué de ladrillo! pero que, en la actualidad eran más malos que las pasas en torta de panadería.

rar la salmuera; y mil otras faenas camperas. Sofia nunca se cansaba, pues tomaba esto como una diversión. Pero, con lo que no podía familiarizarse era con la sabandija del campo; al ver al criollo aplastar la cabeza de una víbora con el taco de la bota, se le erizaba el cuerpo, era este animal al que más miedo le tenía. Cuando oía decir al peoncito que por la noche una víbora le había mamado la ubre a la vaca rosilla, dejándola seca, sin una gota de leche ella, en varios días, no probaba de aquel sabroso líquido, prefiriendo desayunarse con mate cocido o café negro.

Leopoldo estaba encantado de su mujercita al verla hecha toda una criolla montada sobre caballos que recién mascaban freno, casi potros,

LETRILLA

Tres cosas me tienen preso de amores el corazón: la bella Inés, el jamón y berenjenas con queso.

Esta Inés amante, es quien tuvo en mí tal poder, que me hizo aborrecer todo lo que no era Inés.

Trájome un año sin seso, hasta que en una ocasión me dió a merendar jamón y berenjenas con queso.

Fué de Inés la primer palma, pero ya júzgase mal

dentro todos ellos cuál tiene más parte en mi alma.

En gusto, medida y peso, no le hallo distinción; ya quiero Inés ya jamón, ya berenjenas con queso.

Alega Inés su beldad; el jamón, que es de Aracena; el queso y la berenjena, su andaluza antigüedad.

Y está tan fiel en el peso, que, juzgado sin pasión, todo es uno: Inés, jamón y berenjenas con queso.

BALTASAR DE ALCÁZAR

A Sofia le parecía un sueño todo aquello, y ya en su mente, algo fantástica proyectaba aventuras arriesgadas, poniéndose ella como un héroe de novela en plena lucha con sus enemigos, los salvajes, pero, cosa extraña en una joven porteña, aquellos criollos le inspiraron confianza desde el primer momento, y no los mandaba como servidores, si no como amigos, creyendo que ellos tenían más derecho que ella a aquellas tierras; parecían que era una intrusa allí, y por este medio deseaba captarse la simpatía de esos moradores. Muy pronto se adaptó a aquel ambiente, causándole mucha gracia, las habilidades, y el modo de expresarse de su ahijado Clodo, muchachote fortacho de unos veinte años, quien se deshacía por hacerle el gusto a su "madrinita" nombre que él dió a Sofia desde el primer día que la conoció, por ser ella la esposa de su padrino.

El enseñó a la joven a ordeñar sin manea, matar gallinas sin retorcerles el pescuezo, para así formarle la morcilla, sacarle el buche por la rebadilla, hallar entre los cardales los nidales, dando vuelta las hojas sin pincharse, distinguir los huevos frescos de los empollados, bolear las perdices con el rebenque, estaquear un cuero, colocar el asado en el asador, prepa-

o manejar el pial y el lazo con bastante limpieza, se sonreía satisfecho. ¡Quién hubiera reconocido en ella, a la niña tímida que bailaba en los salones aristocráticos de la sociedad porteña!

El chalet ya estaba techado, y para Mayo pensaban habitarlo y dar una fiesta. ¡Qué diría la familia lo que la viera tan criollaza! ¡Su suegra que era un merengue!...

Cierta noche Sofia oyó el silbido de una víbora cerca de la cabecera del lecho donde ella descansaba, y de un brinco saltó al suelo y corrió hasta la cocina en procura de unos dientes de ajo creyéndolo un santo remedio para ahuyentar a esos animales, según se lo había indicado una viejecita criolla, la que se titulaba curandera del pago, y a la que todos conocían por el nombre de "La Veterana". El remedio surtió efecto no dejándose oír el silbido en varias noches. Pero esto no duró mucho, pues a los pocos días comenzó de nuevo aquel ruido monótono, penetrante, infernal!

Entonces la joven preguntó a Dosíteo qué sería bueno para hacer huir al odioso reptil.

—¿No lo confundirá con el cantito del grillo, patrona? contestóle el paisano, en tono zumbón.

—¿Qué esperanza!

—Pues entonces, vea ¡po que no se ayega de una galopeada ande el rancho e la Veterana, que a sigun me han contaio vende unos trensaos de ajo roseaos con agua bendita, que en colgandolo e'la cabecera e'la cama diz que dinguna sabandija se atraca?

—¡No diga !en seguida voy por ella. Al rato Sofia se alejaba de las casas, jinete sobre su alazán, rumbo a lo de la curandera.

Esta le dió una ristra de ajos muy bien trenzadita, recomendándole que la colgara en la perilla de su cama, diciéndole tres veces seguidas: "Que salga, que salga, que salga, antes que el diablo se la lleve el alma que está por condenarse" asegurándole que diciendo estas palabras, ya no la molestaría ningún bicho dañino. La joven entre crédula e incrédula hizo, al pie de la letra, lo que le indicara la criolla, no volviendo a oír más aquel maldito silbido.

En cierta ocasión Sofia dijo a su marido que deseaba ver carnear una vaca, y Leopoldo le hizo el gusto a su esposa, dando orden al matarife de la estancia de que el próximo domingo matara una res vacuna.

Esa mañana la Veterana llegó de visita al establecimiento, quizá husmeando la achurada—Esta visita le vino a Sofia, como anillo al dedo; tenía mucha tarea, y le rogó que se quedara varios días para que le ayudase.

Por la noche pondrían los matambres en adobo, prepararían la carne para charqué, y también harían dar vuelta las tripas y lavarías para la cosecha de chorizos del próximo invierno de manera que sobraba trabajo, y faltaban manos.

Después de la comida, las dos mujeres y el peoncito se pusieron al trajín, cuando en esto dice la Veterana:

—¡Ay, patrona! ¿no sabe una cosa? que en la cocina no tenemos ningún diente de ajo ¡ni pa rime-dio! y aura ¿con qué vamos a adobar los matambres, po?

—¡Bah! eso es lo de menos, tengo la ristra que está en la cabecera de mi cama, que ya no me hace falta.

—¡A ía verdá que cumplió lindo su cometido el trenzaio! ¿no? Y dispue que haiga gente tan mal hablada que diga que la Veterana no tiene virtud, caray! ¡Pucha, digo! si la envidia juera de fuebo vi-víamos llagaos. A esos lengualar-ga le hace falta ruda frita, pa que no los tiente mandinga, pero, vea, patroncita, que quiere que le diga, yo no echaría mano de esos ajos.

—¿Por qué?

—Y, por que eso ya pertenece al otro mundo y no vaya a ser cosa que se enoje el alma de ese bicho y nos juegue sucio.

—¡Ja, ja!... Un bicho con alma ¡donde se habrá oído tal cosa!...

—No se reía doña, vea que a veces...

—¡Oh, déjese de brujerías, mujer! Venga, y vamos a mi pieza.

Salieron de la cocina la criolla y Sofia, adelantándose la joven fué hacia la cama, y tomó la ristra pero inmediatamente la soltó dando un grito de espanto.

Enroscada entre el trenzado de ajos estaba una víbora de la cruz blandiendo sus ponzoñosas lances-tas, pronta para el ataque.

Conocimientos útiles ::

Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

Para limpiar los objetos plateados, sin tener que frotarlos constantemente, se disuelve un puñado de bórax y un poco de jabón en agua caliente, se mete en éste el objeto que se quiere limpiar, y después de dejarlo allí tres o cuatro horas, se enjuaga con agua limpia y fría y se seca con un paño.

Trajes impermeables. — Se hace un buen ingrediente para impermeabilizar las telas de vestir, echando 30 gramos de acetato de plomo y otro tanto de alumbre en polvo, en cuatro litros y medio de agua de lluvia. Cuando la mezcla está bastante clara, se decanta el líquido. Teniendo en este las prendas durante veinticuatro horas, quedan perfectamente á prueba de agua. No conviene usar las prendas así tratadas más que cuando sea necesario.

Las contusiones ligeras se curan con reposo y teniendo la parte lastimada en posición cómoda, y más bien en alto que en bajo. Un masaje superficial y suave puede en ciertos casos activar la circulación.

El alcohol alcanforado y el arnica, aplicados en compresas, son remedios indicados, así como el aguardiente de espliego. Este se prepara en casa, poniendo en infusión en un puchero de barro un litro de aguardiente bueno y un par de puñados de flores de espliego, y después de tapar bien la vasija se guarda en sitio seco.

Para tener flores frescas en invierno, se compran, cuando los haya, capullos de buen aspecto, y dejándolos unos diez centímetros de tallo se les tapa con cera el extremo cortado y se dejan secar. Luego, se envuelven con mucho cuidado en papeles y se guardan en una caja seca.

Llegado el invierno, se sacan por la noche precisamente, se les corta el extremo cubierto de cera y se ponen en agua donde se haya disuelto un poco de salitre. Al cabo de uno ó dos días los capullos estarán abiertos.

Cemento para pegar loza y porcelana. — Este es un cemento que resiste el agua hirviendo. Se toma cloruro de zinc de una densidad específica de 1.50, 100 partes y en el se disuelven 3 de bórax. Después con este líquido y óxido de zinc en cantidad suficiente se prepara una pasta de bastante consistencia. Este cemento tiene un color blanco muy limpio.

Brunidor líquido para el latón. — Se echa blanco de España en un vaso hasta la mitad y se concluye de llenar con agua fría. Se pasa la mezcla en un frasco y se agregan treinta gramos de amoníaco líquido.

Antes de usarlo, se agita, y con una franela mojada en la mezcla, se extiende sobre la superficie que se haya de brufir dejándolo unos minutos, antes de proceder á sacar brillo como de costumbre.

La tristeza de Ali

Ali tiene un castillo en la cima de un monte que toca con el cielo, hermoso entre diez mil. En él toda la Arabia se ha puesto en competencia, es un prodigio de arte el castillo de Ali...

Pero Ali no es feliz...
Laberínticos jardines lo han visto en el ocaso, todo de negro, al cielo, que es todo de rubí, contemplar, a lo lejos, sobre la selva negra el vuelo de las águilas geométrico y sutil

Pero Ali no es feliz...
En vano sus guerreros de rostros ateizados regresan del desierto después de combatir ¡ni siquiera los mira! Es muy bella la gloria... Se doblan cien camellos al peso del botín

Pero Ali no es feliz
Magos de luengas barbas vinieron de la India quedando derrotados por su tristeza hostil a todo conocido consuelo de la ciencia, y corridos se marchan sin saber que decir

del mal del pobre Ali
Pebeteros de plata sahuman el ambiente Baila la danzarina sobre un regío tapiz y se desmaya toda de amor y sensualismo tan solo por un beso de los labios de Ali

Pero Ali no es feliz
¡Qué le importa al Sultán, cetrino y taciturno, la danza de la esclava, qué le importa que así lo envuelva en esa llama de lujuria y deseo que torna convulsivo su cuerpo de marfil

¡No puede ser feliz!
En vano las ajorcas de la mujer desnuda —campanillas de plata— al chocar entre sí alegran los odios

La danzante rendida se agota con el humo de mirra y de benjuí Más él sin sonreír,

Con los ojos cerrados y un dejo de amargura en los labios nerviosos, está lejos de allí por vegas granadinas, pendiente de otros labios que fueron desdénosos negándole hasta el fin

El poder ser feliz!
De ese amor imposible poco a poco se muere Nada le queda ya de arranque juvenil Por unos ojos negros que vió en tierra cristiana esconde solozando el rostro en un cojín

Sin poder ser feliz
El diera todo, todo, por un beso de aquella mujer que nunca pudo tenerla para sí... mujer que fué maldita, un día y otro día, por todos los guerreros que sufren con Ali

al saberlo infeliz.
Ni músicas, ni fiestas, ni danzas ni saqueos le hicieron una vez siquiera sonreír Despidió a los esclavos aleja a los guerreros y se mata una noche de luna en el jardín

¡y al morir... es feliz!
Sultán de barbas de oro, de un cuento que hace mucho —era yo tan pequeño— no se, donde leí ¿Por qué no te has borrado jamás de mi memoria y acudes cuando grito, con ronco frenesí, en largas noches negras y en largos días grises, alejate tristeza que quiero ser feliz?

ENVÍO

Mujer que luminosa pasaste por mi vida —oh la tarde otoñal tu traje de organdí y aquella ropa íntima... rosada y perfumada como un sueño de Oriente de un libro de Loti Tu tienes en la boca el filtro milagroso que devuelva a mi alma la dicha de vivir, la paz al corazón... la sonrisa a mi labios, la alegría que un día te llevaste de mi

Mujer que luminosa pasaste por mi vida una tarde otoñal...
¿He de morir al fin como el Sultán del cuento, que tuvo que matarse, queriendo ser feliz?

Rodolfo BAGUES

Para hacer incombustible los tejidos, el papel, etc. basta sumergir estas materias en soluciones de 20 gramos de bórax, 60 de ácido bórico y 120 de cloruro amónico en un litro de agua; ó bien esta otra:

Borax 20 partes.
Sal de Glauber. 2 1/2 "
Agua 200

dejando luego secar los objetos.

Gracias á esta propiedad se emplea también el borax, mezclándolo con ciertos colores, para pintar decoraciones de teatro.

Fijativo para cuadros al pastel. Los dibujos al pastel tienen una frescura que no puede dar la pintura, pero en cambio son muy frágiles. Cuando no se los quiere proteger con un cristal es prudente proteger la superficie con una ligera mano de fijativo. Operando con precaución y sirviéndose de un pulverizador no se corre ningún riesgo de alterar el original.

El mejor de todos los fijativos según Ostwald, inventor del nuevo procedimiento de pastel decorativo es una mixtura á base de caseína que se puede preparar de este modo. Se mezclan 20 gramos de caseína, 4 de borax y unas cucharadas de agua. Después de algunas horas se añade agua al jarabe obtenido hasta 750 centímetros cúbicos de alcohol á 90 grados se deja en reposo durante unas horas y se decanta el líquido claro. El pulverizador usado para la aplicación del fijativo hay que limpiarlo muy bien después del uso, porque de lo contrario, la mezcla caseinada obstruiría rápidamente los tubos de salida. En caso de ocurrir esto hay que bañar el aparato durante varios días en una solución acuosa de borax al 20 por 100.

Para los párpados enfermos ó hinchados, padecimiento muy común en los niños, puede recomendarse, entre los remedios más sencillos y mejores, el té frío.

Todo el que tenga este padecimiento debe lavarse los párpados varias veces al día con té, y de vez en cuando echarse unas gotas dentro del globo del ojo y pestañear. También es conveniente al acostarse ponerse unas hojas de la planta, que hayan estado en maceración algún tiempo, sobre los párpados.

El metal inglés es una liga compuesta, según Moussier, de 440 partes de estaño, 10 de cobre, 1 de sulfato de níquel, 1/2 de sulfato de bismuto, 4 de antimonio y 1 de tungsteno.



"La Cabaña del Tío Tom". — La bonita rubia Gertrude Astor tiene un importante rol en la película del rubro que la Universal estrenará en breve. Tiene a su cargo el rol de la egoísta señora de Santa Clara dueña de la suntuosa mansión de los Santa Clara en el Sud de los Estados Unidos durante la época de la esclavitud. Gran parte de la acción de la película se desarrolla en la casa de los Santa Clara.

Una de las escenas más emocionantes del film es el fallecimiento de la pequeña angelical Eva, hija de la señora Santa Clara y Gertrude Astor está realmente estupefacta en su importante rol.

"La Llama Mágica". — Artistas Unidos inauguró su temporada con el estreno de "La Llama Mágica", película que sobre un libro de Rodolfo Lothar, aparece de nuevo la famosa pareja artística Vilma Banky-Ronald Colman. Hermosos films, "Su Noche de Amor", "El Angel de las Tinieblas", "La Hija del desierto", han cimentado la fama de ambos intérpretes de Artistas Unidos. Vilma Banky la hermosa húngara, fué compañera de Rodolfo Valentino en sus últimos films, distinguiéndose especialmente en "El Aguila Solitaria" y "El Hijo del Sheik". Formó luego pareja con el actor británico Ronald Colman, que ya tenía una exitosa carrera artística en Norte América.

Colman, en este film, desempeña encomiablemente un doble papel, el del licenciado príncipe y el del amante payaso. La hermosura de Vilma Banky logra, en igual forma, ponerse de relieve en "La Llama Mágica", donde el director King ha logrado magníficos cuadros con su imponente silueta.

Su asunto, emotivo en alto grado es el siguiente:

La monotonía en que transcurre la existencia de los componentes del circo Barreti, es quebrada por la llegada del príncipe Illyria, quien se siente de inmediato atraído por el encanto de Bianca, que rechaza a su distinguido pretendiente por su amor a Tito el payaso.

Esa noche, cuando el príncipe está vistiéndose para la cena, un hombre trepa por el balcón y entra en su dormitorio. Al oír ruido, el príncipe coge un pesado bastón y se adelanta hacia el intruso, quien con una blasfemia le acusa de ser el destructor de su hogar. El príncipe mata al intruso de un terrible bastonazo y después de lavarse las manos, abre la puerta a su nueva víctima, la inocente y fascinadora esposa del alcalde del pueblo. Los dos se unen en un apasionado abrazo, pero en ese momento el marido de la joven toca la puerta. La mujer huye del dor-

Notas cinematográficas

mitorio, en tanto el marido entra y ve su abrigo. Al llegar al dormitorio, el príncipe dispara y mata al segundo intruso que intentaba molestarle.

Las insistencias del noble, que dedica sus atenciones a Bianca, tentándola con flores, joyas y con promesas de lujo, se estrellan ante la fidelidad de esta.

Encolerizado por sus negativas, el príncipe busca la manera de que Bianca vaya a su hotel, valiéndose para ello de una carta falsa en la que se le ofrecía un contrato para actuar en América. Cuando Bianca llega al hotel y encuentra

do por dos emisarios del reino de Illyris. En la ansiedad de que el príncipe regrese al país inmediatamente, los enviados confunden a Tito con su Alteza Real. Una explicación reveladora le acusaría de ser asesino del príncipe. El payaso se marcha con sus nuevos protectores y guardias, convertido en su Alteza Real. Por otra parte Bianca, creyendo que Tito ha sido muerto por el príncipe, jura vengarse de este y abandonando el circo, se dirige a la corte de Illyris. El Canciller, Duque Umberto, encuentra al príncipe muy cambiado, pero no hace ninguna indica-

ANECDOTA

Ambrosio Spinola, el famoso caudillo español, al pasar por París en 1664, fué invitado a comer con el rey Enrique IV.

Al fin de la comida, el monarca le preguntó cuál era el plan de campaña que pensaba emprender. Spinola le expuso fielmente todos sus proyectos.

Enrique IV, que se interesaba por los holandeses, escribió al príncipe de Orange lo que había averiguado, diciéndole que tomase al revés cuanto había dicho el capitán español, pues no era verosímil que le hubiera confiado sus planes sinceramente.

Y el capitán hizo todo lo que había dicho, por la misma razón de que no esperaba haber sido creído.

al príncipe en lugar del empresario, se vuelve furiosa. Logra peligrosamente escapar, saltando por el balcón a un árbol. Alarmado por la ausencia de Bianca del circo, Tito descubre que ha sido engañada con una carta falsa. Cuando llega al hotel del príncipe y no encuentra en él a su prometida, se dirige al príncipe, que pretende considerarse ofendido por la intrusión. Al avanzar contra el payaso, se retira del balcón donde está apoyado y su cuerpo lanzado por su propia impetu, precipitase fuera del balcón, que da al mediterráneo. Y el Mediterráneo no devuelve sus víctimas.

Al ver su disfraz de payaso todo hecho jirones, Tito decide vestirse con las ropas del príncipe; luego, al mirarse en el espejo le sorprende el extraordinario parecido con el noble personaje que acaba de desaparecer. Comprendiendo su peligrosa situación, decide adoptar la falsa personalidad y trata de salir del hotel haciendo el menor ruido posible, pero es deteni-

ción. Al pasar el carruaje real delante de Bianca, el día de las ceremonias de coronación, esta trata de disparar sobre el príncipe con su revólver. Es sorprendida mientras desea atentar contra el soberano, por la guardia y llevada a prisión. La condena le es entregada al príncipe para que la firme. Al descubrir que es Bianca la acusada, Tito se siente trastornado. El Canciller hace comparecer a Bianca. Creyendo que Tito es el príncipe, le confiesa su odio. El Canciller, que aspira secretamente al trono, encuentra una oportunidad para llevar a cabo su venganza y concierta una entrevista entre Bianca y el príncipe. Bianca se encuentra, en determinado momento, sola con el que ella cree es el matador de Tito, y armada de un puñal que manos traidoras al príncipe, han hecho colocar en su pecho.

La bella acróbata, que en pos de su venganza comenzaba a desplegar toda su astucia para colmarla, logra al fin saber que su

Tito vive y que es verdaderamente a quien iba a asesinar, creyéndolo el verdadero príncipe.

"La Esclava". — Drama profundamente emotivo. La acción transcurre en tiempos de la esclavitud. La dirección es de George Fitzmaurice. El reputado director infunde al desarrollo del film un vigor extraordinario a la par que le da toques de una gran delicadeza.

Billie Dove, Gilbert Roland, y Noah Beery realizan una interpretación admirable. He aquí el argumento:

Cuando en 1808, el Congreso de los Estados Unidos se opuso a que se siguiera introduciendo esclavos al país, los negreros se dedicaron al contrabando. Las Costa de Louisiana eran las más propicias para el negocio.

En un antiguo meson de Nueva Orleans se reunían los traficantes de negros. Allí cae un día Vistor Jallot (Gilbert Roland) un caballero que anda pobre y a la ventura por el mundo, acompañado por su fiel criado negro Poupet.

En el mesón Victor gana al juego lo que le permite comer e instalarse en el lugar, con su criado. Allí encuentra a la linda Antoinette Frobelle (Billie Dove), hija de un naviero de la ciudad, la cual se siente fuertemente atraída hacia el galante y noble aventurero, con la consiguiente rabia del pretendiente de ella.

Victor vive en la barbería que ha ganado al juego, donde para vivir da lecciones de esgrima. El novio de Antoinette le dice a esta que el galante caballero no es más que un vulgar repabarbas, cosa que disgusta a Antoinette quien, creyéndose humillada rechaza y ofende duramente a Victor.

El capitán Remy (Noah Beery) traficante y contrabandista de negros, cuyo padre se ha apoderado indebidamente de una suma de dinero perteneciente al padre de Antoinette, para vengarse de este denuncia que la joven tiene sangre mestiza. Antoinette es puesta en venta en el mercado de esclavos.

Victor empeña sus alhajas y reúne todo el dinero que puede y compra a Antoinette y la lleva a la barbería, donde le dice que está completamente libre.

Llega a la barbería el infame capitán Remy. Victor se prepara como barbero para afeitarse. Con el filo de la navaja en el cuello, amenazado de deguello, Remy confiesa que Antoinette es de raza blanca pura y descendiente de un noble francés emigrado a América durante la revolución francesa.

Antoinette que por amor propio había rechazado la libertad que le ofrecía Victor, declara ahora, en brazos de este, que será su esclava para siempre.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

BUENOS AIRES

De 9 a 12 y de 14 a 18

Sábados: de 9 a 12

U.T. 0428, B. Orden.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el Exterior
Trimestre \$ 2.50	Trimestre \$ 3.00	Trimestre \$ oro 2.00
Semestre \$ 5.00	Semestre \$ 6.00	Semestre \$ oro 4.00
Año \$ 9.00	Año \$ 11.00	Año \$ oro 8.00
N.º suelto \$ 0.20	N.º suelto \$ 0.25	
N.º atrasado \$ 0.40	N.º atrasado \$ 0.50	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista

Encuadernación de ejemplares

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande	cada tomo \$ 12.00	3.70
Tapas sueltas	chico \$ 8.00	3.00
	grande \$ 9.00	2.00
	chico \$ 6.00	1.50

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

LA PEJUELA DOBLADA

Dóblese una pajuela ordinaria (o un mondadientes bien grueso, si no hay pajuela), con cuyo doblez se romperá parcialmente, de tal modo que sus dos partes sólo quedarán unidas por algunas fibras de la madera.

Así doblada: en ángulo la pajuela, colóquese sobre la boca de una botella, y póngase sobre el ángulo una moneda de diez centavos.



Hecho esto, anúnciese a los espectadores que la moneda va a entrar en la botella sin tocar nadie a la moneda, ni al mondadientes ni a la botella.

Aunque todo el mundo crea que esto es sumamente difícil, no hay operación más sencilla: mójese un dedo en un vaso de agua y déjese caer en el ángulo del mondadientes doblado una o dos gotas del líquido. Entonces la fibra de la madera, hinchada por la humedad, tenderán a abrirse, y veréis como el ángulo que forma, y que muy pequeñito al sostener la moneda, se abre y deja espacio bastante para que ésta penetre por el cuello y caiga en la botella.

N.º 15 -- INDIFERENTE



NIEGA

N.º 16 -- CHARADA

Sin 1.^a Costál.
Sin 2.^a Arbol americano.
Sin 3.^a Objeto.
Todo Ruso

N.º 17 -- COMPRIMIDO

NOTA $\frac{1}{2}$
 $\frac{1}{2}$

N.º 18 -- REINCIDENTES

Dos ciervos

N.º 19 -- CHARADA

Un "todo", primo de Marta,
que dos-primera venía,
en su equipaje traía
dos obras del Tercia-cuarta.

N.º 20 -- NO LE HAGAS CASO

A
tonta mema
OIBIS



N.º 21 -- A LAS DEL CUELLO

Naípe Cómico

N.º 22 -- CHARADA

—Tengo a cuarta segunda
este cuarta primera, prima
tercia estudiar mejor la forma
del viaje.
—Mejor sería, tal vez, un
buen todo.

N.º 23 -- ¿ES USTED LA MUCAMA?

Niño
Cepa Reza
500 Vd.

N.º 24 -- LINDA ALDEANA

NO G

VION
A + B 5050
A

N.º 25 -- CHARADA

Un-dos terciacuatro un día
tanto, en época estival
que su novio le decía:
—Estás realmente TOTAL,
y temo una pulmonía.

N.º 26 -- TITULO DE PELICULA

1.º 2.º 3.º 4.º
5.º 6.º 7.º

N.º 27 -- BANQUERO



DON

N.º 28 -- CHARADA

—Dice el anuncio que en
la tienda de esta casa terciacuatro
segunda prima un automóvil.

—Pues yo me segunda
cuarta del que lo ha puesto.
Pues no es poco todo.

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

- N.º 1— ¿Te cita Ramón o no?
" 2— Saeta.
" 3— Panteón de hombres
ilustres.
" 4— Ese páramo le robustece.
" 5— Descaro.
" 6— Marcelino.
" 7— Venta de objetos de
todas clases.
" 8— Al reo dá garrote.
" 9— Una bellaquería.
" 10— Peloponeso.
" 11— No se trata de nada.
" 12— Comisaría.
" 13— Premeditado.
" 14— Pero ya te agarraré.

Pensamientos

Huye de la vanidad y del orgullo. Si poseyeses toda la prudencia, todo el saber de los antiguos, y te faltase la humildad, te faltaría todo y todavía serías el hombre más despreciable de la tierra. — CONFUCIO.

Nada hay tan orgulloso como la afabilidad del orgullo.
DE LA BOUISSE.

La primera circunstancia para ser amado, es amar.
DE LESPINASSE.

El hombre cree con facilidad lo que teme o lo que desea.
BACON.

—El hombre que únicamente procura su engrandecimiento no lo alcanzará jamás. En cambio el que converge su corazón y su mente a cuanto pueda beneficiar a sus semejantes, se ve elevado algún día por silenciosos votos al alto asiento de su grandeza. — R. WALDO TRINE.

Todo hombre siente en sí mismo el derecho a no ser ofendido. — SOAVE.

"Extasis", por Paulina Simoniello.—Librería Juan Rolán y Cía., 1928.

Una cálida intimidad de cosas y seres amados, trascienden las páginas de este libro de versos. A pesar de tratarse de una novel poetisa, como lo es la señorita Paulina Simoniello, residente en Santa Fe, varias de sus composiciones permiten augurarle futuros grandes triunfos; a condición, claro está, si persiste en el estudio razonado de buenos autores literarios y no se apresure a publicar sus trabajos, sin antes haberlo podido convenientemente. Pues, no basta tener condiciones o predisposiciones poéticas, para darse a conocer por medio del libro, sino que es necesario también agregar a éstas, un mayor conocimiento o dominio del arte a que va a volcar sus emociones. Sólo así, se consigue expresar el sentimiento al molde del verso que mejor se adapte.

Decimos esto, porque "Extasis", puede esconder una poetisa de valor, y que éste solo sea un feliz ensayo, para luego concretarse en una obra más personal; y, por ende, más perfecta, en lo que en la forma se refiere.

Como es natural, y casi siempre ocurre con el primer libro de un joven autor, "Extasis" contiene algunas expresiones antipoéticas y de mal gusto, como en las tituladas "Sol en el pecho", "Invitación a la quebrada", "Carta", etc. Al lado de estas composiciones, hay otras que merecen citarse, por ejemplo: "Rubor", "Magia", "Tu milagro", "Fervor", "Soledad", "Réplica", "Tus cartas", etcétera.

Por tanto, creemos podemos afirmar, que "Extasis", de Paulina Simoniello, ha de dar lugar a otro volumen más orgánico y mejor realizado; pues condiciones no le faltan a su autora.

"Tres novelas del Plata", por Arturo Jiménez Pastor.—Editorial "Babel".—1928.

Como su epígrafe lo indica, esta obra está compuesta de tres novelas, cuyos títulos dirán al lector los temas que ha servido al conocido publicista, señor Arturo Jiménez Pastor, para hilvanar sus novelas. Titúlense ellas: "El derecho a la sangre", "La extraña dicha" y "Castellanos".

¿Novelas, hemos dicho? A pesar de que el autor los llama así, estas producciones participan más del relato que otra cosa. Pues, para ser novelas propiamente dichas, les faltan las partes primordiales que el género requieren: estudio psicológico acentuado de sus protagonistas, interés sostenido en el desarrollo de sus escenas y el estilo que caracteriza a estas clases de ficciones.

Aclarado este punto, digamos ahora que el relato titulado "El derecho a la sangre", es un trabajo que se deja leer con interés, por el ambiente y personajes aquí descriptos. Agreguemos también, que se halla escrito en una prosa transparente y no exenta de ciertos rasgos enérgicos, sobre todo, cuando se va aproximando el final.

El segundo de ellos, "La extraña dicha", podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que es el

mejor realizado de estos tres relatos. Y, ¿por qué no decirlo? Es el único que podría caberle el nombre de cuento novelado.

"La extraña dicha", es, pues, una producción que contiene mucho de contacto con la vida, y, por tanto, el ambiente estudiado, así como el asunto referido, se ajustan en un todo por las con-

Fragua dice que "la portada de "Húndete", es reproducción de una de las más admirables telas del artista pintor don Primitivo A. Armesto. Artista, que por su nobleza de carácter, como por su rico temple castellano, ha de permanecer forzosamente ignorado, dónde sólo triunfa el servilismo lacayuno..."

AVISOS ESPECIALES

MÉDICOS

Dr. Juan E. Carrulla
Médico del Hospital Alvear
Atiende especialmente enfermedades internas
MEJICO 1360
Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. Víctor Moraschi
OCULISTA
Jefe de clínica del Hospital Oftalmológico "Santa Lucía"
de 2 a 4 1/2
PARAGUAY, 1615
U. T. 7297 Juncal.

Dr. Eloy A. Escobar Bavio
Médico oficial del Órbita de la Prensa y Director del Servicio Médico del Jockey Club
RIVIERA 1278
Consultas: de 3 a 5 p. m.
U. T. Chacrita 3613

Dr. Alberto T. Barragán
Dentista Cirujano
De 14 a 18 SAENZ PENA 216
U. T. 33, Mayo 6337

Dr. Jorge I. del Piano
Médico del servicio de garganta, nariz y oídos d el Hosp. San Roque
Asistente a la clínica del profesor Sebillan (París)
Consultas: de 2 a 4 p. m.
LIBERTAD 1375 U. T. 0851, Juncal
Buenos Aires

Dr. Alejandro Pinto
Del Hospital Rawson
Matriz, ovarios y cirugía de señoras
Suipacha 27. U. T. Riv. 0500
Días de consulta: lunes, miércoles y viernes, de 15 a 17 horas

Dr. Amadeo Natale
Jefe del Servicio del Hospital Pirovano
Enfermedades de los ojos
Consultas de 14 a 18
SARMIENTO 735 U. T. 7385 Avda

secuencias filosóficas que de ella se desprenden

Empero, "Castellanos", es una evocación de la niñez, descripta con alguna detención y cariño, en la que se recuerda los días pasados junto a los suyos. Es una nota descriptiva, que consigue evocar, por asociación de ideas a su vez, en el lector, lejanos y dulces episodios vividos años ha.

Por consiguiente, "Tres novelas del Plata", de Arturo Jiménez Pastor, es un libro — como dijo Raúl Montero Bustamante, sobre otra obra del autor sentimental, amable, capaz de llegar a la emoción y sugerir paisajes, tipos y caracteres por medio de un arte simplista, lleno de frescura y tocado, por cierta melancolía sin hiel.

José María PLEIXOTO.

"Húndete" (Reflexiones sobre la vida y la muerte), por Comtantino Fragua.

Ya en la portada, el autor de "Angustias" y otros libros interesantes nos sorprende con una nueva muestra de su carácter original. Reproduce un cuadro en el que aparece una barca con algunos sobrevivientes de un naufragio, pintados con mano maestra.

Todo el libro es un comentario fuerte y real sobre la muerte y el terror espantoso que nos causa, aunque en algunas páginas, con tonos irónicos de gran comicidad nos demuestra que en realidad la muerte, y, sobre todo en los cementerios, es aprovechada por unos cuantos "vivos", para disfrutar del amor más apasionado y animal que se conoce...

Contiene el libro una serie de fotografías y dibujos, verdaderamente terribles, que ilustran al lector, casi tanto como su prosa. Nos muestra a los proveedores más importantes de la muerte, entre los que se destaca principalmente la guerra...

Morir es dormir... y tal vez soñar. He aquí el gran obstáculo, porque al considerar que los sueños pueden desarrollarse en el silencio del sepulcro, cuando hayamos abandonado este despojo mortal, se siente un motivo harto poderoso para detenerse. Así iba monologando "HAMLET", y así pensaba William Shakespeare... Y todo esto lo expone Fragua con gran sencillez y con mucha verdad. ¡Ojalá que algunas de sus reflexiones nos ayuden a despejar esta gran incógnita de la vida, que es la muerte!

"La Ermita", por José Mauricio Peixoto.

Un temperamento de verdadero poeta, espontáneo y sincero, revela el señor JOSE MAURICIO PEIXOTO en su primer libro: "La Ermita".

Frente a una tendencia perfectamente clásica en cuanto a la forma se refiere, elevase, un espíritu tan armonioso como sensible a las vibraciones objetivas.

Sus poesías, llenas de atenuada frescura, consiguen darnos una impresión de serenidad campesina, ya ingenua, ya triste. Leamos una: "Primavera":

Mañanita que vienes
mañanita que vas,
¡quien por esos caminos
de la serenidad,
anda vagando solo
de la choza al pinar!
Mañanita que vienes
mañanita que vas,
¡quien va por esos chopos
mostrando su orfandad,
llena el alma de angustia
a través de un cantar!...

y la última estrofa en la que el estribillo puesto entre interrogantes al final, le presta un nuevo e inesperado encanto:

Mañanita que vienes
mañanita que vas,
¡quien no siente a tu beso
toda el alma temblar;
mañanita que vienes,
mañanita que vas!...

Así sus versos cantan: rítmicos y sencillos, con una doble música que nos sugiere, no obstante necesitar, a veces, rectificación.

En "Cantilena" y "Ciudad de mi niñez", el cariño que siente por los bellos lugares donde transcurrió su infancia le inspiran armoniosos versos.

En "Serenidad", expresa un deseo imposible con una objetividad tan delicada que no resistimos al deseo de transcribirla:

Buscando hacia arriba, los ojos consuelo,
escrito amoroso, las luces del cielo.
Sedienta de estrellas, inquieta mi alma,
aguarda impaciente, la voz de la calma!
Serenos el paisaje, arriba una estrella,
me llama insistente, que vaya con ella!

En "La esperada", el ritmo como un igual galope, acompaña la lectura de la poesía con asombrosa precisión. Aquí, copiaremos la estrofa final que es una síntesis perfecta de toda ella:

Cuántas veces por verte a mi lado
he cruzado bañados y bosques;
¡sin pensar que ese día lejano,
llega siempre a nosotros de golpe!

El señor Peixoto logra, a nuestro juicio, sus poesías más bellas en las composiciones de metros breves; así en "Bajo estos naranjos" y "En las noches calladas":

Cuando aguzo el oído
en las noches calladas,
mi espíritu concentra
una música rara...

(Recuerdan por instantes,
cautivos que proclaman
sus designios al viento:
tal la visión que asalta.

O corazón abierto,
sangrando en la calzada,
camino de la fuente
do entonces su plegaria...)

¡Se me antoja, que el mundo,
al cruzar sus etapas
suaviza en el espacio
las voces de las almas!

y así en "Romance campesino", y así en "Copla", (composiciones que cierran el libro) canta, igualmente, con el alma a flor de labios, como él sabe hacerlo!

Carlos María PONESTA

PARRAVICINI DEBUTO CON EXITO

Como todos los años, la reaparición de nuestro máximo actor cómico lleva al Argentino una concurrencia que llena totalmente la sala. No fué una excepción este año. Por el contrario, la presencia del presidente de la Nación y algunos de sus secretarios de Estado, daba mayor prestigio al debut.

Parra escribió para inaugurar la "season" una comedia en tres actos titulada "Una hija", que el público recibió con muestras de agrado y en cierto modo con extrañeza, ya que apartándose esta vez su autor del género bufo, encamina sus pasos hacia la comedia amable, de limpio lenguaje y, si bien festiva, con toques de emoción sana y bien lograda.

Jaime Lufur, protagonista de la pieza, es un solterón calavera que ha dilapidado su fortuna y se encuentra bloqueado por los acreedores. Hombre ingenioso, consigue aplacar las iras de sus proveedores, creando en cada situación apretada recursos que, por lo menos circunstancialmente, le permiten salir del brete. Pero como necesita rehacer su posición económica se propone, con la ayuda de su amigo Guerra, apelar a una superchería para disfrutar de la fortuna de una danzarina. Aparecerá como padre de ella, para lo cual tiene reunidos los antecedentes necesarios. La bailarina cree ingenuamente que la vida le ha deparado la sorpresa del hallazgo de un padre millonario y, buscando reconciliarse con su pasado, dona toda su fortuna al Estado. Un cofre denuncia la verdad. La paternidad de la muchacha se debe a un hermano del calavera, millonario auténtico, quien para evitar el escándalo familiar, dota regíamente a su hija natural, siempre que Jaime aparezca ante la sociedad como el verdadero padre.

La comedia está acertadamente desarrollada; su comicidad es eficaz sin caer en el mal gusto y los pasajes sentimentales oportunos y bien intercalados. "Una hija" es una interesante comedia, que se oye con agrado. El público aplaudió mucho al final, exigiendo al autor su palabra. Ha de tener larga duración en el cartel.

"CONSERVATORIO BETINOTTI"

Una discretísima pieza ha dado a la escena don Enrique Crossa, escritor culto y prestigioso. Plantea en ella con justeza un asunto tan de estos tiempos como lamentable: el furor de los tangos y bailes modernos y la falta de gusto artístico de la gente, que ha olvidado a los genios musicales y sus obras clásicas. Bien construida, correctamente desenvuelta y dialogada, fué aplaudida por el público que celebró particularmente la labor de Muño.

GOLONDRINAS EN EL COMICO

Hasta ahora las golondrinas, las oscuras golondrinas, que gozaban del privilegio de la popularidad eran solamente las de Gustavo Adolfo Becquer. Las recitaban los aficionados a la declamación o arte de molestar al prójimo y las cantaban con dulces ritornelos las muchachas cursis que se iban ha-

TEATROS

ciendo lentamente un poco anticuadas sin que llegase a sus balcones el caballero del ideal. Las golondrinas, aves simpáticas que devoran los insectos perjudiciales a las sementeras y que en remotas épocas de tradición le habían arrancado los clavos a Cristo, eran un clavo para nosotros por su romanticismo lánguido y trasnochado, al mismo tiempo que resultaban perjudiciales para la siembra de novedades poéticas en el gusto de las damas que hasta hace poco se resistían a acortar sus cabellos y sus polleras.

Pero he aquí que esos volátiles han sido reemplazados, tal vez momentáneamente no más, aunque ya es algo, por otros del mismo nombre y más en consonancia con el gusto actual. En efecto, ahora "Las golondrinas" que tienen el favor del público son las del Cómic. Las llevó allí Alberto Novión y son cuidadas y exhibidas por Arata y sus elementos. No han perdido estos bípodos—nos referimos siempre a las golondrinas—, su sentimentalidad de otrora, pero se nos presentan en esa sala con ciertos aspectos reideros que placen al gusto de los públicos de ahora. No es del caso entrar a estudiar a fondo la razón de ser y el desarrollo y evoluciones de esos inofensivos plumados. No queremos discutirle a Novión su derecho a ver las cosas como a él le parece que puede hacernos creer que las ha visto. Estamos en un país libre y si hay una libertad primordial sería la de la vista en ejercicio. Basta a nuestro propósito decir que "Las golondrinas" gustan, como han gustado siempre estos pajarillos.

Cierto es que una pieza confía a elementos que gozan justamente del favor del público, logra imponerse con facilidad. Y no cabe dudar que la contribución prestada al éxito por las actrices Gangloff, Rinaldi y Delgado, así como por los actores Arata, Varela, Arias, Rosingana, Dudán y Gangloff ha sido muy significativa.

"LACOMA ES UN PUNTO", EN EL MAYO

No puede ser más muñozsequiano el título de la "astracanada" de F. Loygorri y González Alvarez que nos ofreció Sanjuán en el Mayo. El título, el asunto y su desarrollo, vale decir, que los citados autores siguen el camino del maestro del retruécano. Y lo siguen con fortuna, pues en la construcción de esta obra se emplean todos los recursos familiares en el autor de "La venganza de don Mendo", consiguiendo hacer reír largamente al buen público. Teatro puramente de risa, no hay nada que observar en "Lacoma es un punto" y si, como puede uno imaginarse, se trata solamente de despertar la hilaridad, lo han logrado y con creces los autores.

El eficaz actor Julio Sanjuán fué el héroe de la jornada, secundado bien por sus compañeros de escena, especialmente por la Sra. Vehil.

INICIOSE LA TEMPORADA DEL NACIONAL

A estas horas, por mejor decir, en estos días, debe tener abier-

tas sus puertas al público el teatro Nacional, realizando la 14a. temporada. Se anunciaba el estreno de una pieza de Carlos de Paoli titulada "Nunca es tarde cuando la dicha es buena" y la reposición de "Cortafierro" de Alberto Vaccarezza y "Gaucho" pieza campeara de Martínez Paiva.

En el número próximo daremos el comentario de este importante debut.

LO QUE HACEN LOS DEL SMART

Mientras pasaba la línea cincuentenaria el sainete de Florencio Chiarello, "El que nace puntegado no puede morir cuadrado", fué estrenada por la compañía Ruggero una pochade de Octavio Sargenti titulada "El naufrago Vicenzo". No ha estado el afortunado autor de este género de producciones muy acertado en la que nos ocupa, porque sobre lo manoseado del asunto en que hace radicar la intriga, falta a su desarrollo la agilidad y el ingenio indispensables para conseguir los efectos buscados. Ello no quiere decir que haya fracasado la pieza, pues cuando se trata de divertir al público, sobre todo a un público propicio, basta que los actores recarguen un poco las tintas en la encarnación de los personajes de la farsa y lo que no se consigue por lo gracioso, se logra por lo grotesco. Eso ha ocurrido precisamente con "El naufrago Vicenzo" y puede dar gracias el autor a la actividad desplegada por Ruggero y las señoras Conti y Díaz, ya que la buenísima voluntad y el acertado empeño de que hicieron gala de punta a punta de la pochade, le quitó a ésta su palidez y falta de relieve, dándole un aspecto completamente distinto y haciendo que resultara un estimable éxito. Si un día les doliera la cabeza o el estómago a los cómicos citados, sería conveniente que no pusieran en escena esta pochade de Sargenti. Como el cartel tendrá que ser renovado, se preparan dos estrenos: "Hopa, hopa, hopa", escenas de cabaret, de Carlos Schaeffer Gallo y Juan Fernández y "El teniente Peñaloza" de Alberto Vaccarezza, que probablemente irán en el orden citado.

UNA REVISTA Y DOS TANGOS

La compañía de revistas del Apolo debe de estar disfrutando el éxito de "Las horas alegres", revista de los autores de la casa que estaba por estrenarse al escribirse estas líneas y cuyos números, que hemos visto en ensayo, nos dieron la impresión de las cosas buenas, especialmente dos tangos de esos que la gente repite hasta el aturdimiento. Nos ocuparemos de esta producción con más detenimiento en el número próximo.

Se prepara también el estreno de "No, no Nanette" comedia musical que promete mucho.

DE ROSAS Y EVITA

Parece que se avecina en la Comedia la novedad anunciada para reemplazar a la pieza "Amo a una actriz", que fué el segundo estreno de la temporada. Los ensayos

de la obra de González Castillo y García Velloso se venían activando cuando hilvanábamos estas líneas, lo cual hace sospechar que a más tardar en los primeros días de esta semana conoceremos "El pasado manda", título de la pieza que se pensaba cambiar.

PERDIGUERO AVANZA...

...en su temporada del Avenida, y con fortuna. Tres días interpretó en Semana Santa "La pasión", drama bíblico que reaparece todos los años para esta época. Acto seguido, para mover el cartel, estrenó la comedia de Carlos Arniches y Antonio Paso. "¡Qué encanto de mujer!", pasando así de los sagrados a lo profano con harta facilidad. En otra edición comentaremos los encantos de la nueva drama.

"...Y DESPUES"

Felipe Sasone suele seguir las huellas de Benavente, a quien admira sin reparos, según lo ha declarado muchas veces. Pero no recuerda en nada al maestro en esta obra que estrenó en el Marconi la compañía de la Sra. Olona.

Aunque bien construida, "Y después", carece de novedad y renueva el eterno asunto del tenorio que acaba cansándose y a quien la última amada deja de amar.

La interpretación fué cuidada y feliz.

GRAN SPLENDID

Fuó muy bien recibida la película "Chang", superproducción Paramount que refleja la selva siamesa con gran propiedad y que gira en torno de un argumento dramático desarrollado con verdadero acierto. Ofrecida esta película con lujo de detalles y construída con los últimos adelantos de la técnica, el público de selección que acudió al estreno, pasó una velada cinematográfica de fuertes emociones.

Recordamos que en esta grandiosa sala se brindan las mejores novedades del cine.

CAPITOL

Viene pasándose con creciente éxito "Los amores de Carmen", superproducción Fox Film basada en la obra "Carmen". Dolores del Río, la bella actriz, realiza una labor de todo punto notable. Se explica así la afluencia de público en este cine, que la da en carácter de exclusiva y que ha visto llenarse la sala como pocas veces.

GLORIA

Muy agradables resultaron las últimas funciones que nos fué dado ver en este hermoso salón de Max Glücksmann a cuyo frente se encuentra el Sr. Marcos Sánchez.

"Milagro de amor" ha sido una de las películas más admiradas en estos últimos días, preparándose nuevas y atrayentes producciones para la semana próxima.

PARC

Con mucho público viene efectuando sus funciones este prestigioso cine de Palermo, considerado como el mejor del barrio.

ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



N.º 1 — Traje sastre confeccionado en sarga fina, color azul cobalto, ribeteado con un cordoncillo de seda negra. Camisa de crespón color marfil y corbata modelo regata, color negro. — N.º 2 — Traje "trotteur" ejecutado con tela de lana "les zébrures", fondo crema, rayado marrón con pequeños cuadrículados de tono más claro. Cinturón de cuero barnizado, color negro, y "pull-over" de jersey crema con corbata orlada de negro. N.º 3 — Traje sastre, de elegante forma, compuesto de una chaqueta de paño de tono gris muy ligero, con falda y guarnición de falla negra. Adornos de nervadura en la chaqueta.



Estas Galletitas.

creadas por **TERRABUSI**, para deleitar los paladares infantiles y nutrir sus tiernos organismos, deben su éxito creciente no sólo al indudable prestigio de su origen, sino también a la excelencia de sus ingredientes constitutivos.

SEÑORA: sin temor alguno, invitamos a usted a brindar a sus niños con el **desayuno**, la **merienda entre comidas**, las más exquisitas.

Galletitas Manon

¡Verá usted con qué agrado las reciben, con qué gusto las saborean, con qué ansia le solicitan más!

Las Galletitas Manon se venden en todos los buenos almacenes del país, en paquetitos de 0.05 y 0.10 ctvs., y en latitas de ¼ kilo, a \$ 0.60 centavos.

Cómprelas en el de la esquina de su casa



ESTABLECIMIENTO MODELO
Terrabusi

